



El *dossier* de nuestro próximo número ofrecerá diferentes perspectivas en torno a la Generación Z. Este fotograma pertenece al video introductorio del colectivo PETRA para la exposición *Manual intuitivo*. No usar saliva ni soplar sobre las piezas, presentada en el Museo de Arte Carrillo Gil, del INBA, en 2025.



ABRIL 26
#931
ISSN: 0185-1330
\$50 MXN

REVISTA
DE LA

GATOS

LAO SHE WATANABE OLGA OROZCO
IDA VES LUIS EMILIANO ÁLVAREZ
PIEDAD BONNETT AURELIA CORTÉS PEYRON DE RÉGULES TEDILÓPEZ
MILLS ALBERTO RUY SÁNCHEZ SANDRA LORENZANO VERÓNICA MURGUÍA
KAREN VILLEDA ROMERO XEL-HA LÓPEZ ALEJANDRA COSTAMAGNA
JUNCO GABRIEL BERNAL



#931: GATOS

REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD DE MÉXICO

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

(002-003) **EDITORIAL**
Jorge Comensal

(004-113) **DOSSIER**

006 OLGA OROZCO
Cantos a Berenice

008 ANDREA CHAPELA
De monstruos, sátira política
y magia cotidiana: el universo
gatuno de la literatura japonesa

016 JOSÉ WATANABE
El gato

017 PIEDAD BONNETT
Reciclando

018 SERGIO DE RÉGULES
El gato no es como lo pintan

024 TEDI LÓPEZ MILLS
Historias de gatos

030 ALBERTO RUY SÁNCHEZ
El secreto de la lengua del gato

031 SANDRA LORENZANO
Gatos

032 VERÓNICA MURGUÍA
Elogio del gato y su devoto

038 LUIS FLORES ROMERO
Vela y gato

040 ALEJANDRA COSTAMAGNA
Hombrecitos

046 KAREN VILLEDA
Diario de lectura

049 JULIA SANTIBÁÑEZ
Mamíferas

050 AURA GARCÍA-JUNCO
La loca de los gatos busca *roomie*

060 EMILIANO ÁLVAREZ
Historia de fantasmas

063 AURELIA CORTÉS PEYRON
Tapetum lucidum II

064 LAO SHE
El país de los gatos

068 ISABEL ZAPATA
La gata se hace vieja

072 HIRAM RUVALCABA
De curiosidad vive el gato

078 CHRISTOPHER SMART
Mi gato Jeoffry de *Jubilate Agno*

082 MARÍA KRYSINSKA
Gato al sol

086 XEL-HA LÓPEZ MÉNDEZ
mi mamá lloró cuando llevamos
a Tessa a la veterinaria

087 GABRIEL BERNAL GRANADOS
La memoria inefable de su cuerpo.
“El gato” de Juan García Ponce

092 ARÍSTIDES LUIS
Tarde en la sala con mis gatos

094 VOCES LECTORAS
No todos los gatos son pardos:
historias felinas

104 PATRICIO ROBLES GIL
El real tigre negro de Similipal

(114-143) **PERIÓDICAS**

116 (TENSIONES)
ROSAURA MARTÍNEZ RUIZ
Antigonía o cómo hacer un duelo
público y una demanda política

122 (BITÁCORA)
MARÍA NEGRONI
Poemas

124 (PERFIL SILVESTRE)
JORGE COMENSAL Y
LAURA ÍMAZ ÁLVAREZ ICAZA
Iyari: la maestra salvaje de la UNAM

134 (PANORAMA)
MÓNICA LAVÍN
Gonzalo Celorio: nuestro Cervantes

140 (DE ARTE)
BRUNO H. PICHE
Una pesadilla de la que no puedo
despertar. *El espíritu de mis
padres sigue subiendo en la lluvia*
de Patricio Pron

(144-155) **CRÍTICA**

146 LUIS PANIAGUA
Fetiches ordinarios de Luigi Amara

149 LILIANA MUÑOZ
*Enciclopedia de las artes
cotidianas* de Laura Sofia Rivero

153 MARÍA PAZ AMARO
El cine de Tania Hernández
Velasco: una expansión
colaborativa

(156-159) **COLABORADORES**

Portada de la *Revista de la Universidad de México* [entonces *Universidad de México*], vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959.

En entrevista con Álvaro Matute, Jaime García Terrés recuerda los días siguientes a la impresión del número cuya portada aparece aquí: “Recuerdo que cuando apareció el número sobre la Revolución Cubana, que fue otro de esos números explosivos, hablé al almacén, preguntando por qué no se estaba distribuyendo la revista. Y me dijeron que ‘por orden de las autoridades universitarias’. Entonces simplemente les hablé por teléfono diciendo: ‘Ruego que me acepten, a pesar de no ser ésta una vía adecuada, mi renuncia inmediata’. Me dijeron que no. Se arreglaron las cosas, y se dio la contraorden.

Apenas cumplía un mes el gobierno revolucionario en Cuba cuando Jaime García Terrés apareció en La Habana como corresponsal. Encontró una ciudad esperanzada y efervescente, repleta de latinoamericanos que habían viajado para atestiguar la Historia mientras ocurría. Algunos, como el propio director de esta revista, calculaban “la hondura de la experiencia”, la trascendencia de lo que observaban. Junto a esta crónica periódica, Enrique González Pedrero escribe un análisis económico de la isla y Carlos Fuentes imagina un movimiento hispanoamericano democrático. Redondean estas páginas históricas algunos discursos de los todavía jefes revolucionarios cubanos, como la defensa que hiciera de sí mismo Fidel Castro, en 1953, frente a un tribunal que lo juzgaba por su asalto al cuartel Moncada. El número se ilustra con viñetas, cartones y fotografías que reflejan la algarabía que reinaba entonces en la capital del país. Ante la situación actual en Cuba, invitamos a los lectores a conocer este número editado en uno de los periodos más agitados de la vida política latinoamericana.



- TESTIMONIOS DE JAIME GARCIA TERRES, ENRIQUE GONZALEZ PEDRERO, CARLOS FUENTES Y VICTOR TRAPOTE.
- OPINIONES DE MANUEL CABRERA, LEOPOLDO ZEA, JORGE PORTILLA, AUGUSTO MONTEROSO Y ERNESTO MEJIA SANCHEZ.
- UN FRAGMENTO DE LA NOVELA UNA CRUZ EN LA SIERRA MAESTRA, POR DEMETRIO AGUILERA MALTA.
- CRONICAS DE LA PRENSA EXTRANJERA.
- DOCUMENTOS.



La causa de los gatos, lo admito, señores, es más difícil de defender. Generalmente, tenemos mala opinión de su carácter, y sus garras les han ganado muchos enemigos, pero debe hacerse justicia. Si los gatos son malos, nosotros no somos mejores.

Charlotte Brontë, *Defensa de los gatos*



En la república de las letras habitan muchos gatos. Algunos ya son célebres, como la gata que inspiró a Olga Orozco a escribir los bellísimos *Cantos a Berenice*, uno de los cuales inaugura nuestro *dossier* felino. También son famosos, sobre todo por nombres como Miau Tse Tung, los gatos de un icónico colaborador de la *Revista de la Universidad de México*, Carlos Monsiváis. Además de convivir con escritores, los gatos pueblan muchas veces su literatura, como en el maravilloso relato ensayístico “Los gatos” de Enrique Lihn, publicado en mayo de 1988 en nuestras páginas. Los ensayos de Tedi López Mills, Verónica Murguía y Aura García-Junco dan cuenta de la enorme relevancia existencial de esta especie a lo largo de los siglos y especialmente en nuestra época, en la que gatos y perros (a los que algún día esperamos dedicar un número) forman parte protagónica de nuestros núcleos familiares. En el *dossier* no sólo hay gatos de compañía: también encontramos al famoso gato de Schrödinger, a Iyari, la última puma de la UNAM, y al elusivo tigre negro de Similipal. Esta vez convocamos a nuestra comunidad lectora a compartirnos una foto y una breve historia del nombre de sus gatos. Recibimos más de doscientas colaboraciones y, aunque originalmente planeábamos publicar sólo una veintena, decidimos ampliar lo más posible esta muestra de la importancia que tienen los felinos en nuestras vidas. Estamos agradecidos con todas las personas que nos escribieron. Ejercicios como éste implican una labor significativa de selección y edición, por lo que tomo la palabra personalmente para reconocer el gran trabajo del equipo editorial que hace de esta revista un espacio de diálogo cultural abierto. Nuestra cultura se transforma constantemente, y la historia de Iyari es un ejemplo de ello. Gracias a los avances de la bioética, esta magnífica puma dejó de ser mascota de exhibición deportiva y pasó a ser un ejemplar de docencia. Tuvimos la oportunidad de visitarla en varias ocasiones y de entrevistar a sus respon-

sables en la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia, cuyo enorme apoyo para realizar nuestro Perfil Silvestre agradecemos mucho. Editar este *dossier* literario ha sido realmente gratificante. Por otro lado, el ensayo “Antigonía o cómo hacer un duelo público y una demanda política”, de la filósofa Rosaura Martínez Ruiz, nos propone una categoría específica para hablar de la pérdida que viven los familiares de más de cien mil víctimas de desaparición en México y nos recuerda el poder de la literatura para confrontar la dimensión más dramática de nuestra situación actual. J. C.

Hye Jin [artista *minhwa* de gatos], *Gato esmoquin*, 2019. © De la artista.

DOSSIER

PP.006-007 OLGA OROZCO PP.008-015 ANDREA CHAPELA
P.016 JOSÉ WATANABE P.017 PIEDAD BONNETT
PP.018-023 SERGIO DE RÉGULES PP.024-029 TEDI LÓPEZ MILLS
P.030 ALBERTO RUY SÁNCHEZ P.031 SANDRA LORENZANO
PP.032-037 VERÓNICA MURGUÍA PP.038-039 LUIS FLORES ROMERO
PP.040-045 ALEJANDRA COSTAMAGNA PP.046-048 KAREN VILLEDA
P.049 JULIA SANTIBÁÑEZ PP.050-059 AURA GARCÍA-JUNCO
PP.060-062 EMILIANO ÁLVAREZ P.063 AURELIA CORTÉS PEYRON
PP.064-067 LAO SHE PP.068-071 ISABEL ZAPATA
PP.072-077 HIRAM RUVALCABA PP.078-081 CHRISTOPHER SMART
PP.082-085 MARÍA KRYSINSKA P.086 XEL-HA LÓPEZ MÉNDEZ
PP.087-091 GABRIEL BERNAL GRANADOS PP.092-093 ARÍSTIDES LUIS
PP.094-103 VOCES LECTORAS PP.104-113 PATRICIO ROBLES GIL

(004-113)

Goya no se limitó a registrar la belleza de un rostro, el movimiento de un cuerpo, la ilusión de un encaje, de una seda: disimuló su virulencia al enfrentarse a la mezquindad, malicia o tontería que captaba en la corte, de la que dejó un registro nada benévolo.

*El espejo
hombre-gato
colérico),
sepia, hoy en
Prado,
rasgos del
visible ante el*



*indiscreto: el
(un hombre
pluma en
el Museo del
combina los
hombre
espejo, que*

quizá representa a un alguacil, con los que apareja su idea del gato, poco favorable [...]. Esta poco simpática comparación con gato o gata es frecuente en Góngora y en Quevedo.

Ida Vitale, *De plantas y animales*

OLGA OROZCO

Cantos a Berenice

II

No estabas en mi umbral
ni yo salí a buscarte para colmar los huecos que fragua la nostalgia
y que presagian niños o animales hechos con la sustancia de la frustración.
Viniste paso a paso por los aires,
pequeña equilibrista en el tablón flotante sobre un foso de lobos
enmascarado por los andrajos radiantes de febrero.
Venías condensándote desde la encandilada transparencia,
probándote otros cuerpos como fantasmas al revés,
como anticipaciones de tu eléctrica envoltura
—el erizo de niebla,
el globo de lustrosos vilanos encendidos,
la piedra imán que absorbe su fatal alimento,
la ráfaga emplumada que gira y se detiene alrededor de un ascua,
en torno de un temblor—.
Y ya habías aparecido en este mundo,
intacta en tu negrura inmaculada desde la cara hasta la cola,
más prodigiosa aún que el gato de Cheshire,
con tu porción de vida como una perla roja brillando entre los dientes.



ANDREA CHAPELA

De monstruos, sátira política y magia cotidiana: el universo gatuno de la literatura japonesa

Hace algunos años alguien me dijo que, si un libro tiene un gato en la portada, venderá más. En ese momento lo tomé por una verdad, que he repetido varias veces en cenas y reuniones del mundo editorial. Sin embargo, cuando comencé a investigar para este artículo, descubrí, para mi sorpresa, que no hay ninguna prueba que avale esta aseveración. Aun así, cualquier persona que haya ido a comprar un libro en los últimos años habrá notado un fenómeno

Armando Fonseca, *Gatos de biblioteca*. Todas las ilustraciones son del artista para este texto, 2026.
Intervención sobre Kitagawa Utamaro, *Mujer leyendo mientras un niño duerme en su regazo*, ca. 1802. The Art Institute of Chicago ©.



JULIO
CONTRERAS

風流子

哥
磨

き
こ
の
う
た
を
う
た
へ

C.
LECTER

KAFKA
METAMORPHOSIS
BEST 100

que parece darle cierto sustento a mi dato curioso: actualmente las librerías están atestadas de pilas y pilas de libros con gatos en sus portadas, casi todos traducidos del japonés y el coreano.

Esta explosión de libros sobre felinos tal vez ya les haya llamado la atención y se hayan preguntado, aunque sea de paso: ¿desde cuándo tiene la literatura japonesa una obsesión con los gatos? Lo cierto es que estos animales han sido parte de la cultura y las letras niponas desde sus inicios, pero han tenido distintas etapas, que he decidido denominar mítica, clásica y sanadora.

LA ETAPA MÍTICA

Se cree que los gatos llegaron a Japón en el siglo VI e. c. En algunos sitios dicen que fue precisamente en el año 538 y en otros mencionan la fecha de 552; en lo que coinciden todas las fuentes es en que probablemente llegaron al archipiélago junto con el budismo, pues su presencia protegía los rollos sagrados de la amenaza que representaban los ratones. El análisis genético parece sustentar esta hipótesis, pues revela que el felino doméstico japonés provenía de la India, pasó por China, luego Corea y, finalmente, llegó a las islas niponas.

Uno de los primeros testimonios escritos fue el del Emperador Uda (867-931), quien escribió en su diario que le habían regalado un espécimen negro proveniente de China. En algunas traducciones, el fragmento termina con la siguiente aseveración: “Estoy convencido de que es superior a todos los otros gatos”. Aunque parece que esta versión no es completamente fiel al original, sí captura un sentimiento que compartimos todas las personas que hemos vivido con un gato: la seguridad de que el nuestro es el mejor que ha existido. El siguiente registro que se tiene es del rei-



La amenaza de la amenaza. Intervención sobre Utagawa Kuniyoshi, Ichikawa Danjūrō en el papel de Arajishi Otokonosuke en la obra *Date kurabe Okuni kabuki*, ca. 1828. Rijksmuseum ©.

nado del Emperador Ichijō (980-1011), quien bautizó al suyo Myobu no Otodo, que significa Acompañante Real en Jefe del Palacio Imperial. Además de este rango, el felino tenía una vestimenta especial: un collar rojo con una placa blanca. En esta primera época, los gatos estaban vinculados a la realeza y la religión, pero poco a poco fueron permeando el arte. Los primeros dibujos de gatos se le atribuyen a Toba no Sojo (1053-1140) en el llamado *Chōjū-giga*, que consta de cuatro rollos o *emakis* donde se retrata a varios animales —conejos, ranas, zorros y gatos— antropomorfizados, que sirven de sátira de la sociedad de esa época. Muchos de estos dibujos retratan al *bobtail* japonés, un tipo de gato que, por una mutación genética dominante, posee una cola corta y enros-



cada como la de un conejo. Esta raza también proviene de China y el sureste asiático, pero su domesticación y crianza se dio principalmente en el archipiélago; actualmente, se reconoce como la única raza nativa de Japón. De hecho, algunos de los felinos japoneses más famosos, como Hello Kitty, son *bobtails*.

En la literatura, uno de los primeros indicios gatunos aparece en el capítulo “Brotos tiernos”, del *Genji Monogatari*, la que algunos consideran la primera novela del mundo, escrita alrededor del año 1000 por la cortesana Murasaki Shikibu. Además de jugar un papel decorativo en la corte, el gato es parte central de la trama, pues la Tercera Princesa, casada en ese momento con Genji, sale de sus aposentos persiguiendo a su mas-

cota cuando Kashiwagi, el sobrino de Genji, la ve y se enamora de ella, lo que lleva a un amorío y a un trágico final. Escrito en la misma época, *El libro de la almohada*, el diario de la cortesana Sei Shōnagon, sirve de morada para algunos gatos, entre ellos, uno que recibe un título nobiliario.

Más tarde, los felinos domésticos se convirtieron en criaturas del folklore japonés. Algunos son *yōkai* (seres sobrenaturales) malvados, como el *bakeneko*, que puede transformar su figura humana en la de un gato gigante; el *kasha*, que roba cadáveres para llevárselos al infierno; y el *nekomata*, que tiene dos colas. Dependiendo de la leyenda, estas criaturas pueden evolucionar a partir de mascotas que cumplieron más de cien años o buscan venganza contra dueños que fueron crueles o, sencillamente, tienen ganas de comer carne humana. Sin embargo, el ejemplar más famoso del folklore japonés es el *maneki-neko* o “gato que saluda”, como se llama al *bobtail* blanco que mueve una de sus patas y que podemos ver como amuleto en muchos comercios japoneses y chinos. Existen varias leyendas que explican el origen de este gato que trae buena suerte, clientes y dinero. En muchas, el animalito salva a su dueño del hambre, la pobreza o algún peligro inminente, a veces muriendo en la proeza. Tanto su color como la pata que tiene levantada poseen distintos significados. Con estos ejemplos se puede apreciar que, en esta primera etapa, estos felinos adquieren su aire de misterio y misticismo; son criaturas peligrosas, pero también pueden traer buena fortuna.

LA ETAPA CLÁSICA

Para el periodo Edo (1603-1868) los gatos dejaron de ser artículo de lujo de la realeza y los templos y comenzaron a



La hora del té. Intervención sobre Utagawa Kunisada, Mesera en una casa de té leyendo una carta, ca. 1825-1830. Rijksmuseum ©.

vivir en las granjas, sobre todo en las de seda. Dado que protegían sus hogares de plagas como los roedores, adquirieron cierto estatus protector y simbolizaban un espíritu de tranquilidad y estabilidad. Además, se volvieron uno de los temas principales de los grabados en madera de la época, los *ukiyo-e*, en los que a veces aparecen como mascotas, pero en otras ocasiones son monstruos o personajes antropomorfizados que emulan a actores o prostitutas. Un artista famoso por sus representaciones felinas, sobre todo de *bobtails*, fue Utagawa Kuniyoshi (1798-1861). En esta época se popularizaron también varios proverbios relacionados con el *Felis catus*: “gato que maúlla mucho no caza ratones”; “actuar como gato prestado”, para describir a alguien que actúa de manera mansa y tranquila; “todos los gatos son grises en la oscuridad”, para hablar de la belleza; “una cola de gato” para referirse a algo insignificante, en alusión a los rabos cortos de los *bobtails*.

Ya en el periodo Meiji (1868-1912) la especie había extendido sus dominios;

además, volvieron a ocupar un lugar central en el arte literario. Entre 1905 y 1906, Natsume Sōseki, el padre de la literatura moderna japonesa, escribió *Soy un gato*, una novela satírica contada por la mascota, sin nombre, de un profesor de inglés de clase media. En la prosa de Natsume se pueden apreciar, por un lado, los sentimientos encontrados que causaba la rápida adopción de la cultura occidental y su mezcla con las tradiciones japonesas y, por el otro, una crítica a la vida burguesa. Como otras novelas de la época, ésta se publicó por entregas en una revista y fue un éxito rotundo desde el principio.

Más adelante, Miyazawa Kenji publicó el cuento “La oficina de los gatos” (1926), en el que el protagonista animal sufre discriminación en la oficina de gatos número seis, donde trabaja; ha sido adaptado a numerosos libros ilustrados, un *manga* e, incluso, un *anime*. Aunque éste es el único cuento sobre el tema que tiene Miyazawa, en la publicación homónima de la editorial Satori se reúnen todos sus cuentos relacionados con la naturaleza y que reflexionan sobre problemáticas sociales o ecológicas. Compré este libro en cuanto salió porque hace algunos años me enteré de que las historias de Miyazawa han influido mucho en las películas de Ghibli, lo que también me llevó al *anime El tren nocturno de la Vía Láctea* (1985); además, leí en internet una versión en inglés del cuento de los felinos burócratas.

Otro importante escritor japonés, Tanizaki Junichirō, publicó una novela corta llamada *La gata, Shōzō y sus dos mujeres* (1936), que cuenta la historia de Shōzō, su gata Lily y el triángulo en el que se ven envueltos tanto humano como mascota cuando la exesposa de Shōzō le escribe a la nueva cónyuge pidiéndole que le entregue a Lily, quien sirve como catalizador de la trama y

ayuda al autor a explorar las relaciones entre los distintos personajes. En esta etapa, estos felinos se volvieron una presencia reconfortante para los humanos, pero todavía estaban inmersos en el misterio, la superstición y unas supuestas facultades protectoras.

LA ETAPA SANADORA

Actualmente, la especie es una parte central del imaginario japonés. Abundan los productos culturales que los representan, como Hello Kitty, el robot gatuno Doraemon, los gatos de Estudio Ghibli y varios *animes* y *mangas* con felinos domésticos como protagonistas, por ejemplo, en 2023, *Dekiru Neko wa Kyō mo Yūutsu* [El gato capaz también hoy está deprimido], pero también son una presencia real en la vida cotidiana, como se puede apreciar en las miles de cafeterías gatunas de Tokio, en las llamadas islas de los gatos, como Aoshima y Tashirojima, o en la prefectura de Wakayama, donde son jefes de la estación de tren Kishi. De esto último me enteré en redes sociales a principios de año, pues anunciaron a la nueva recluta. La primera gata jefa de estación fue la cálico Tama, nombrada en 2007, pero otros individuos han seguido su ejemplo; actualmente, la estación cuenta con tres: Yontama, Gotama y Rokutama, la gatita de un año cuyo adiestramiento anunciaron el pasado 7 de enero.

En la segunda mitad del siglo xx los gatos aparecen en la literatura japonesa como figuras misteriosas, guías o presagios que reflejan lo inexplicable de la vida. Esto resulta muy evidente en las obras de Murakami Haruki; en su cuento “El pueblo de los gatos”, que forma parte de su novela *1Q84* (2009), estos felinos plasman la soledad y la búsqueda de identidad de los personajes. Sin embargo, en el siglo xxi la capacidad de

la especie de reflejar y, en algunos casos, sanar la alienación de los personajes, se vuelve su característica más importante. Una de las obras pioneras de este estilo —incidentalmente, una de las primeras que llegó a mi biblioteca— fue *El gato que venía del cielo* de Hiraide Takashi, publicada en su idioma original en 2001; sin embargo, no fue hasta más de una década después que el género *iyashikei*, que significa “de sanación” o “de curación”, tomó fuerza con la publicación, en 2012, de *Crónicas del gato viajero* de Arikawa Hiro, cuyo narrador felino Nana es un *bobtail* japonés, y de *Antes de que se enfríe el café* (2015) de Kawaguchi Toshikazu. Como dato curioso, hasta que escribí este artículo y comencé a leer el libro me percaté de que ya conocía la historia, porque mi pareja compró la novela en un viaje y me la contó mientras paseábamos.

Para entender este género es importante saber que, si bien no todos los libros tienen gatos como personajes prin-



Un ojo al gato. Intervención sobre Suzuki Harunobu, *Dos mujeres jóvenes leyendo libros*, ca. 1767-1768. The Art Institute of Chicago ©.

“No sé dónde nació. Lo primero que recuerdo es que estaba en un lugar umbrío y húmedo, donde me pasaba el día maullando sin parar. Fue en ese oscuro lugar donde por primera vez tuve ocasión de poner mis ojos sobre un espécimen de la raza humana.” Natsume Sōseki, *Soy un gato*.

cipales, la mayoría sí tiene alguno en la portada. Además, éste es un subgénero del popular *slice of life* (relato de vida cotidiana), que se enfoca en representar con cierto naturalismo lo más mundano de la existencia. Las obras de curación en *manga* y *anime* aparecieron en la década de los setenta, pero su *boom* llegó en 1995 a raíz del terremoto de Kobe y los ataques de gas sarín en el metro de Tokio. El crítico Paul Roquet asume que los eventos traumáticos y la recesión económica popularizaron estas obras, cuyo punto central es la calma. Para mí, se trata de un género acogedor, cuyo objetivo es servir como un apapacho.

En este contexto, no es difícil entender por qué el éxito de las traducciones de estas obras, y algunas coreanas parecidas, se dio durante y después de la pandemia por covid. Tras un momento traumático de mucha soledad y aislamiento, el público occidental estaba deseoso de leer narrativas optimistas y tranquilizadoras, lo que también se observa en el hecho de que la popularidad del *iyashikei* coincide con el auge de historias *cozy* (acogedoras), como el *cozy fantasy* o el *cozy mystery*.

Una nota importante es que la literatura *iyashikei* no sólo trata de gatos. Aunque algunas obras sí tienen personajes felinos, que incluso hablan, como en *El gato que amaba los libros* (publicada en japonés en 2017) de Natsukawa Sosuke, muchas otras tratan, en realidad, de un espacio público —los llamados terceros lugares por el sociólogo Ray Oldenburg—, como librerías, restaurantes, tiendas de conveniencia o incluso lavanderías donde los personajes bus-

can un refugio en el que encuentran calma y sanación. Algunos ejemplos, son *Mis días en la librería Morisaki* (2023) de Yagisawa Satoshi, *Bienvenidos a la librería Hyunam-Dong* (2024) de Hwang Bo-Reum, *El misterio de la lavandería de Yeonnam-dong* (2025) de Kim Ji-Yun o *Los misterios de la taberna Kamogawa* (2023) de Kashiwai Hisashi. Este último me lo enviaron el año pasado, pero el gato de la portada, llamado Hirune, que significa siesta, apenas aparece, porque, como su nombre lo indica, duerme mucho durante la historia. Éste es el libro con protagonista felino que

Homenaje al maestro Toledo. Intervención sobre Utagawa Kunisada, Baños públicos en Hakone, ca. 1827. Rijksmuseum ©.



más he recomendado: me encantaron sus descripciones de comida japonesa y su estructura peculiar, que casi parece una serie de televisión de detectives, pero sobre casos mundanos.

Aun así, es importante subrayar que en este género hay mucha variedad, y si bien algunos autores se enfocan en los aspectos más cotidianos de la vida, otros prefieren ciertas notas de realismo mágico, como Mochizuki Mai en *El café de la luna llena* (2025), en cuya trama un grupo de gatos regentan una cafetería mágica donde sus clientes humanos pueden encontrarse a sí mismos. De hecho, en una gran cantidad de estas obras, los aspectos maravillosos se mezclan con la vida diaria, como si el punto fuera descubrir la magia que existe en lo común, en el día a día, en el encuentro con otras personas y en la convivencia con seres

como los gatos que nos permiten a los humanos encontrar el camino.

Así que la próxima vez que vayan a una librería y vean una pila de libros de gatos japoneses sabrán que se encuentran ante un fenómeno que trata menos sobre mascotas felinas y más sobre la creación de un ambiente acogedor. Sin embargo, no se debe perder de vista que estas novelas son el eslabón más reciente de una larga relación entre la cultura japonesa y el gato, que ha sido un enigma, un monstruo aterrador o un ser de buena fortuna, pero, sobre todo, un testigo silencioso, cálido y cercano a los misterios de la vida, que puede acompañar a los seres humanos en sus tristezas y alegrías. *AM*

Nota: los nombres japoneses se consignan en el orden japonés original y no en el orden occidental.



JOSÉ WATANABE

El gato

Estoy esperando la vuelta del gato desconocido
que cruzó el alféizar de mi ventana.
El alféizar corre a lo largo de varias ventanas. No tiene
otro camino. Volverá
y esta vez mi imagen le será más cordial.

Pasó arrogante como un bello inmortal. Los gatos ignoran
la contingencia de los torpes,
tropezar y caer.

Miden tan bien sus pasos cuando cazan o fugan, y nunca
nunca cara de extraviados. Así nos infunden en la mente
su propio mito.
Y los mininos de viejas no los contradicen
porque gato es gato, dignísima fiera cuando la vieja duerme.

Los gatos son peligrosos para la poesía, pronto
acumulan adjetivos, mucho provocan, mucho seducen.
Por eso no espero limpiamente la vuelta del gato,
la mucha belleza me hace siempre perverso. Y digo:
está caído en la vereda, inmóvil, dirigiendo
hacia mi altísima ventana
su última y fosforescente mirada.

Este poema fue publicado en *Gatos* [Antología poética], Ricardo Álamo (ed.), Editorial Renacimiento, Sevilla, 2024, pp. 115-116. Se reproduce con autorización de los herederos del poeta, Maya, Jaime Chirif e Issa Watanabe.

PIEDAD BONNETT

Reciclando

Cuando papá en un ataque de rabia mató al gato,
a mi gato Bartolo
porque metió la cola entre su caldo
y porque ya era viejo y no cazaba como debía ratones
y además era caro mantenerlo,
cuando papá borracho lo mató con sus manos,
hubo una gran algarabía en casa.
Vinieron todos, todos;
mi hermana dijo: guárdenme los ojos
para un par de zarcillos, y Martino,
nuestro vecino, se pidió las tripitas
—sirven para hacer cuerdas de violín—
y mi mamá, que al principio lloró, lloró conmigo,
quiso la piel
para ponerle cuello a su chaqueta,
y los bigotes
se los pidió mi hermano Eladio el que es mecánico,
y los cojines de sus patas fueron
lindos alfileteros
para la bruja gorda que vive atrás del patio
y es modista.
Lo que sobró lo hirvieron con sal y con cebolla.
Se lo dieron a Luis, que duerme en nuestra calle,
pues también sirve el caldo de gato para el hambre.
Yo me pedí los huesos.
Uno a uno los muerdo delante del espejo de mi hermana
porque dijo mi abuela
que al morder el que toca se vuelve uno invisible,

y eso quiero.

Este poema aparece en *Tretas del débil* (Valparaíso Ediciones, Granada, 2013). Se reproduce con permiso de la autora.

SERGIO DE RÉGULES

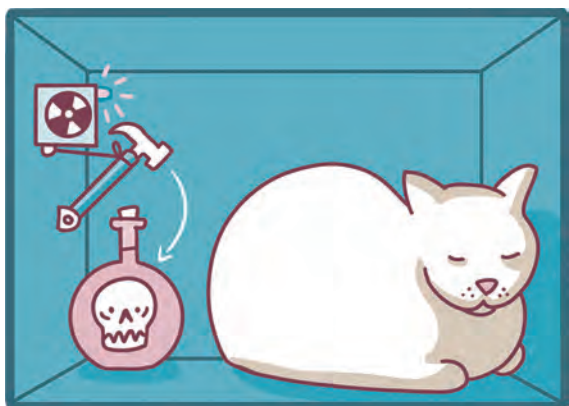
El gato no es como lo pintan

El gato de Schrödinger está en todas partes. Y cómo no: este felino es célebre por estar vivo y muerto al mismo tiempo, pero también tiene el superpoder de ocupar muchas posiciones a la vez. Hoy todo el mundo ha oído hablar de él y de la mecánica cuántica, área de la física que lo vio nacer. Hay chistes, hay memes. Hasta podría pensarse que la mecánica cuántica es popular. Los físicos deberíamos estar muy contentos de ver a nuestra disciplina invadir la memósfera.

Pero a mí esa popularidad y esa ubicuidad me despiertan el sospechosismo. No quiero hacerme ilusiones. La vida me ha amargado. Prefiero pensar mal para no decepcionarme. En concreto, sospecho que la popularidad del gato se basa en un malentendido.

Ilustraciones de Kevin Cuevas, *Key Cuev*, a partir de este texto, 2026.





Al gato yo lo conocí en los últimos semestres de la carrera de física, cuando lo estudié como parte del problema de la interpretación de la mecánica cuántica, de la mano de mis queridos maestros, Luis de la Peña y Ana María Cetto. Era conocimiento arcano, casi prohibido. A nadie le importaba más que a mis amigos y a mí. Ahora me siento como los adeptos del rock cuando de repente dizque le empezó a gustar a todos en los años ochenta. Los antiguos discípulos de José José babeaban por Pink Floyd. “¿Ya oíste la nueva de Supertramp?”, decía uno de los flamantes conversos refiriéndose a una rola vetusta (ide seis años!), pero que estaba sonando mucho en la radio. Pues con el gato de Schrödinger me siento igual. Luego me acuerdo de que soy divulgador de la ciencia y me gusta *compartirla*, no guardármela envidiosamente para mí, y se me pasa.

Siempre que un concepto recóndito de la física trasciende al ancho mundo pierde un poco de su sustancia, como la poesía traducida. Un poco o un mucho: la traducción suele ser mala. Si encima el concepto viene de la mecánica cuántica, peor tantito. Es lo que les pasó a los “saltos cuánticos”, que todos entienden como un salto o un cambio muy grande (en general, para adelante, un progreso), mientras que en las discusio-

nes de los físicos de hace cien años un salto cuántico era el tránsito de un electrón de una posición a otra sin pasar por los puntos intermedios. En cuanto al gato, allá afuera, en la memósfera, se usa para ilustrar lo extraña que es la mecánica cuántica (y lo raros que son los físicos), pero en su origen era una cosa distinta: una reducción al absurdo de la “interpretación ortodoxa” de la mecánica cuántica.

Fue una sorpresa cuando, hace cien años, los investigadores descubrieron que la nueva física de los objetos más pequeños del universo sólo hacía predicciones probabilísticas. Si uno está estudiando átomos que se desintegran espontáneamente (átomos de elementos radiactivos), la mecánica cuántica da la probabilidad de que uno de ellos se desintegre en cierto lapso, mas no puede decir ni cuándo ni por qué.

Una teoría probabilística no era ninguna novedad. Por ejemplo, la mecánica estadística, que se consolidó a principios del siglo XX luego de décadas de esfuerzo colectivo, explica las propiedades de un gas en términos del movimiento promedio del titipuchal de átomos que lo componen. El tratamiento es estadístico únicamente porque es imposible seguirles la pista a cada una de las variables pertinentes. La mecánica estadística es una teoría incompleta de los gases de la misma manera que los censos son descripciones incompletas de una población: ni modo que especifiquemos cuántos hijos tiene cada familia o a qué edad se muere cada habitante del país. Sería una monserga. Nos conformamos con la información estadística, la cual invisibiliza un montón de variables, pero sabemos que éstas existen y tienen valores concretos.

El problema con la mecánica cuántica es que, en un congreso realizado en 1927, los jóvenes Werner Heisenberg y

Pascual Jordan —con beneplácito de los viejos Niels Bohr y Max Born— proclamaron que la mecánica cuántica era la teoría más completa posible de los fenómenos atómicos. Y punto. Lo que no está en la mecánica cuántica no existe. Y como ésta no incluye las causas de fenómenos como la desintegración radiactiva o la dirección en la que sale una partícula de luz emitida por un átomo, no hay tales causas. Los fenómenos en la escala atómica ocurren porque sí o, como dijo Einstein con exasperación en una célebre carta a Max Born, como si Dios jugara a los dados en vez de operar bajo leyes naturales. Tras el congreso, casi todos los físicos se convirtieron a la acausalidad de la llamada “interpretación de Copenhague”.

Lo de “conversión” no es metáfora. Franco Selleri, en su libro *El debate de la teoría cuántica*, explica que la acausalidad era una moda general: “Uno de los efectos sociales de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, que llegó a ser la tendencia dominante en la República de Weimar, fue una ‘filosofía de la vida’ [...] existencialista fuertemente opuesta al racionalismo en general y a las ciencias exactas en particular”. Muchos físicos alemanes “se autodistanciaron de la causalidad en física, o la repudiaron de modo explícito, por razones sólo incidentalmente unidas a los desarrollos de su propia disciplina”. La moda arrastró a físicos de muchas otras nacionalidades, quizá movidos por el clima anticientífico que emanaba de Alemania. Se atacaba a los científicos en los periódicos. Hasta la familia te podía rechazar por aferrarte al materialismo y al racionalismo de la ciencia.

Moda o no, la interpretación de Copenhague no era la única opción: si la mecánica cuántica fuera simplemente una teoría incompleta, como la mecánica estadística —a la que nadie le había

exigido ser total y avasalladora—, podríamos seguir usándola y sacando provecho de sus grandes éxitos, buscando al mismo tiempo una teoría causal más profunda.

Tal fue siempre la postura de Einstein y también la de Schrödinger, una vez que se repuso de un ataque de adhesión al dogma. En 1935 ambos idearon sendas situaciones físicas cuidadosamente elegidas para poner de manifiesto los absurdos a los que podía llevar la interpretación dominante. La de Schrödinger es el famoso gato, al cual el físico austriaco sólo le dedica un párrafo en un artículo de tono refrescantemente sarcástico. Un gato está encerrado en un recinto con un dispositivo consistente en un átomo radiactivo y un sistema que libera un veneno si el átomo se desintegra. La probabilidad de que esto ocurra es de 50% en el lapso de una hora. Al cabo de esa hora —y si no hemos comprobado el estado del sistema por medio de una observación— la función de onda de todo el tinglado (o sea, su descripción cuántica) es un revoltijo: el átomo está completo y desintegrado con una probabilidad de 50% y el gato está vivo y muerto con la misma probabilidad, porque su devenir está entrelazado con el del átomo.

En una teoría estadística de las normalitas, esto sólo quiere decir que hay una probabilidad del 50% de encontrar el átomo incólume y al gato vivo y 50% de hallar el átomo desintegrado y al gato muerto, pero el resultado ya está determinado antes de que abramos la caja y lo constatemos. Si no lo sabemos antes de mirar, se debe sólo a la insuficiencia de nuestra descripción estadística. En cambio, si la descripción cuántica es la más completa posible, el átomo y el gato están realmente en una superposición de ambos estados hasta que abrimos la caja. En ese momento —quién

sabe cómo— la función de onda se contrae instantáneamente y manifiesta sólo uno de los resultados posibles. Schrödinger introdujo al gato como un amplificador, para traer el comportamiento microscópico del átomo —quizá demasiado abstracto e inasequible— a la escala macroscópica, en la que la superposición es absurda.

Einstein y sus colaboradores Boris Podolsky y Nathan Rosen contribuyeron con su propio acertijo cuántico. En vez de un gato en una superposición de estados incompatibles, presentaron dos partículas que podían ejercer efectos instantáneos una sobre otra aunque se encontraran en lados opuestos del universo, efecto que Schrödinger llamó “entrelazamiento cuántico”. Les faltó el gato para amplificar todo a la escala macroscópica. En su lugar, les ofrezco un perro. A mí el entrelazamiento cuántico me recuerda el polvo de simpatía con el que Umberto Eco, en *La isla del día de antes*, resuelve el problema de saber, en un barco en altamar, el momento exacto del mediodía en París sin el beneficio de la tecnología moderna (información que se usa para determinar la longitud geográfica del barco). El polvo de simpatía tenía la propiedad mágica de que si se hundía en él la daga usada para hacerle una herida a un perro, éste daba un salto de dolor aunque estuviera al otro lado del mundo. No es un invento de Eco. Un individuo llamado Kenelm Digby propuso en serio, en el siglo XVII, llevar perros heridos en los barcos y dejar la daga en Londres (o París, según el meridiano de referencia). Al mediodía en Londres, un encargado metería la daga en el polvo de simpatía y el perro aullaría en el barco. Los capitanes determinaban la hora local con métodos astronómicos. La longitud geográfica del barco se deducía de la diferencia entre la hora local y la hora en Londres.

El polvo de simpatía y su capacidad de vincular instantáneamente objetos separados son una quimera, claro está, pero resulta que el entrelazamiento cuántico y las superposiciones de estados al estilo gato de Schrödinger no lo son. Los experimentos imaginarios que idearon tanto Einstein, Podolsky y Rosen como Schrödinger en 1935 para criticar la interpretación de Copenhague hoy se pueden llevar a cabo, no con gatos, pero sí con átomos y otros sistemas físicos microscópicos y no tan microscópicos. Desde hace treinta años se busca crear gatos de Schrödinger cada vez más grandes. No se trata de vanidad masculina (íesa obsesión con el tamaño!), sino de determinar dónde está la frontera entre el mundo cuántico y el clásico. Nada en las ecuaciones de la mecánica cuántica indica que sólo valgan microscópicamente, sin embargo, no vemos que los objetos macroscópicos de la vida cotidiana ocupen varias posiciones a la vez ni que se comuniquen instantáneamente a grandes distancias. ¿A partir de qué dimensiones dejan de ser cuánticos los objetos?

En enero de 2026 un equipo de la Universidad de Viena anunció en la revista *Nature* el gato de Schrödinger más gordo hasta el momento: partículas de unos siete mil átomos de sodio y ocho nanómetros de diámetro (un nanómetro es la millonésima parte de un milímetro) que se extendieron sobre una distancia cuarenta veces mayor. Se dice fácil pero



el equipo tardó dos años en afinar el experimento hasta obtener una señal inconfundible de la superposición. La hazaña no se acerca ni remotamente a la escala de un gato de verdad, pero tiene consecuencias prácticas: nos indica el camino hacia la anhelada computadora cuántica.

Para superar el estadio de prototipos en los laboratorios de las grandes empresas de informática, la computadora cuántica tendrá que ser capaz de mantener en superposición millones de átomos a la vez, un delicado acto de malabarismo. No sabemos si es posible. Quizá haya un tamaño por encima del cual el gato no dure ni un instante vivo y muerto a la vez. Por eso es importante seguir engordando gatos y explorando la “frontera infame”, como la llaman en un libro.

Einstein, Schrödinger y compañía se llevarían la sorpresa de su vida si hubieran vivido para ver estos experimentos, que demuestran que sí existen los extraños efectos cuánticos que ellos usaron para reducir al absurdo la interpretación de Copenhague. Hoy dichos efectos son la base de la lucrativa industria de la información cuántica, que abarca la computación, la criptografía y la teletransportación cuánticas

(disciplinas entrelazadas como las partículas de Einstein, Podolsky y Rosen). Sospecho que es la primera vez que la crítica filosófica da lugar a negocios millonarios. Ánimo, filósofos.

Nada de esto significa que los experimentos de nuestros tiempos reinvin-

diquen las modas filosóficas de hace cien años ni que proclamen la victoria definitiva de Bohr y Heisenberg sobre Einstein y Schrödinger. Pese a que los efectos otrora imaginarios sean reales, en la actualidad son menos los físicos que pondrían las manos al fuego por la interpretación de Copenhague. Una encuesta realizada por la revista *Nature* en 2025 indica que 36% de los físicos sondeados prefieren pensar, con Bohr y Heisenberg, que la función de onda de la mecánica cuántica es una entidad física real y que da la descripción más completa posible de los fenómenos atómicos, contra 46% que opinan que sólo describe nuestro conocimiento subjetivo acerca de los experimentos que realizamos. En todo caso, no parece que nadie esté pensando en lo que realmente les interesaba a Einstein y a Schrödinger: la posibilidad de construir una mecánica subcuántica que no requiera piruetas conceptuales para darse a entender. La encuesta sugiere que, pese a la gran diversidad de interpretaciones que esgrimen los físicos de hoy, pocos se interesan por los fundamentos de la mecánica cuántica. La mayoría sigue siendo adepta de lo que se ha llamado la interpretación “cállate y calcula”, postura pragmática e intransigente ante las disquisiciones filosóficas. En el fondo, el gato y sus problemas siguen siendo preocupaciones esotéricas de unos cuantos... ejém... de unos pocos. Me consuela que esos pocos son más hoy que hace cuarenta años, pero sigo sin explicarme la popularidad del gato. $\mathcal{M}$



TEDI LÓPEZ MILLS

Historias de gatos

In memoriam

En su libro *Cat Sense* John Bradshaw pone en práctica la ciencia felina y reduce a los gatos a su expresión más básica. Esas criaturas bellas, con su buena o mala fama de misteriosas, están condenadas a repetirse por destino genético. Si muestran señas de voluntad, de intencionalidad, no se debe a un proceso mental, sino a que padecen un hambre definitoria (aun después de comer). Si juegan con una rama en el suelo o tiran un clip de la mesa o miran algo invisible en un espacio vacío, no es por inventivas, sino porque están cazando, aunque no haya presa alguna: para eso fueron

Bruno Enciso, *Una siesta / Anatomía de un laberinto VIII*. Todas las imágenes son cortesía del artista, 2025.





Tu gato me visitó en sueños.

diseñadas. Bradshaw concede que quizá los gatitos juegan para divertirse, pero no los gatos adultos. Sería un error suponer que, por ejemplo, si yo lanzo un peluche con plumitas, mi gata de diez años de veras se entusiasma, lo persigue, me pide con maullidos agudos que vuelva a lanzarlo por el puro gusto de ir tras él y entretenerse conmigo. En realidad, está cazando y su naturaleza unívoca es incapaz de distinguir diferencias espaciales o circunstanciales. Sería imposible comprobar que me percibe: soy una sombra que se desplaza en un territorio donde, si el mundo no falla, deberá surgir en cualquier momento un ser vivo que mi gata acechará y, con suerte, matará. “La habilidad de los gatos para razonar”—señala Bradshaw— “parece limitada, sobre todo cuando es asunto de determinar causa y efecto.” Sin embargo, en la misma página añade que, con su reputación enigmática, “los gatos bien pueden estar todavía escondiendo el ver-

dadero alcance de sus poderes cerebrales”. A fin de cuentas, dice, son maestros en ocultar sus pensamientos y aún más sus emociones. No detalla el sentido del “todavía” ni explica dónde, cuándo, por qué adquirieron los gatos esa maestría. Estoy segura de que frente a estas dudas retomaría sus argumentos fatalistas: los gatos son como son desde el principio. No saben lo que hacen. Sus reacciones son mecánicas; algo semejante a lo que pensaba Descartes de los animales en general: esos gritos o aullidos de dolor son reflejos de autómatas sin conciencia. No hay que dejarse engañar. Bradshaw postula, además, que los gatos ni siquiera sienten afecto por sus dueños: sólo fingen porque los necesitan. Tampoco explica dónde, cuándo, por qué aprendieron un comportamiento tan complicado como el de fingir. Habrá sido en algún tramo del Estrecho de Bering, que cruzaron hace dos o tres millones de años. O cuando los natufien-

ses construyeron su primer granero en alguna zona de Israel, Palestina, Jordania, Siria, entre 12 500 y 9 000 a. C., y llegaron ratones y de algún recoveco salieron felinos y se encargaron de exterminar a los roedores y se inició entonces el extenso camino de los gatos hacia nuestros hogares.

Es un pasado muy antiguo y ominoso. Bradshaw narra algunos de sus episodios. En la aldea de Chanhudaro, fundada por los *harappa*, en lo que es ahora Paquistán, “arqueólogos encontraron un tabique de lodo de 5 000 años con la huella impresa de un gato y sobrepuesta la de un perro. Mientras el tabique recién hecho se secaba al sol, el gato habrá pasado por encima, seguido de cerca por un perro, en feroz persecución”. En Shillourokambos, un yacimiento neolítico de Chipre —*circa* 7 500 a. C.— otros arqueólogos descubrieron en 2001 el esqueleto intacto de un gato enterrado muy cerca de un esqueleto humano “cuya tumba contenía herramientas pulidas, hachas de piedra y ocre, indicativas de que se trataba de un ser humano de alto rango. El gato era muy joven, tenía menos de un año cuando murió y, aunque no hay ninguna evidencia en la tumba de que lo mataron deliberadamente, la edad del gato sugiere que eso fue lo que ocurrió”. Su esqueleto es la primera prueba documentada de una relación cercana entre humanos y gatos anterior a la civilización egipcia, en la que pinturas de hace cuatro mil años los muestran ya como mascotas y en la que comienzan también a desempeñar un papel central en cultos, como objetos de sacrificio. “La producción de ‘animales sagrados’ se convirtió en una industria importante en Egipto entre los años 2 400 y 2 000 a. C. Es más, a los gatos sacrificiales se les criaba con ese propósito preciso. Se han hallado las ruinas de estos lugares de crianza junto a tem-

plos de todas las deidades asociadas con felinos.” A los gatos los estrangulaban o les rompían el cuello. Los arqueólogos “escriben acerca de las vastas pilas de huesos blancos de gatos y el polvo de yeso y lino desintegrados, disperso en el aire del desierto”.

El estigma maligno se perpetuó. El vínculo antagónico entre la Iglesia y los gatos se fue intensificando del siglo XIII al XVII en Europa. Cuenta Bradshaw que en 1233 la Iglesia católica resolvió exterminarlos. “El 13 de junio de ese año el papa Gregorio IX hizo pública su *Vox in Rama* [...] a los gatos, en especial a los gatos negros, se les identificó con Satán. En los siguientes 300 años, millones de gatos fueron torturados y eliminados, junto con cientos de miles de mujeres, sus dueñas, sospechosas de brujería.” Con la sanción de la Iglesia de Roma, cualquiera que se topara con un gato al anochecer tenía derecho a matarlo o mutilarlo: podía ser una bruja disfrazada.

Quizá los gatos actuales, comenta Bradshaw, no serían como son si no se los hubiera sometido a tanta crueldad durante siglos. ¿Pero cómo son? Por un lado, la ciencia felina los congela en un presente eterno en el que su única vocación genética es la cacería y la defensa de su territorio; por el otro, admite la hipótesis de que su carácter extraño, suspicaz, tiene un origen histórico; es decir, se debe a una serie de lecciones extremas que los han hecho tan susceptibles que si no entran en contacto con gente amable durante las ocho a diez semanas iniciales de sus vidas se revierten a un estado primitivo, salvaje, cuya característica principal es el miedo. Y aun en las mejores circunstancias, nunca desarrollan las destrezas sociales de los perros. Tal vez lleguen a persuadirnos —a nosotros, sus dueños— de que no carecen de aptitudes y las revelen con distintos maullidos o acciones

que nosotros, sus dueños, interpretamos de modo muy personal y relatamos como si fueran grandes hazañas, pruebas de que al menos *nuestros* gatos son extraordinarios. Si quien nos oye es gato-habiente, expondrá con rapidez sus propias anécdotas gatunas: cómo su gatita brinca y le toca la rodilla con su nariz, cómo se mete detrás de unos cojines y sale corriendo, voltea a verlo, le sonrío: me lo jura, y yo le creo, porque he visto esa sonrisa.

Bradshaw nos previene de que los gatos fracasan en la mayor parte de los experimentos que les arman los científicos: no empujan las palancas metidas estratégicamente en una caja de cartón ni ponen en movimiento la rueda para que el platillo de croquetas se aproxime al hueco donde ellos asoman la cabeza, ni se internan en laberintos. “Es posible que los científicos aún no hayan ideado experimentos que les permitan a los gatos demostrar sus auténticas habilidades.” Es posible también que busquen probar teorías absurdas: ¿podrán los gatos entrenarse para ser perros, para ser ratas? Los científicos evitan palabras como “pensar”, “sentir” cuando estudian a los animales y prefieren “cognición” a “conciencia”, pues no quieren caer en las trampas del antropomorfismo. A mí cognición ya me parece un término muy ambicioso: ¿habrá conocimiento sin conciencia?

En el libro de Bradshaw hay varios dibujos. Uno muestra a una científica sentada en un banquillo con un cuaderno en las piernas; un gato la husmea. El pie del dibujo dice: *Gato osado estudia a científica*. Se menciona la legendaria curiosidad felina sin ahondar en el tema. Se nos comunican las escuetas anotaciones: gato se estira con caricia, científica registra ronroneo, gato se aleja. No se va tras el gato a fin de no alterar el experimento. Se entrevista al dueño con

desconfianza: tenderá a exagerar las cualidades de su gato. Los testigos fidedignos no existen. La ciencia se adaptará a la información que ya tiene. Añadirá que a los gatos no les gustan otros gatos, que se angustian al punto de enloquecer, que su prestigio va en picada porque matan pájaros, que ven solamente dos colores, azul y amarillo. Alguien me informará con tristeza que son parásitos. “No los humanices.”

Nunca lo he hecho. Jamás me he portado con mis gatos como si fueran personas (“ya quisieran las personas”, reclamarían mis detractores). Pero estoy convencida de que son *individuos* sensibles, delicados, sutiles, ridículos, chistosos adrede, con los que he establecido conexiones profundas, iluminadoras, y les atribuyo las biografías que les corresponden, imbricadas en la de Álvaro y en la mía.

A Safo la compramos en una tienda de mascotas en el Quai de la Mégisserie en París. Fue viajera. En 1985 pasó por el aeropuerto de Moscú, luego por el de La Habana, y estuvo de huésped clandestina en el Hotel Intercontinental de Managua. Era silenciosa, dulce, muy diestra en el arte de la resignación. Murió a los quince años. Ocarina nació en 1996 en un departamento de la Condesa, en una situación doméstica idónea. Era sociable, comunicativa, mundana, desenvuelta. Murió a los veinte años, en agosto de 2016. Al poco tiempo, una señora de mi cuadra que se dedicaba, en esa época, a la traumática y heroica labor de salvar animales maltratados o perdidos en la calle, me ofreció un gato siamés. Me dijo que tenía a lo mucho un año y estaba en un refugio, pero lo iban a echar por agresivo; nadie lo aguantaba, aunque ella tranquilamente lo traía en brazos y cuando lo soltó en la zona del zaguán de mi edificio, él, igual de tranquilamente, olió el piso, exploró,



Esto tenía enfrente mientras escogía la mejor palabra para decirte lo que te quería decir.

jugó con una hoja seca y emitió una serie melódica de gorjeos. Le pedí a la señora que me diera la noche para pensarlo. Ella insistió en la infelicidad del gato en la jaula; yo insistí en que no tardaría más del tiempo prometido en darle mi respuesta. Lo platiqué con Álvaro y él tomó la decisión: “lo vamos a adoptar y se llamará Torcuato el Gato”. Unas semanas después —por vía de la misma señora— llegó una gatita gris de tres meses, ya esterilizada, temblando de terror en una esquina de la transportadora. Torcuato le gruñó, le escupió. Yo le susurré al oído “haz por ella lo que hicimos por ti” y él aceptó: se encargó de criarla, la adoró, pero nunca permitió que ella —Renata la Gata le puso Álvaro— fuera de nosotros. Sería siempre su

gata. Fue un acuerdo tácito, obviamente, y justo, supongo, para la concesión que hacía Torcuato de no ser el único felino en la casa.

Odiaba las rimas. Para molestarlo le recitaba: “Torcuato zapato de Irapuato” y demás variaciones con su nombre. Maullaba y salía corriendo, indignado. Era chaparro, de cola corta y dribleador excepcional, quizá debido a que sus patas traseras no le daban para saltar. Veía los partidos de fútbol con Álvaro y movía la cabeza frente a la tele, como si estuviera examinando las jugadas en la cancha. Empezó a enfermarse en diciembre de 2023. Los veterinarios lo observaban con asco y animadversión porque se hacía caca en la transportadora. Uno me dijo “el paciente es demasiado reactivo” y lo revisó casi de lejos, temeroso de que lo rasguñara. Otra doctora, especialista en gatos, se quejó de su difícil manejo —“ataca feo”— y me preguntó en cuántos refugios había estado. Le respondí exasperada que no sabía y se negó a atenderlo. Regresamos a la casa, limpié a Torcuato y recurrí a un veterinario compasivo, gentil, que hacía visitas a domicilio y le decía “gordito precioso” a Torcuato mientras yo lo sujetaba, envuelto en una toalla. Le ponía inyecciones. Torcuato mejoraba y luego volvía a colapsarse, inmóvil debajo de mi cama, respirando con jadeos. Aprendí a inyectarlo yo. Fueron dosis incesantes de vitaminas y antibióticos, hasta que el beneficio comenzó a ser insignificante. Vino el veterinario y yo levanté a Torcuato y recibió la última inyección el domingo 12 de mayo de 2024. Espero que su muerte haya sido correcta. Ahora somos sólo Renata y yo. *RM*

ALBERTO RUY SÁNCHEZ

El secreto de la lengua del gato

La garra
que el gato lleva en la lengua.
Un ejército de uñas
cónicas, afiladas,
con puntas de queratina.

Un cepillo muy discreto
que lo acicala
y calma sus ansiedades.
Un oleaje inesperado
cuando lame a quien ama.
Un cepillo que desgarrar,
que separa limpiamente
la carne que hay en el hueso
o en la espina del pescado.

Levanta con ella agua en el aire
para beber sin mojarse.
Crea un minúsculo torbellino
entre sus colmillos afilados
y la absorbe al caer.

La lengua de mi gato enseña
que lo áspero es delicioso
cuando me muerde sin fuerza,
cuando la pata me atrapa
sin sacar las uñas,
y su lengua me acaricia
con su piel de puntas bravas.

Hereda del tigre esa lengua
porque lo suyo es la selva.
Todo en ella es un secreto excesivo.

Este poema aparece en *El silencio del gato* (Era/La Rana, CDMX/Guanajuato, 2025).
Se reproduce con permiso del autor. Agradecemos a Ediciones Era las facilidades para su publicación.

SANDRA LORENZANO

Gatos

Los últimos versos del poema “El viaje” de Cristina Peri Rossi dicen:

“Desde entonces
tengo el trauma del viajero
si me quedo en la ciudad me angustio
si me voy
tengo miedo de no poder volver
Tiemblo antes de hacer una maleta
—cuánto pesa lo imprescindible—
A veces preferiría marcharme
El espacio me angustia como a los gatos
Partir
es siempre partirse en dos”.

Marcharme para no vivir la angustia del que sabe que en algún momento tendrá que hacerlo. Ganarle la partida al desarraigo no echando nunca raíces. O al revés: hacer hogar allí donde me sienta más o menos bien recibida. Soñar con no tener que irme nunca. Soñar con no haberme ido jamás. ¿De dónde? ¿De cuándo? Partir. Siempre. “Escapar” me han dicho algunas veces. Imaginar una salida silenciosa de la escena. Como los gatos.

Este texto fue publicado originalmente en *Herida fecunda*, Páginas de Espuma, Madrid, 2024, pp. 102-103. El libro ganó el xv Premio Málaga de Ensayo.

VERÓNICA MURGUÍA

Elogio del gato y su devoto

1) Hasta hace unos meses, gracias a una lucha constante por mi salud mental, me mantuve a una distancia prudente del YouTube. Claro que he vagado por tiendas chinas, escuchado música en plataformas (lo ignoraba entonces) impresentables y comprado mil cosas que no necesito, pero hasta hace poco me abstuve de ver cortos y tener redes sociales. Procuro leer las noticias en el periódico y comparar la información. Mi solitaria pica en el Flandes virtual es una cuenta de Instagram que me abrió una amiga para presentar un libro y a la que no he subido nada.

Pero no puedo alardear. He contribuido, como millones de personas, a la fortuna de Jeff Bezos, pues adquiero libros en Amazon desde que eran la única mercancía. Es increíble pensar que Amazon fue solamente una librería, pero que a su dueño le esperaba la distinción, poco honorable, de ser uno de los hombres más ricos del mundo.

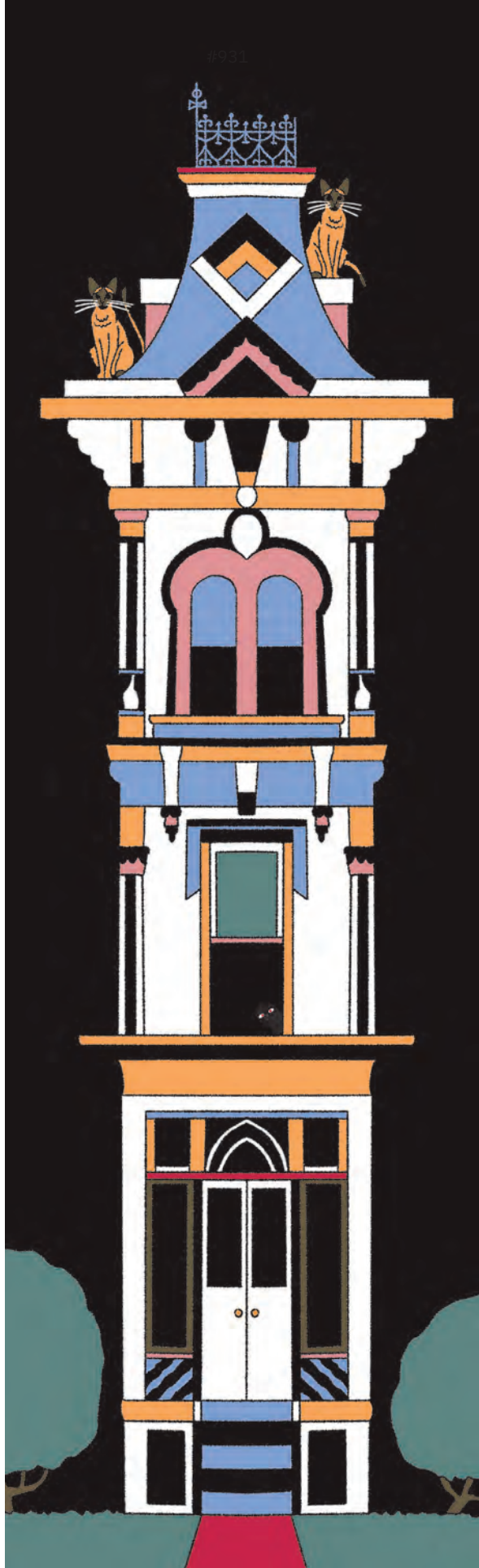
Además, padezco la adicción al Kindle, aunque sospecho que las lecturas en el dispositivo no se me quedan en la memoria como aquéllas hechas en papel, pero ésa es harina de otro costal.

Cuento esto porque, al modesto Amazon de los noventa, solía pedir libros de detectives protagonizados por gatos. Hubo una serie, tranquilizadora por lo ingenua, que llegó a reunir veintinueve títulos, escrita por una viejecita de pelo blanco llamada Lilian Jackson Braun. No creo que haya sido la señora Braun la autora de toda la saga, pues el ritmo de publicación era de un libro al año. Los detectives, Koko y Yum Yum, eran dos siameses que resolvían los casos dándole pistas laberínticas al dueño, un periodista cándido y bastante lelo llamado Jim Qwilleran. El lugar donde ocurría esto se encontraba al norte, lejos de todo, habitado únicamente por blancos de la tercera edad. Nunca, que yo recuerde, se mencionó a un personaje de otra raza, creencia y, menos, orientación sexual, aunque la actividad sexual era tan escasa como la credibilidad de toda esa ficción.

¿Por qué, además de los poderes somníferos de las novelas, era capaz de comprarlas y esperar ansiosamente su llegada? Supongo que por el indudable fervor que la autora sentía por los gatos, la única emoción auténtica que lograba transmitir.

No se me escapa que la internet es tierra fértil para que la imagen del gato, ése ser contradictorio y fabuloso, tenga

Santiago Solís, *Upper Peninsula of Michi-gan*. Todas las ilustraciones son del artista a partir de este texto, 2026.



muchísimo éxito. El gato es fotogénico como casi ningún otro animal. Como todo el mundo, he visto mil memes, *gifs*, etiquetas, pero hasta hace poco me mantuve en mi solitaria postura: no me asomaría al YouTube para ver gatos más que en teléfonos ajenos, hasta el día fatal en que entré a la plataforma para ver a Stephen Colbert y me topé con un corto de un diminuto gato negro corriendo por el piso de una cocina con el lomo arqueado y cara de loco. Amor a primera vista. Adicción a la primera probadita.

Se acabó mi desdeñosa distancia. Como media humanidad, me la paso mirando gatos haciendo gaterías, sobre todo cachorros que se suben a las cortinas, se trepan por el pantalón del dueño, se asoman debajo de un suéter o brotan hechos un polvorón de entre las ruinas de una maceta. He comprobado que no soy la única que, al pasar junto a sus gatos, los alza en brazos, los olfatea y los vuelve a dejar donde estaban o que, literalmente, les besa las patas. Como tantos, les permito cualquier insolencia, como sentarse en el teclado de la com-

putadora, convencida de que tengo la suerte infinita de que me hagan caso, aunque sea yo quien pague las croquetas y limpie el arenero.

2) Se supone que debemos dividir nuestras vidas en etapas compuestas por un número de años determinado por nuestras capacidades y madurez física. La infancia está partida en dos segmentos: de cero a seis años, la primera infancia, y de siete a doce la infancia a secas. Luego viene la adolescencia, de los trece a los dieciocho y, en el caso de los Estados Unidos, hasta que el cuerpo aguante. Más tarde, la deliciosa —cada quien habla de la feria como le va en ella, etcétera— adultez. Ésta dura de los diecinueve hasta los sesenta. Después, la vejez, donde estoy incómodamente situada. Este sistema es razonable, pero hay personas que dividen su vida de otras formas. Conozco a un desdichado que dividía la suya en sexenios. Así, su adolescencia se desplegó durante los sexenios de Echeverría y López Portillo; su primer matrimonio, durante el gobierno



El desdén con el que me trató el resto de la semana, aun después de que le di tijeretazos a la culebra delante de él, me obligó a buscar otro Enemigo. Tuvo como seis o siete.

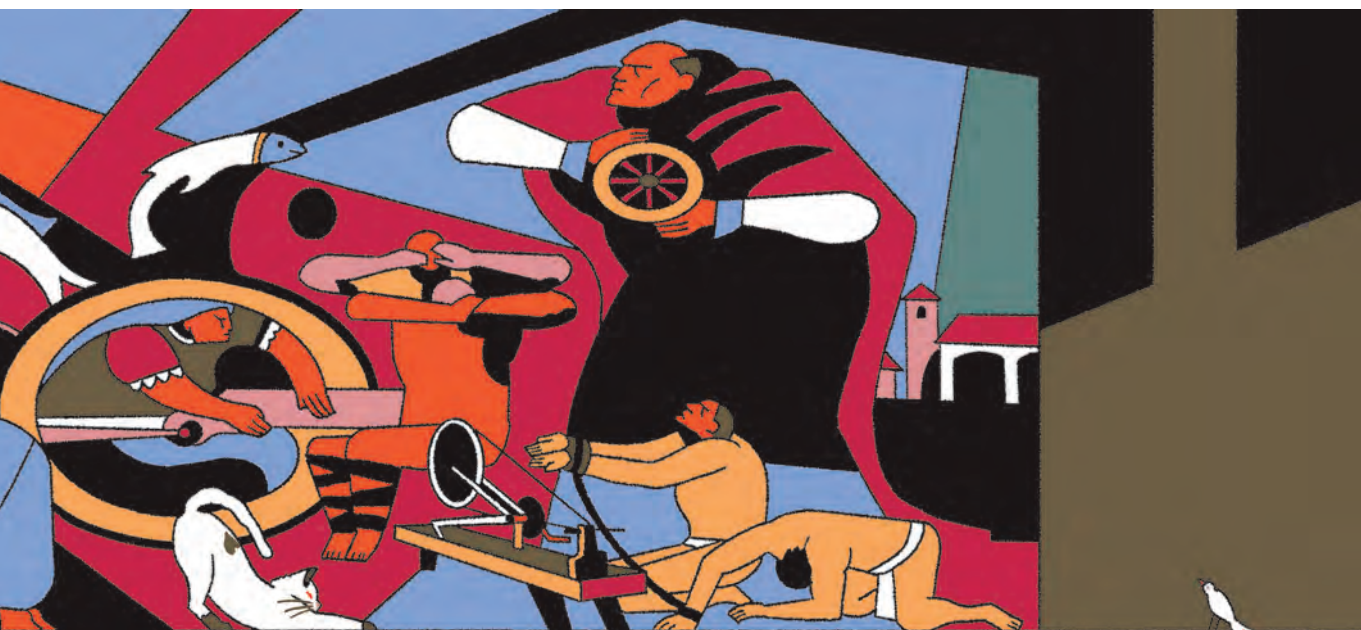
de Salinas, etcétera. Debo confesar que ese individuo y yo nos alejamos para siempre desde hace un sexenio.

Yo mido la vida por el glorioso paso de mis gatos por ella. De niña tuve a Héctor y a Mermelada. De adolescente, al gentil Pitufo (yo no le puse el nombre), a quien amé con pasión y recuerdo con una nostalgia horrorosa. Luego, ya en mis veintes, tuve a Merlín. Entre Merlín y yo hubo un amor arrebatado del que quedó constancia en unas postales que le envié desde Pátzcuaro. En las postales le pedía a mi pareja de entonces que, por favor, se las leyera. Querido Merlín: miau, mau, mi, y así varios renglones. Como firma: “La señora que te sirve las croquetas”. Las postales llegaron a la casa varios días después que yo y tuve el gusto de leérselas de viva voz. Merlín, naturalmente, me ignoró y tuve que

atraerlo a la lectura con una lata de sardinas. No me importó. Quedé feliz de haber dejado en negro sobre blanco, y con imágenes de la Plaza de Tata Vasco y la Casa de los Once Patios, un testimonio de mi veneración.

En un departamento de la colonia Nápoles donde viví muchos años, mi marido y yo le dimos la bienvenida a Timoteo, hijo de la arisca Pancha, la gata más desconfiada de la ciudad. Timoteo fue, espero, un gato felicísimo, amo y señor de dos seres humanos que se desvivieron por él, se dejaron arañar, permitieron que arruinara los sofás y le arrojaron pelotitas durante horas. En resumen, un *Felis catus* feliz. Era un gatito de la calle que, por azares del destino, tenía una facha aristocrática —su padre era un ruso azul con más ínfulas que el príncipe Volkonsky— y carácter de

Once patios.





Muezza.

diva. Mi marido y yo nos dedicamos a estudiarlo, acariciarlo y hacer lo que al gato se le daba la gana. Tenía un juguete al que atacaba con saña: un gato de lana relleno de estopa, de ésos que hacen en Chiapas. Mi marido lo bautizó como “el Enemigo”.

Pobre de “el Enemigo”. Atado al extremo de un mecate para colgar la ropa, mecido ante el Timo con el único objetivo de que él se divirtiera, fue lacerao, arañado y masticado hasta que se le salió el relleno y quedó convertido en un harapo. Me fui volada al mercado y compré una culebra de plástico que, pensé, le iba a fascinar. Cuando se la lancé, me miró con reproche antes de esconderse debajo de un sofá del que salió solamente a cenar. El desdén con el que me trató el resto de la semana, aun después de que le di tijeretazos a la culebra delante de él, me obligó a buscar otro Enemigo. Tuvo como seis o siete.

Ahora vivo con dos gatos. Es la primera vez en mi vida que tengo dos y ahora comprendo perfectamente a quienes tienen cinco, seis o siete. Estoy hecha una *cat lady*, como dicen en inglés, con todas las de la ley. Esto, supongo, quiere decir que los gatos son los dueños de todo lo que hay en la casa, incluyéndome a mí, por supuesto.

3) El adorador de gatos más célebre del mundo es Mahoma. Tenía una gata que se llamaba Muezza, a la que quería muchísimo. Un día, la gata se quedó dormida en una esquinita de su túnica. Mahoma, a quien la idea de despertarla le provocaba una fea sensación —que los amantes de los gatos conocemos perfectamente—, prefirió cortar la túnica a despertarla. Esta anécdota no figura en los *Hechos del Profeta*, pero está muy extendida y goza de mucho prestigio. Cualquier musulmán la conoce. Según el is-



lam, los gatos pueden, incluso, beber del agua destinada a las abluciones sin contaminarla. En Estambul, por ejemplo, son dueños de los techos, las cajas de fruta vacías en el mercado, la sombra de los edificios y los patios de las mezquitas. La pena por matar un gato era “construir siete mezquitas”. Me parece razonable.

4) La primera puertita para gatos de la que se tiene noticia fue añadida a la entrada de la Biblioteca Chetham, un edificio de finales de la Edad Media, con el fin de que estos animales entraran y salieran a su antojo y pudieran mantener los libreros sin ratones. Más tarde, en Exeter, un obispo mandó hacer un agujero circular en otra puerta de biblioteca. Este agujero daba a un reloj de cuerda, cuyo mecanismo era engrasado con manteca de cerdo, lo cual atraía a los ratones. A los dueños de los gatos que man-

tenían a raya a las ratas y los ratones se les daba un pequeño sueldo anual.¹

5) Terminó mi enumeración con una mención al poema dedicado a Pangur Bán, escrito por un monje irlandés en el siglo IX. No se conoce el nombre del autor, aunque hay algunos candidatos, como Sedulio Escoto. El poema fue escrito en la abadía de Reichenau, hoy Alemania, y es una alabanza de la vida de un estudioso y su gato. El monje se regocija porque Pangur Bán, su gato blanco, y él tienen ocupaciones semejantes. Uno atrapa ideas y palabras, el otro, ratones, y así, lejos de la envidia y el ruido del mundo, los dos se afanan en hacer bien lo que les toca y son felices.

Supongo que yo podría hacer lo mismo, aunque en esta casa no hay ratones. Lo único que se interpone entre la serena alegría del monje y yo es la internet, esa sinécdoque del mundo. Y como el mundo, una de las cosas más bellas que alberga, son los gatos. **AM**

1 Según la historiadora Diane Walker en Rhea Nayyar, “The English Cathedral with the 400-Year-Old Cat Door”, *Hyperallergic*, 12 de septiembre de 2023.

Mi gato y yo

ANÓNIMO

Yo y mi gato, Pangur Bán,
tenemos parejo afán.
De noche él caza ratones,
yo, palabras a montones.

Por sobre honores humanos,
yo, pluma y libro en las manos.
Pangur no me tiene saña,
se aplica a ejercer su maña.

Francisco Quijano tradujo esta versión en inglés de Robin Flower; publicada en *Letras Libres*, núm. 207, marzo de 2016, p. 32.

LUIS FLORES ROMERO

Vela y gato

La llama de una vela
te dibujaba apenas con el gato
que cargabas. Eras de carne y sombra.
Pensé: “yo no conozco ninguna claridad;
a pesar de mi librero, no conozco más que dos
o tres respuestas, lo demás
es la mujer de carne y sombra”. Te miré:
la llama de una vela no hizo falta y el gato
se escondió. Te desnudaste: ninguna claridad
me dio tantas respuestas todas juntas
como tu claridad. Tu olor a carne y sombra
consiguió que me acercara con lentitud de gato.
La llama de una vela se insinuaba
debajo de tu vientre; tu vientre carne sombra
se deslizó en mi tacto. De tu sombra
crecía poco a poco tu calor, y de tu carne
tu claridad crecía poco a poco. Las respuestas
que por tu vientre carne sombra supe, nunca
las conocí por mi librero. Fornicamos.

Este poema aparece en *Días lejos* (Palabrerías, Estado de México, 2023) y se reproduce con permiso del autor.

El gato nos miraba, sus ojos eran dos
resquicios de la llama de una vela, lo demás
era tu sombra que en el gato se adhería.
Tu carne me adhería. Sentí que me pasabas
lo más felino de tu sombra,
lo más quemante de tu carne.
Y en eso tuve claridad. Cada respuesta
que por tu carne sombra supe, no la pude
guardar en mi memoria. Te marchaste.
La llama de una vela y el gato que nos vio
no volverán en otra vela,
ni se repetirán en otro gato. Seguirás
de carne y sombra y no habrá gato
ni vela que me diga: mira bien
a la mujer de carne y sombra. Te marchaste:
ninguna claridad se fue tan de repente
como tu claridad. Sólo me queda
la sensación de que una vez lo supe todo.



María Kalach, *Kabuki II*, 2024. Cortesía de la artista.

ALEJANDRA COSTAMAGNA

Hombrecitos

Está viva de pura casualidad. Se ha tragado un clip y ahora arquea el lomo, se menea y frota la cabeza contra el sillón. Tania y Boris piensan, cada uno a su manera, que esto es un milagro. Lo que ninguno de los dos ve, sin embargo, es la manchita granate dibujada sobre el cojín.

Amanda Mijangos, *El espejo*. Todas las ilustraciones son de la artista a partir de este texto, 2026.



A Tania se le ocurre que habla entre dientes, la gata. Que es una guagua. Pero la verdad es que la gata maúlla con vozarrón auténticamente felino y hace equilibrio en los tejados y se deja montar por todos los gatos en celo y, haciendo un pequeño estudio de campo, se podría concluir que es la preferida del circuito.

Boris acaba de cumplir los treinta y ocho años, y ya casi no tiene pelo: apenas unos garabatos grises sobre el cráneo. Hace cinco años, conoció a Tania, todavía era un hombre joven.

Se ha tragado un clip y después lo ha vomitado. Tania ha recogido el clip del fluido desembuchado por la gata, lo ha lavado y ha susurrado gracias, Dios mío, a pesar de que ni ella ni Boris son creyentes. Pero Dios igualmente no ha escuchado: lo que era un hilito se ha convertido ahora en burbujas de sangre que brotan por el hocico del animal. Tania ve el cojín con manchas rojizas y lanza un grito que parece una cachetada.

—¡Perica!

Boris trata de calmarla y no sabe a qué palabras recurrir. Se le enredan las frases probables. ¿Todo va a estar bien? ¿No pasa nada, corazón? ¿Lo siento? Pero él no puede sentirlo, corazón, porque lo que ahora pasa es tan sospechoso. La mujer, su mujer, busca con evidente nerviosismo un número en su teléfono celular. Y de golpe: “Aló, sí, millón de gracias, doctor”. No quiere pensarlo, pero la imagen brota. Es una escena distorsionada, como todas las que navegan en la corriente interna del hombre. Boris cree ver centenares de amantes en la piel de Tania. Sueña con ellos. Los huele, los adivina en la manera en que ella se mira al espejo. Cada mañana, desde hace mil setecientos, mil ochocientos días, despierta con una escena jugosa en la punta de la lengua. Pero no puede probar sus sospechas. Lo único que prueba por estos días es el cóctel de narcóticos que, lejos de hacerlo dormir, invaden su cabeza de hombrecitos montados sobre su mujer; la misma mujer que ahora mete a la gata en una jaula y camina con dificultad hacia la puerta, como si cargara una maleta muy pesada.

—¿A dónde van? —se anima a preguntar.

—Al veterinario.

—¿A cuál?

—Al de siempre, Boris —responde Tania, con un pie ya fuera de la casa.

Lo que sigue son cuatro segundos de silencio mortal. Boris apostaría su cabeza a que su mujer y el veterinario; a que su mujer... Tania ha puesto el clip de adrede en el platito de la gata para enfermarla y tener una excusa creíble —urgente— a la hora de juntarse con el hombre. Con el hombre de su lista infinita. Al de siempre, Boris, dónde más. Como si fuera uno solo, piensa Boris, y yo un tarado. Como si no pudiera ver que hoy es domingo, que hace un frío de morirse y las salas de las clínicas veterinarias están vacías, millón de gracias, doctor.

—¿Y a este lo atiendes gratis también? —escupe Boris.

—¿Qué?

Silencio y acción. Ahora Perica, Tania y Boris van mudos al servicio de urgencia de la clínica veterinaria que sí abre los domingos, que dispone de salas adecuadas para la atención de cualquier animal doméstico. Ta-

Y la gata en el alféizar, tosiendo bolitas de sangre. No está bien, dice Boris corroborando lo que cualquiera podría ver.



Laberinto.

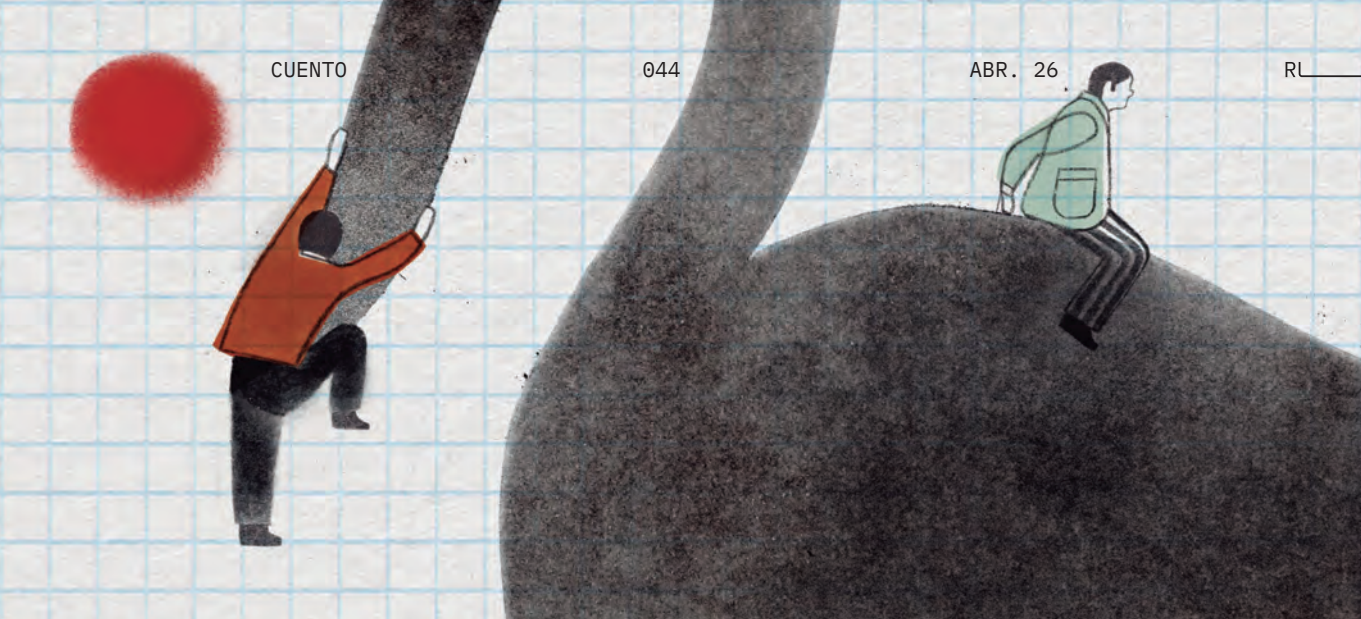
nia maneja y le importan un bledo las imperfecciones del pavimento y los lomos de toro que hacen saltar al resto de la comitiva. Cuando los semáforos dan rojo vigila que la gata esté en su lugar. Ni me mira, calcula Boris, no existo.

El veterinario pregunta cómo se comió el clip. Pero no expresa mayor curiosidad en la interrogación. Como si fuera muy normal que los gatos se tragaran artículos de escritorio. ¿Cómo se lo comió? Es una historia larga, se limita a contestar Tania. Boris advierte que el tono de la respuesta encierra algo, bastante más que una larga historia. Subió al escritorio cuando no había nadie y se lo tragó: eso es lo que debería responder, piensa Boris. Pero en cambio su mujer dice: Periquiña es impredecible, usted ya sabe. ¿Periquiña es la contraseña para hablar de lo

suyo? ¿Qué es lo que el doctor ya sabe? A Boris le parece que el diálogo es el preámbulo de algo. Y trata de calmarse pero las visiones fluyen más rápido que su voluntad y mira a la mujer y a la gata y al hombre y su cabeza es un volcán y entonces se pregunta —pero no es él sino la misma lava del volcán quien pregunta— de qué materia está hecha esta mujer, de qué materia maligna está hecha su mujer.

El veterinario recita su parlamento. Recomienda que la gata permanezca en reposo, con cuidados extremos. Ojalá adentro de la jaula, sin comida ni líquidos por cuarenta y ocho horas. El clip le ha causado heridas en la zona alta del estómago, explica, por eso sigue sangrando. Pero todo va a estar bien, Tania, usted tranquila.

En el camino de vuelta a la casa no hablan. Es obvio, supone Boris, que *Taniaustedtranquila* está pensando en cómo hacerlo para la próxima. ¿Con él o mejor con el tipo que ahora se cruza por la avenida y al que cede el paso donde no hay senda peatonal y frena el auto y le sonríe y poco menos que le aplaude? Boris no quiere soltar lo que su boca está a punto de soltar: ¿por qué no te bajas y se la chupas al peatón, directamente? Pero Tania vuelve a la marcha como si nada. Toma el volante con una



El viaje.

mano y con la otra saca una bolsita de su cartera. Maní. ¿Quieres?, le ofrece. Me está diciendo que soy un mono, piensa Boris con la bolsa de maní frente a sus ojos, eso me está diciendo. La gata emite un maullido tenue, el soplido de un viento neutral. No, gracias. Pero al minuto siguiente agarra un puñado de maní y se pone a pelarlos y a tirar las cáscaras donde caigan, en el asiento, sobre la jaula de la gata, en el suelo. Los pela por pelar; no para comerlos. Tania hace como si todo estuviera perfecto: un paseo dominical en familia. Tranquilo, monito, tranquilo.

Esa noche Boris no sueña, no duerme. Las plegarias de los gatos en celo, allá afuera, suprimen sus escasas posibilidades de descanso. A eso de las seis de la madrugada siente un ruido que viene de la cocina. Se levanta. Perica ha abierto la jaula y ahora arquea el lomo y maúlla, como siempre. Como si todo —el clip, las manchas del cojín, el diagnóstico del doctor— hubiera sido un montaje impecable de su dueña. Pero al minuto siguiente abre desmesuradamente unos ojos negros, acuosos, que Boris interpreta como un insulto. Lo que de verdad pasa, sin embargo, es que la gata convaleciente ha dado vuelta al basurero, ha comido hasta el hartazgo y ahora su estómago es una bomba de tiempo. Maúlla, pero si pudiera hablar gritaría.

Tania se levanta a las siete y media y se encuentra con el panorama. La mesa puesta, lista para el desayuno que nadie ha preparado. Boris sentado en la cabecera, con la vista fija en la ventana. Y la gata en el alféizar, tosiendo bolitas de sangre. No está bien, dice Boris corroborando lo que cualquiera podría ver. Bah, qué más va a decir. Que es un gato nomás, que agradezca que no es su amante. Pero sólo puede llenar el aire con sonidos neutros. Hasta que de un minuto a otro lo consigue: por calientes les pasan estas cosas, dice... Y va a seguir pero ella lo hace



callar. ¡No hables!, le exige. ¿Crees que soy un tarado?, balbucea Boris. No hables, repite ella. ¿Qué te pasa, preciosa?, se sobreactúa, se desubica el hombre. ¿Que qué me pasa?, suspira Tania con los ojos tan descomunales, tan negros como los de Perica. ¿Sabes lo que me pasa? Y entonces apoya su brazo derecho sobre la mesa, cruza la superficie horizontal de un lado a otro con el brazo extendido y lo desplaza con suavidad, sin ningún apuro y sin dejar de mirar a Boris a los ojos, hasta el borde opuesto de la mesa, arrasando a su paso con todos los objetos —dos tazas, dos platos de pan, una panera vacía, un pote de mermelada, pelitos sueltos de la gata, una caja de leche descremada— que caen al suelo con el ímpetu de una erupción. Esto es lo que me pasa, remata. Y como en un acto milagroso, desaparece de su vista.

Boris está hundido en la silla del comedor; un enjambre de suposiciones aplastándolo. Se diría que es menos que un hombre. Mucho, muchísimo menos que un animal doméstico. Desde su rincón puede ver a Tania, que ahora ha vuelto a la cocina y mete a la gata en su jaula y ya no es ninguna guagua, la gata, ni una maleta, la jaula; porque la maleta verdadera va al lado suyo y es una maleta que le pesa, comprende Boris, que la arquea y le hace mover el lomo como si buscara un equilibrio exclusivo. Parada la cola, afiladas las uñas, lista para emerger a la superficie. *RM*

KAREN VILLEDA

Diario de lectura

Este corazón crece. Hoy eres alguien más y también la misma de antes porque mi latido sigue siendo contundente. Te acercas. Tienes puesto mi suéter gris. Combinas con él, que te sigue con cautela. Maúlla bajito. Se paran frente al libro. Pronuncias los nombres. Son un destino. Chéjov, Dostoievski, Gógol y Tolstói. Dos de ellos se llaman como mis gatos. Me cuesta trabajo acomodar ese estante. A los autores rusos no hay que intercalarlos con otro imperio. *Y tú (a la que amé tanto antes) eres inmensa*. No tenemos secretos entre nosotras, así que te muestro lo que he estado leyendo. Abro mi novela favorita donde subrayé: “Hay tantos tipos de amor como corazones”. Al cerrar el tomo, me abrazas. Te estrecho para no perder de nuevo lo que fue inmensamente mío. El otro se aproxima a nosotras. Larguirucho, de ojos azulísimos y con un lunar que le cruza la panza como un símbolo de buena fortuna. Creo que así consideraban a los siameses en el antiguo Egipto. Yo estuve varias horas en el aeropuerto de El Cairo sin mi pasaporte. Rodeada de torres hechas de arena. Asustada como ahora. Ese viaje no te lo he contado. *¿Algún día nos iremos juntas de aquí? Tú y yo nos conocimos hace tiempo y éramos dos niñas en la oscuridad. Hoy, a veces, fingimos que no lo somos. Que hemos crecido.*

El músculo vital sobrefunciona. Al micifuz mayor le doy un par de píldoras. El pequeño lo acicala. Ambos perciben lo que es habitable. Rehago el territorio como me han enseñado. Hueles a siempre cuando me siento en tu regazo. Ellos son más astutos que yo porque haces tus trucos y caigo rendida. Lo más amado del mundo es lo que reconozco. Tolstói también cuestionó si era posible decirle a alguien lo que se siente verdaderamente. *¿Seguimos siendo nosotras? ¿En esta realidad? ¿O es un sueño nuestro? A veces, pareciera que sí. Esperé tanto por ti que cada noche a tu lado parece la última.*

Un corazón nuevo y viejo. Éste es el poema que te escribí para que volvieras a mí. Ésta es la historia que nos contamos para poder estar juntas. Ésta es la memoria repetitiva que nos marcó de por vida.

¿Cómo es posible? No respondes de inmediato, así que lo tengo que poner en palabras ya usadas. Luego lo explicas a tu manera. Hay cierto lenguaje feroz que nos distingue una de la otra. Y unas heridas, no tan pequeñas, que nos relamemos. Los mininos tienen sus propios problemas y ronronean. Retraen las vibrisas y me enamoro más de ti. Parece que la soledad no es tan necesaria. Rozo tus piernas. Me tocas. Y nos reencontramos. Es que ni siquiera sabemos cómo éramos antes de amarnos la primera vez. ¿Quiénes somos ya? Hay varias maneras de recordar a una persona. A mí, por ejemplo, se me quedaron tu olor y tu voz. Podría reconocerlos donde fuera. *¿Y qué pasará después? Es lo que me has preguntado infinidad de veces. Hay un tiempo para eso, para ti. Y espero que sigamos juntas. Porque es como si no te hubiera visto nunca. Mira. Mira. Mira: esto, nosotras es, somos la luz.*

El cambio de las estaciones en el cuerpo gatuno es blanco por el calor y, con el frío, negro. Un gato es la medida de todas las cosas. Dos gatos miden a una sola persona. Me pregunto si la felina soy yo. Tengo que confiar en ti, en que lo animal entre ambas no es lo único que existe. Te acaricio. Me muerdes los dedos. Nos cazamos. Haces preguntas y trago saliva. No quiero abrir la boca porque eres la persona por la que más he llorado. Me da miedo ahogarme. Me juré a mí misma que no pasaría por esto otra vez. Pero aquí estoy, teniendo demasiadas conversaciones. Hablando todo el tiempo contigo. ¿Y ya te dije que éste es el poema que te escribí para que volvieras a mí?

“Viviremos para siempre
porque así es el amor
no cuando comienza
sino en su final
y aquí estoy
donde he sido la más feliz
porque así es el amor

el espacio
ayer tan lleno
que se comienza a vaciar
con las lágrimas
y vuelve a ser lo que era
con las risas
porque así es el amor
con tus manos
que me tomaron hace tiempo
y las mías
que te apresan de nuevo
cuando regresas
(eres la persona que más he amado)
y buscamos
ese amor
tu amor
mientras una
es la otra
mi amor
y me muestras el futuro
donde hay tanta sangre
en este corazón que insiste
y yo me quedo sin ti
cuando estás conmigo
y tú eres yo
cuando no estoy a tu lado
porque así es el amor
no cuando comienza
sino en su final
que estamos juntas
desde el pasado.”

El corazón que siguió creciendo. El poema que se escribió. La historia que se contó. La memoria que se repitió. “No te convertirás en otra persona.” Eso es lo que sugiere la lectura que compartimos. Estamos en la misma página. Cerramos el mamotreto con cuidado. Nos besamos. Y volvemos a empezar. Porque nuestro amor revive cada vez que estamos juntas. Las de las siete vidas somos nosotras.

JULIA SANTIBÁÑEZ

Mamíferas

Acaban de irse tus manos
que la acariciaron detrás de las orejas
y le regalaron hebras de pollo
contraviniendo las normas de casa.

Ella se agita, no entiende.
Constríñe las pupilas y maúlla
de un modo distinto
mirándome fijo.
Luego va a sentarse a la ventana
por si vuelves.
La noto menos desenvuelta
cuando sube la escalera
de puntillas
para olfatear mi cama.

Insegura de cuerpo
es una hembra en celo
es una hembra en duelo.
¿Querrá que muerdas mis pechos
hasta sangrarme?

Este poema fue publicado originalmente en *Gatos* [Antología poética], Ricardo Álamo (ed.), Editorial Renacimiento, Sevilla, 2024, pp. 208-209; y se reproduce con permiso de la autora.

AURA GARCÍA-JUNCO

La loca de los gatos busca *roomie*

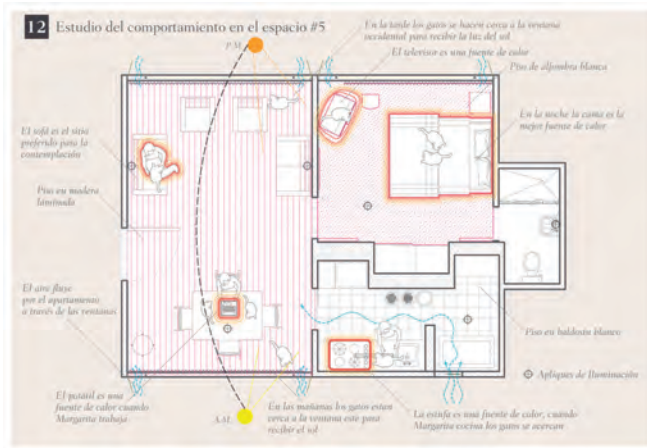
Para mis amigas que viven solas con sus gatos

I. EL SILENCIO

Mi departamento es un lugar, más que nada, de silencio. Entre los tenues rayos de luz polvosa que se cuelan por las persianas, abro los ojos sin el sonido de un despertador. Estiro el cuerpo bajo las cobijas sin ningún humano cerca. La mayor parte de los días, sólo Nini, mi gata bicolor, se estira conmigo. Tensa los músculos de sus patas peludas y suaves y saca levemente las uñas en el proceso. Me mira con los ojos a media asta y nos damos las buenas, cada

Antonio Yemal, *Fábrica de afectos* [proyecto arquitectónico para diversas formas de vida con mobiliario, planos y maquetas], 2022. Cortesía de Yemal Arquitectura y galería Policroma.





una a su manera: ella con un ronroneo delicioso y prolongado y yo con mis caricias y besándola con los ojos.

Vivo sola con tres gatos. Suelo inaugurar con ellos mi capacidad de emitir sonido, diciéndoles cosas como: “¡No, Caos, esas croquetas te dan diarrea!” o “¡Hestia, deja de joder a Nini!” o “Nini, buenos días, te amo con todo el corazón”. Hablo poco en mi vida cotidiana y trabajo primordialmente en casa. Están, claro, las juntas, los clubes de lectura, las entrevistas, todas ellas por Zoom, que con frecuencia son otras formas de ejercitar mis cuerdas vocales. Fuera de eso, mis interacciones verbales en casa suceden casi exclusivamente por mensajes de Whatsapp o con algún repartidor que cumple la heroica función de sostener el enclenque mundo moderno que algún *entrepreneur* nos recetó y nosotras nos comimos con particular alegría. Un uso del lenguaje puramente transaccional. El silencio no llegó como una decisión consciente. No fue un proyecto ni una renuncia explícita. Llegó por acumulación, como tantas cosas en la vida adulta.

Los gatos son la criatura del silencio. Su paso por los cuartos del departamento es, a menudo, imposible de percibir. La pata trasera se posa en el lugar

exacto donde estuvo la previa y así avanzan lánguidamente por este espacio sin eco. Sólo tiran cosas cuando juegan entre sí o cuando quieren que les escuche. Nini me saluda con un maullido igual cada mañana, agudo y breve. Caos, mi gato gigante, se harta de esperar que lo alimente y entonces se comunica de un modo extremadamente eficaz: parándose frente a mí donde tenga que hacerlo, el teclado, la estufa (ningún riesgo es demasiado con tal de conseguir su comida), o tirando algún objeto. Hestia, la menor, responde a su nombre con un sonido ronroneador parecido a un “mrrr”.

Tengo la tentación de decir que hablo con mis gatos para hablar conmigo misma, porque es obvio que no me entienden. No de la manera en que una persona lo hace, por lo menos. Sabemos que sí captan emociones e intenciones, incluso en las personas a su alrededor. Que saben su nombre, aunque harán lo que sea por dejarte claro que ese conocimiento no les obliga a honrarte con su atención. El lenguaje común tarda un buen rato en desarrollarse. El ritmo de los cuerpos, la medida del maullido en relación con el sonido de una voz. La forma en que tal o cual gato se tira de lado para que ¿le acaricies la panza?, ¿pongas tu mano ahí y te la haga papilla? Todos esos detalles que crean un ritmo compartido entre varias criaturas de especie diversa y común. Ése es un baile que he venido a aprender bien en estos trece años de cohabitar con felinos.

Quizás porque crecí entre hámsters y otras mascotas mucho menos domesticadas y legibles, la comunicación que se desarrolla entre gatos y humanos me fascina. Toma tanto tiempo empezar a entender a un gato, crear coreografías propias, pero hay algo de ese lenguaje que, estoy segura, cambia la forma de entender el mundo. Supongo que toda comunicación intensiva con animales no

humanos lo hace en cierto grado. Al mismo tiempo, su falta de palabras dificulta definir a los gatos usándolas. Esa asimetría entre un animal que se expresa con acciones casi siempre sutiles y que está programado para ocultar muestras de debilidad vuelve su narración impresionista. La complejidad de este arte nos hace metaforizarlos, como se ha visto en tantas obras artísticas. Son símbolos de algo, a veces del propio deseo de quien escribe. Supongo que ésa soy yo en este momento. Mis gatos pagarán finalmente esas croquetas finas (carne en el caso de Caos, alérgico al gluten) prestándome su suave existencia para hablar de nuestra soledad acompañada.

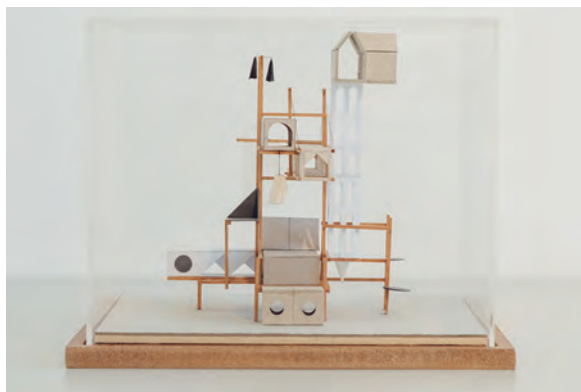
Dije que los gatos son criaturas del silencio y ahora me pregunto por ello. Por eso que me ha llevado a vivir sola con mis gatos y no compartir mi espa-

cio con seres cuyo lenguaje es, sin duda, más cercano al mío. Toda esta faramalla para preguntarme: ¿por qué no tengo *roomies*?, ¿por qué no vivo con mi pareja?, ¿qué tipo de vida produce un lenguaje casi sin eco?, ¿qué significa inaugurar la voz sin testigos humanos?

II. HABLAR A LA PANTALLA

En mi presente, que es el de muchas, si quiero ver personas tridimensionales, tengo que buscarlo o dejarme buscar. Esas interacciones son deliberadas y, casi siempre, gozosas. Sin embargo, a veces cansan. Cansa mucho que todo pase por una agenda, que haya que ir por ahí recordando: tengo que ver a tal o cual, es la fiesta de cumpleaños de su tanito o fulanita. Ejercitar la consabida logística para ejecutar ese encuentro: compaginar agendas igual de terribles; pedirle a Maps que te engañe diciéndote cuánto tiempo pasarás en el infernal trayecto; emocionarte porque no es tanto; constatar en el acto que era, de hecho, más prolongado; llegar tarde; ser feliz; volver a casa. Repetir. Fracasar con frecuencia, más de una vez, a la hora de quedar. Cancelar o ser cancelada. Frustrarte por eso y a la vez sonreír porque de todas maneras se antojaba ponerte la pijama a eso de las seis.

Quisiera que mis amigos se llevaran más con mis gatos. Quizás ésta es otra manifestación de que desearía que fuera más fácil integrar toda la vida. Que me diera el cansancio para ir a conocer a los papás de mis amistades, a la gente que más aman. Integrarnos. Al mismo tiempo, me cuesta. Se ha dicho en muchos lados que es increíble que tengamos en nuestro teléfono decenas de contactos, pero a la hora en que necesitamos que alguien alimente a nuestros gatos al salir de viaje, no hay nadie a quién llamar. Los mundos están tan separados,





tanto geográficamente como en horarios y prácticas. Pienso: si le digo a Yaz o a Lilianna que vengan, tendrán que venir desde el otro lado de la ciudad. Si le acepto a Gadi su oferta, vendrá entre sus jornadas laborales de lunes a domingo. Si Manya viene, ya no terminará a tiempo esa convocatoria. Todas lo harían. Yo lo haría por ellas, pero el miedo a incomodar me paraliza. No quiero ser la fricción en la vida de nadie.

Quizás si me da por hablar de esto es porque, en nuestra sociedad urbana, el gato es una mascota primordialmente de interiores. Es raro que las personas dejen salir a su gato a la calle. Pasear un perro es una actividad que puede fácilmente devenir social. Ocurren cosas, buenas, malas, simpáticas y psicóticas cuando paseas con un animal a tu lado en la jungla de otros seres. Los gatos rara vez dan la cara. Tan es así que las locas de los gatos reconocemos esa ven-

tana donde se asoma un señor de pelaje azulado que nos deja acercarle un dedo para olisquearnos.

Un poco de demografía *amateur* de mi entorno. Si me pongo a pensar en mis amistades, las que son más cercanas a mi edad se encuentran en ese umbral que va cerrando los treinta o empezando los cuarenta. La estadística improvisada me dice que abundan lxs habitantes solitarixs de departamentos, más caros o menos céntricos, más o menos lo que sea, pero siempre a solas. Luego están las familias pequeñas y, en último lugar, una que otra persona que comparte hogar con un *roomie*. Nos vemos seguido, nos buscamos como si nuestra vida dependiera de ello. Y yo creo que en el fondo es así.

A mi alrededor se dividen las aguas entre quienes viven con su pareja o quisieran una pareja con la cual vivir y quienes preferimos no hacerlo. ¿Cuán-

do en la historia se ha visto algo así? Nunca, claro que nunca. Siempre pasa: nadie antes ha vivido como lo hacemos ahora porque las constelaciones humanas son tan flexibles como las ramas de los árboles que se adaptan al árbol vecino. La superabundancia de vivienda vertical, la clase media urbana mandándose sola y la muerte del matrimonio como la máxima obligación de la ídem clase social han hecho una fisura tremenda en nuestro suelo común.

Hay muchos *deber ser* distintos, unos con más prensa que otros. Un deber ser más *mainstream*: conseguir un trabajo bueno, ganar dinero, conocer a alguien, vivir juntxs, casarte aunque luego te divorcies. Un deber ser alternativo: vivir en soledad a partir de cierta edad. La única graduación posible de esa etapa casi inescapable del compañerx de piso es la pareja-familia o la soledad. Quien a los cuarenta “sigue” cohabitando con alguien que no tiene el sello social de “pareja” será el *punch line* de algún mal chiste. El humor y la burla siempre han sido también una forma de disciplinar.

Tengo amigas que no es que se estén haciendo ricas, pero logran pagar algo chiquito en alguna colonia no tan fina porque esa independencia es su prioridad. Tengo amigas, y es mi caso, con una pareja estable, pero no viven con ella. Supongo que habrá días en que hablan con sus gatas y nadie más. Con algunas de ellas tengo un chat en el que se dice mucho de mascotas, especialmente de gatos, como sin duda en otros debe hablarse de hijos. ¿Qué puedo decir? Queremos mucho a nuestros gatos.

Soledad o pareja, los dos caminos. Uno más nuevo y que se asume impermanente, mientras tanto. Cuesta mucho pensar que hace un siglo una mujer viviendo sola era una loca demente. Supongo que algo de eso queda flotando en el aire, no es que la reputación de la mujer que vive sola haya cambiado por completo. Al menos es sospechoso o un largo *mientras se casa*. Por otro lado, vivir en soledad es caro, mucho. Una locura también en ese sentido. Y encima: ¿es incapaz de conseguir pareja con la cual vivir o qué hace ésa viviendo así? (Es posible que yo misma me pregunte esto de vez en cuando.)

Me remito a las palabras de cierto innombrable miembro del gobierno de los Estados Unidos que se refirió, a modo de insulto, a un sector de las mujeres de izquierda como *childless cat ladies*. Supongo que no se esperaba (y/o no le importaba) una respuesta orgullosa por parte de muchas de mi clan. Todas esas amantes gatunas que, por un motivo u otro, no tenemos descendencia biológica. Es tan habitual el prejuicio de la loca de los gatos. Yo lo aprendí de *Los Simpsons*, con el personaje de igual nombre, una anciana muy sola y muy agresiva, con una cantidad ingente de felinos con igual grado de bravura. En esa misma serie aprendí que las hermanas de Marge eran solteronas que vivían solas y que no hay especie más condenable en el cosmos. Ya lo dije: el humor al servicio del disciplinamiento social.

Fuera de la caricatura, esa “loca de los gatos” existe y es de muchos géneros, pero priman las mujeres que, abandonadas de la mano de dios, y especial-

Los gatos no sustituyen vínculos humanos ni los caricaturizan: no son hijos, pareja o metáfora compensatoria. Son cuerpos que cohabitan sin promesa de proyecto y, por tanto, sin decepciones.

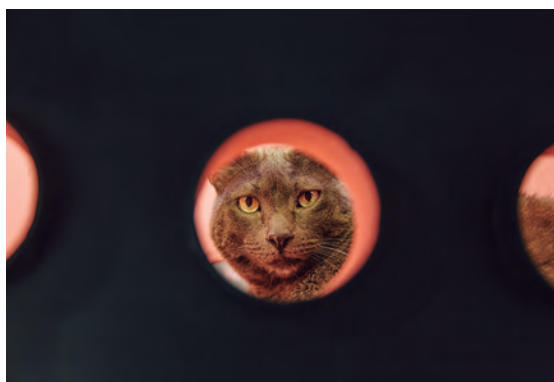
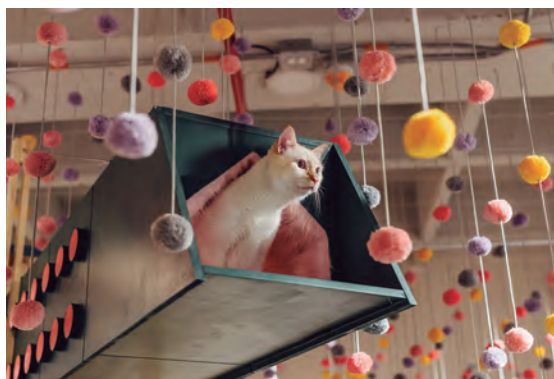
mente de la sociedad, se quedan solas con esos animales a la vez eternamente rebeldes e infinitamente gratificantes. Los animales están ahí cuando nadie más lo está.

Con los gatos no hay agenda. Quizás por eso funcionan tan bien como compañía en un mundo donde casi todo exige planificación, reciprocidad y rendimiento. Pero a la vez, pienso, ¿dónde está la fricción?

III. FRICCIÓN

Adoro el silencio, es mi tendencia natural. Me cuestan los sonidos constantes, me cuestan los gritos. Los puedo tomar a gotas. Sin embargo, pienso que a veces el ruido de las redes sociales contraviene los beneficios del silencio. No es que mi soledad sea siempre creadora. Muchas veces es sólo destructiva. ¿Valdría también la pena cuestionarlo? Yo creo que sí, pero de momento no sé cómo.

Este silencio mío llegó de manera gradual y sin que me diera cuenta. Mi casa de la infancia era tan ruidosa como cualquier otra. La música en las mañanas, el ruido de dos niños jugando, luego de dos adolescentes, cada uno con su propio itinerario. La televisión eternamente al fondo. Música cada fin de semana. El ejercicio de mi mamá por las noches. Mucho ruido de vecinos. Crecí en una unidad del ISSSTE, así que los departamentos eran pequeños y bastante pegados entre sí. Era más o menos imposible no enterarse de alguna intimidad vecinal. Luego, viví muchos años con *roomies* y luego, con una pareja. Hay que acoplar también los ritmos. Desde mis primeros compañeros de piso, que vivían en la fiesta, hasta el simple hecho de que hay gente a la que le gusta hacerse un licuado a las 7:00 a.m., el ruido y el encuentro son constantes. Mucho más si vives en los departamentos



de un solo baño que son la norma. Coordinar momentos de regadera, ése deporte extremo.

Los gatos desacomodan cosas y si deciden tener una noche de aventuras, sin duda afectan el sueño, pero hay poco que organizar con ellos más allá de horas de comida y descanso nocturno. Incluso eso poco se pasa por alto porque son animales no humanos y siempre terminarás perdonándoles que te muerdan la cara en medio de la madrugada o uno que otro escapismo escatológico. Recuerdo un día en que estaba con un amigo en mi cocina y presenciamos el momento, casi en cámara lenta, en que mi gata, torpe por sus lesiones en las rodillas, se subía a la barra y, al resbalar, se llevaba consigo una tetera de cerámica con una fina tapa de pulpo que mi amiga Bárbara hizo luego de horas y horas de moldear tentáculos. Él me miró con cara

de: ésta se volverá loca ahora. Yo sólo me mordí el labio y dije: “estas cosas pasan”. Los gatos siempre enseñándonos sobre lo efímero, etc. Si Nini hubiera sido una persona, yo lo hubiera llevado con mucha menos elegancia.

Hay quien dice que un perro es mucho menos conflictivo que un gato, pero pienso que hay mucha más fricción en tener que sacar varias veces al día a un animal para darle la vuelta a la cuadra. Sí, un gato probablemente pase la mayor parte de su existencia ignorándote cuando lo llamas por su nombre (deliberada, descaradamente, incluso) y eso te puede llevar a entender de forma distinta el mundo si lo racionalizas, si le das tantas vueltas como muchxs escritorxs a lo largo de la historia han hecho: la templanza, la paciencia, etc. Pero en términos de mantenimiento, limpiar un arenero una vez al día y dar un puñado de croquetas es un mínimo tan mí-

nimo que es poco. Nada que ver con las necesidades de una caminata que te saca al mundo. Quizás por eso lxs gatxs son las mascotas de quienes vivimos una vida intensamente cerebral.

Sin embargo, es cierto que un perro se puede educar y un gato es prácticamente un animal salvaje que, para su fortuna y su desgracia, se ve obligado a convivir contigo; ese animal que, según la académica Leigh Claire La Berge, ha sido el más disruptivo para el capitalismo por su reticencia a dejarse domesticar por completo. Siempre habrá algo levemente inconcluso al cohabitar con ellos. Pero siguen sin ser personas. No te dicen que dejaste la leche afuera y se agrió, no les dices que olvidaron lavar los trastes de nuevo, los puedes correr sin contemplaciones ni modales de un área de la casa si quieres estar sola, no pagan servicios ni renta y, por tanto, nunca hay peleas de dinero con esos seres de ojos enormes que sólo te demostrarían lo poco que les importa tu quiebra.

Recuerdo mucho la charla de la filósofa Francesca Gargallo en la que nos dijo que recientemente, luego de años de vivir sola, había decidido mudarse con más gente. Un proceso inverso al que suele estilarse. Vivir sola la había vuelto neurótica, dijo. Y además, alguna vez se desmayó y se dio cuenta de que era peligroso. Sin familia cerca, con hijxs ya emancipadxs y sin pareja, la opción era armar un entramado de amistades. Qué pregunta más curiosa es ¿con quién vivir? Entiendo que transparente privilegio. No todo el mundo puede hacerse-la, pero igualmente me parece importante porque muchas personas ahora mismo nos encontramos en esa encrucijada que nunca antes, repito, había tenido sentido.

Convivir en una casa con personas es, no necesito decirlo, una negociación constante. Supongo que esa neurosis a





058



RL

la que Gargallo se refería es la que surge de querer que el mundo sea tal como tú mandas. Una pequeña dictadora de tu espacio doméstico. Dije supongo, pero quizás debería decir: me proyecto. Sueño con volver a cohabitar pero temo mucho. Se habla cada día más de que la vida contemporánea se aleja de la fricción. Puedes pagar con un clic sin meter los datos de tu tarjeta (ni reflexionar), puedes pedir comida y llegará a tu casa, puedes pedir un uber y no habrá necesidad de salir a la calle a cazar un taxi. Esta enumeración apenas da cuenta de cuán profundo es el cambio cultural. Vivir sola también, pienso, es una manera de evitar la fricción.

La historia del siglo XX, lo han dicho muchas personas, ha sido la historia de la exacerbación del individualismo. El cambio de valores ha permeado cada rincón de la experiencia humana. Los gatos me permiten hablar de casas y también de aquello que evitamos cuando decidimos no compartirlas.

IV. EL MIEDO

Empiezo a preguntarme si mi resistencia a la cohabitación no tiene tanto que ver con una aversión personal como con una competencia aprendida, no tanto una fobia sino una alfabetización afectiva específica de mi tiempo. Hemos aprendido, con notable eficacia, a no quedarnos donde el roce se vuelve incómodo,

a identificar muy pronto las señales de desgaste, a interpretar la fricción como advertencia. A veces esto es supervivencia pura y necesaria; otras, una falta de estrategias de conciliación. La convivencia, hoy, parece exigir una justificación constante. No basta con compartir un espacio: hay que quererlo activamente, celebrarlo, narrarlo. Cualquier incomodidad prolongada se lee como un error de diseño. La posibilidad de irse no es ya un último recurso, sino una condición de posibilidad del vínculo. Saber que podemos irnos tranquiliza tanto que a veces sustituye al trabajo de quedarse.

Durante siglos, la cohabitación estuvo sostenida por instituciones densas: la pareja, la familia, el matrimonio. Instituciones profundamente ambivalentes, capaces de producir cuidado y daño al mismo tiempo, pero también de absorber fricción. Las pocas opciones obligaban a aprender a convivir y, muchas veces, a enfrentar la violencia. No eran fácilmente reversibles, había algo que se perdía si se rompían. Esa pérdida, terrible en muchos casos, también producía espesor. Todavía pasa, pero ahora hay cada vez más huidas.

Las alternativas contemporáneas, en cambio, nacen bajo otro signo: el de la ligereza. No porque sean superficiales, sino porque están diseñadas para no fijarse demasiado. Mudarse, reconfigurar, disolver, volver a intentar. Todo eso es, sin duda, una conquista, pero al mismo



tiempo instala una fragilidad nueva: el vínculo se sostiene mientras no incomode. Ahora no es que no perdamos al alejarnos de lxs otrxs, pero estamos más acostumbradas a ello y la sociedad tiene una flexibilidad más grande para absorber los cambios.

Empiezo a sospechar que mi miedo a cohabitar con algo que no maúlle no es una excepción, sino una forma extremadamente coherente de habitar este régimen afectivo. Una se siente *única* y *detergente* hasta que se da cuenta de cuánto hay del sistema en las decisiones individuales, aunque no sean tan típicas. Vivir con gatos, en ese sentido, resulta casi perfecto. Hay presencia, hay fricción sin consecuencias, hay cuidado cotidiano, pero no hay dolor (más allá de uno que otro rasguño). Yo digo de qué color es la alfombra, nunca tenemos Zooms simultáneos que tiran el internet. La convivencia se sostiene en el presente y sólo en el presente. Los gatos no sustituyen vínculos humanos ni los caricaturizan: no son hijos, pareja o metáfora compensatoria. Son cuerpos que cohabitan sin promesa de proyecto y, por tanto, sin decepciones. No me queda duda, como una *crazy cat lady simpsoniana* en potencia, de por qué una persona con problemas de convivencia de cualquier tipo se quedaría con una legión de éstos.

El problema para mí no es la soledad, sino la imaginación. Hemos here-

dado un repertorio mínimo de formas legítimas de convivencia: pareja, familia nuclear y, excepcionalmente, comunidad. Todo lo demás aparece como tránsito, etapa o falla. Vivir sola (con o sin gatosidades) se interpreta como antesala o como derrota, rara vez como una forma estable de habitar, y en ese sentido yo lo reivindico. Pero también me pregunto qué tanto me hace bien. Cada tanto el cosquilleo de la cohabitación vuelve a mí y pienso cómo activar el cambio. Luego esos pasos se me antojan tan complicados que busco cualquier otra manera de seguir sosteniéndome como estoy. La historia del siglo XX exacerbó el individualismo, pero el XXI nos ha dejado con una paradoja distinta: nunca fue tan posible vivir solas y nunca fue tan difícil imaginar cómo vivir juntas sin repetir las formas conocidas. La reversibilidad, esa gran conquista, ha vuelto frágil todo lo que toca. Esa tensión es el ritmo de mis años recientes. Mi sueño es vivir comunitariamente, mi realidad es que no sé cómo. Pero al menos me quedan mis inefables efables effainefables profundos, singulares e inescrutables gatos, listos para romper mis objetos más valiosos y darme las mejores conversaciones en el silencio. *AM*

EMILIANO ÁLVAREZ

Historia de fantasmas

para David

1

“El llavero, la dócil cerradura”: empuño aquél, para girar en ésta el santo y seña de los goznes. Igual que un gato más, leve y untuoso, el olor sale a recibirme, y es gato y es alfombra y es madera; tinta y papel; lo que tenemos de animal y que nos sobra —sudor, pelambre, dermis—; lo usado a fin de sernos animales más sutiles —saponidos, perfumes, algodón—; y el agua, protagónica siempre que es obligada a no fluir; y el polvo, pequeño dios a punta de pura omnipresencia. Si hubiera *aleph*, sería cosa ciega: nada hay de simultáneo en la mirada, y en cambio aquí en el caldo de la maceración y del aroma, incluso el tiempo pierde cuerpo, como una mantequilla, y escurre hasta su centro lo perdido: a más de un año y sigues, en el olor a casa de tu casa, aunque tu carne falte, y no lo lleves, más lejos de tu puerta, a ser un río de olor en el olor del mundo.

2

(La insistencia es mi forma de doler. Hablo de este avatar más noble del monólogo, porque abre en mí lo mío que me es ajeno: lo que alguien puso en mí, como un esqueje. En este caso tú, con tu cara de tenue superego, con tu barba de Próspero recién salido de la barbería, desengañado del poder, no de su ciencia, que, libre de la fosa, vital como la duda, fue tinta y no secreto; en este caso tú, nombre de regadío, por cuánto hay en lo mío que se debe, tal como un eco, a esa manera tuya de habitar el aire: botánico, crecías su rumor, ampliabas su respiro, dabas sombra. Ya sé que mi decir va a oídos sordos —es más, que no va a oídos—. Pero da igual: no es una metafísica. Es puro subjuntivo, y me desdobra. Qué te cuento: la muerte nos diluye, y tú ya eres un muerto de mis muertos. [Adiós, parte de mí, que en combustible bulles cada vez y ya no vuelves.]

3

Son dos los gatos: ella (le digo yo “osa leve”, por tamaño pelaje, en tenso oxímoron con tan tersa, tan alta liviandad, con su tan sola sílaba), ella, decía, vino con la vacante triste, y les llenó la ropa de su negro, y se acostaba al ocio de tu libro, en el sillón, sobre tu vientre, y los hacía reír de torpe y de cachorra. A él no alcanzaste a conocerlo: vino en la estela de tu marcha. Azul en la bizquera, llorón como un bebé, tiene su duende. Apenas hago girar la puerta de su encierro, me rodean las piernas como peces, y titubeo para no herirlos en su agua, y me entrego al olor como si fuera mi hundimiento. Vengo a quedarme aquí unas cuantas noches. *Aquí*: para misterios, la ubicuidad de la deíxis, que en estas líneas traza un plano, con tus estanterías que me imantan, con esa cama doble que se vació de tu mitad, con los sofás que nos reunían, con el que te sostuvo ya partido, con la mesa y la silla de tu fuelle.

4

Invocación del diario, piedra de toque en nuestro fingimiento (cuánto hay que actuar para vivir): bajar hemos los párpados con dolo, quietos y ecuanímes, pacientes, deseando que convenza nuestro papel y no demore la posesión amniótica del REM y sus visiones. Vine —me lo pidió Verónica— a quedarme con ellos, con los gatos: a serles compañía y mayordomo —a asear su polvareda, a alimentar su empuje—. Me viene bien, en esta rara temporada de mi vida —tampoco eso alcanzaste—, en la que sobra luto y hace falta tiempo y espacio de mí mismo. Estar con ellos, con los gatos, es ser más gremio mudo y más mamífero, y... Mira la hora, basta: si no duermo... Retorno al simulacro, cuento lana, medito de quietud... Pero qué hacer: me hago el dormido y fallo: musito mal la invocación de músculos y, erizo de forzarla en su colchón, me habitas como un necio. Cuando los ruidos comenzaron, no era fácil vencer la metafísica.

5

(Ése era el primer paso, me decías: entregarse al rigor de la derrota —la de nuestra carencia—, para buscar en otros y en lo Otro. Y qué se busca entonces, no me dices; y qué hace a lo Otro Otro, así con la mayúscula, como decían “Él” Teresa y Juan, de Ávila y de Yépez, no me dices. Tu boca de beodo redimido se demora, en el ábaco del doble, a sopesar su sed, y calla. “Después lo platicamos con más calma”, zanja por hoy (ya vienen los demás), aunque anuncia: “Ha sido todo un tema para mí”. Así tan asimétricos —siempre, sumido en la dentera, lo mío fue tomar apuntes frente a tu vastedad— somos cofrades, entre otras muchas cosas, de un descreimiento rojo, de una dioptría atea. Y a la vez de esta vehemencia y devoción: la de cobrar sentido sola, humana, terrenal, rabiosamente, en cuanto nos excede —el “álgebra y [el] fuego”, la balanza y esa otra fuerza ciega que nos une. Eso no me lo dices, no alcanzas a decírmelo, y luego vienes y te mueres y me dejas poniéndote palabras, como un hijo a su padre en el rencor.)

6

Toda inquietud la gata sube y baja da una vuelta
vuelve a subir vuelve a rondar vuelve a bajar la alfombra
hace más mudo su resorte pero el crujir de la madera
se crece en el silencio como el vataje arroja sus más negros
eclipses cuando aumenta ¿siguen siendo pisadas de almohadilla?
son pasos ya en mi oído de adulto humano y no ligero la “osa leve”
me arisca con su negro que imagino pues no la veo alerta y
cola henchida vuelve a subir rondar vuelve a bajar un ruido nuevo
rasguña la pared pero no en garras es más un deslizarse
vuelve a subir vuelve a bajar y hay otro ruido un leve
traqueteo aquí a mi izquierda y el rasguño otra vez y el traqueteo
se ensancha y el rasguño ya me cercan (y la gata que sube)
como el aire del asma (vuelve a bajar) y traqueteo rasguño
pasos que van y vienen (traqueteo) en su crujir de pino y alfombrado.

Cedo a lo absurdo: te recibo. No encenderé la luz:
si estás, no quiero verte; y si no estás,
sólo en esto se alarga tu visita.

AURELIA CORTÉS PEYRON

Tapetum lucidum II

En la oscuridad perpetua del departamento cada pupila es un túnel negro que al abrirse atrapa una brizna de luz, minúscula, invisible a nuestros ojos. En el fondo, verde, baila un holograma: fuego fatuo.

Cuando se contrae la pupila, las fibras del iris delatan el desgaste, el amarillo desvaído, manchado de pecas como la superficie solar.

A sus diecisiete años, nuestro gato negro, con riñones que ya no filtran las toxinas, una artritis que viaja sin brújula por su lomo y desciende por la cadera, está casi ciego.

De tanto extraerle el filo a la oscuridad.

Detrás de la retina guarda las brasas para encender con una noche la siguiente.

Un resabio de lumbre que sólo puede condensar su cuerpo, materia oscura, vórtex donde el tiempo no transcurre igual.

No transcurre.

Aquel departamento. La veladora de sus ojos. Una galaxia es un gato negro.

LAO SHE

El país de los gatos

Traducción del chino de Liljana Arsovska y Pablo Rodríguez Durán

¿De qué me había servido quitarme las cadenas si igual no era libre? Pero no iba a dejar que esos pensamientos me desanimaran. No tenía ninguna obligación con la gente gato de vigilar esta cueva. Guardé la pistola y los fósforos y, agarrándome de la cuerda, comencé a trepar por la pared. En cuanto asomé la cabeza me enfrenté a una cortina de un gris oscuro. No era la oscuridad de la noche, sino una suerte de bruma caliente sin niebla. Me impulsé hacia arriba y salté. ¿Y ahora hacia dónde camino? Había perdido ocho décimas partes de la valentía que había tenido adentro. No

había gente, ni luces ni sonidos. En el horizonte vislumbré un bosque. Quizás no estaba tan lejos, pero era imposible calcular las distancias en medio de la bruma gris. ¿Tendría la valentía para entrar en el bosque? ¿Qué animales salvajes habría al acecho?

Levanté la mirada hacia las estrellas. Sólo podía distinguir algunas de las más grandes emitiendo un leve brillo rojizo en el cielo ceniciento. Regresó la sed, y esta vez también el hambre. Mi falta de destreza y experiencia excluyó de inmediato la posibilidad de una caza nocturna, y esto suponiendo que sería capaz de congeniar con las bestias del bosque. Por suerte no hacía frío; al parecer en Marte uno podría andar desnudo día y noche sin enfermarse. Me senté apoyado en la base del muro y observé las pocas estrellas que poblaban el cielo y el bosque lejano. No me atrevía a pensar en nada, pues a veces hasta el más tonto de los pensamientos puede detonar las lágrimas de un hombre. La soledad es, sin duda, mucho más insoportable que cualquier dolor.

Así me quedé sentado un buen rato. Poco a poco perdí la fuerza incluso para mantener los ojos abiertos y, sin embargo, no me atrevía a dormirme. Los cerraba un momento y, casi de inmediato, los volvía a abrir con gran esfuerzo tras un sobresalto, sólo para que nuevamente volvieran a caer por su propio peso. Me pareció ver una sombra oscura, pero desapareció al enfocarla. Por un segundo pensé haber visto un fantasma. De inmediato me reprendí por pensar semejante tontería. Volví a cerrar los ojos, pero, en cuanto lo hice una extraña inquietud me impulsó a abrirlos nuevamente y... otra vez la sombra. Más tardé en verla que ella en desaparecer. Se me pusieron los pelos de punta; no estaba dentro de mis planes cazar fantasmas en Marte. Ya no pude volver a cerrar los ojos.

No pasó nada durante mucho tiempo. Hice como que me dormía, pero dejé abierta una rendija de mis ojos. Y allí estaba, otra vez, aquella sombra.



Zhu Ling, *Gato negro con narcisos*, dinastía Qing, siglo XIX. Metropolitan Museum of Art ©.



Niños jugando en un día de invierno, dinastía Song, siglo XII.
Autoría sin identificar. Museo Nacional del Palacio ©.

Para ese momento ya no tenía miedo. Desde luego que no se trataba de un fantasma, sino de un hombre gato. La visión de la gente gato tenía que estar muy desarrollada porque, al parecer, podía ver mis ojos abrirse y cerrarse desde muy lejos. Esperé ahí, nervioso y emocionado casi al punto de contener la respiración. Cuando se acercara a mí sería capaz de enfrentármelo, fuera quien fuera. Era como si me sintiera infinitamente superior a la gente gato, aunque no sabría explicar por qué. ¿Quizás porque tenía un arma? Ridículo...

El tiempo aquí no tenía ningún valor. Pareció que pasaron siglos antes de que el hombre gato estuviera cerca de mí. Cada nuevo movimiento parecía tomarle varios minutos, como si en cada paso cargara consigo la cautela acumulada de toda su historia. Un paso hacia el este, otro hacia el oeste; se agachaba

y volvía a levantarse lentamente; giraba a la izquierda, retrocedía y caía tendido en el suelo como un copo de nieve. Se arrastraba un poco hacia delante y luego arqueaba la espalda nuevamente... Así debe ser como los gatos jóvenes practican la caza nocturna del ratón, ¡fascinante!

De yo hacer cualquier movimiento, incluso abrir un ojo, él podría salir corriendo por fuera de los límites del espacio. No me moví y pretendí tener los ojos cerrados, pero mantuve abierta la pequeña rendija entre ellos.

Me di cuenta de que, más que tener intenciones hostiles, tenía miedo de que yo le hiciera daño. No llevaba ningún arma consigo y estaba solo, así que no podía haber venido a matarme. ¿Cómo hacerle entender que yo tampoco tenía intenciones de herirlo? Decidí que lo mejor sería simplemente no moverme. “Así, por lo menos, no lo asustaré”, pensé.

El hombre gato se acercó cada vez más. Por fin pude sentir su calor. Incluyó su cuerpo alejándose de mí como un corredor de relevos listo para recibir el testigo de su compañero. Movié su mano frente a mis ojos un par de veces, pero, cuando asentí levemente con la cabeza, la retiró a toda velocidad. Aunque mantuvo la posición y no salió corriendo. Me miró, volví a asentir con suavidad. Él seguía inmóvil. Levanté mis manos muy despacio, con las palmas abiertas y hacia arriba. Pareció entender este “lenguaje de señas”, pues también asintió. Incluso retiró la pierna que tenía ya lista para la retirada. Todavía con las pal-

mas hacia arriba, flexioné los dedos en señal de saludo. Volvió a asentir y me enderecé un poco para verlo mejor. No parecía que fuera a salir corriendo. Después de mantenerme en esta manera tan dolorosa y ridícula posición durante al menos media hora, me puse en pie.

Si perder el tiempo equivale a trabajar, entonces los hombres gato son grandes trabajadores. Lo que quiero decir es que, después de levantarme, seguimos perdiendo el tiempo así durante quién sabe cuántos minutos más. Hicimos gestos con las manos, asentimos con la cabeza, torcimos la boca, fruncimos los labios, arrugamos la nariz y movimos casi todos los músculos de nuestros cuerpos, todo para mostrar que ninguno de los dos tenía intenciones hostiles. Podríamos haber seguido así al menos una hora más, tal vez incluso una semana, si no hubieran aparecido las sombras oscuras a lo lejos. El hombre gato las vio primero. Para cuando yo también las vi, él ya había corrido cuatro o cinco pasos en dirección contraria. Me hizo un gesto para que lo siguiera, y así lo hice.

El hombre gato corría silencioso y veloz. Intenté seguirlo, pero tenía demasiada sed y hambre, poco después ya el mundo giraba frente a mí. Sin embargo, intuí que si la gente gato que nos estaba persiguiendo nos alcanzaba, nada prometedor nos esperaría a mí y a mi nuevo amigo. Por otro lado, me pareció que sería mejor mantenerme cerca de este amigo gato, pues podría convertirse en un buen aliado en esta aventura en Marte. Los gatos que venían detrás debían estar cerca de alcanzarnos, pues mi amigo aceleró aún más. Le seguí el paso un poco más, hasta que ya no pude. Creí que se me iba a salir el corazón por la boca. Llegó un sonido de la retaguardia, un maullido largo y agudo. Algo tenía muy nerviosos a esos hombres gato; de lo contrario, no harían tantos ruidos. Pensé que mi única esperanza sería caer al suelo, porque si seguía corriendo, mi vida podía acabar al siguiente paso con una bocanada de sangre.

Con las últimas fuerzas que me quedaban, saqué la pistola. Caí al suelo y disparé sin dirección alguna. Creo que me desmayé antes de haber escuchado la bala salir del arma.

Abrí los ojos nuevamente: una habitación gris, un círculo de luz roja, tierra, una nave espacial, un charco de sangre, una sogá... volví a cerrarlos de inmediato.

No sería sino hasta varios días después que supe que aquel hombre gato me arrastró como a un perro muerto hasta su casa después de desmayarme. Si no me lo hubiera contado, jamás habría sabido cómo llegué hasta ahí. El suelo de Marte era tan suave que no tenía ni un rasguño en el cuerpo después de tanto arrastre. Los hombres gato que me perseguían debieron correr durante tres días sin parar, asustados por aquel disparo. Esta pequeña pistola —con apenas doce balas— ya me había hecho famoso en todo Marte. ¶¶

ISABEL ZAPATA

La gata se hace vieja

No tengo idea quién juega cuando juego contigo.
Mi especie es lo más vano entre lo vano.

¿Habrase visto algo más ridículo,
que esta criatura pobre y miserable
expuesta a los ataques y a los vicios
crea que tiene el control del universo?

La belleza indomable de los cuerpos celestes,
¿con qué fin? ¿De qué sirve la ciencia
de las equivocaciones? ¿Cómo hablan
su idioma las lombrices?

¿No te parece raro que se oculte
un enigma detrás
de cada cosa?
¿Qué decir de las cejas? ¿De los labios?
¿De las ganas de amar y ser amados?

Tengo miles de libros y ninguno
ha podido ayudarme a resolverlo.

Pero tú dices todo sin decirlo.
Me miras y conoces las respuestas.
Podemos acostarnos donde sea,
hacer nido con vista a la montaña
y escondernos de la filosofía.

Hermoso es el silencio entre nosotros,
hermosa nuestra forma
de exponernos en la dicha
común de lo presente.

Las arañas regalan su tejido.
Organizan exequias las hormigas.
Cambia el pulpo de color
cambia de forma.

No habrase visto nunca un elefante
traicionar a sus tropas y quebrarlas
con la violencia de nuestros soldados.
Meditan sin querer: alzan sus trompas
con ojos fijos hacia el sol naciente
sin dios y sin metáfora y sin prisa.

Reconocen sus faltas,
son capaces
de pasear por el gusto de pasearse
y llevarse con calma cada día.

Por si eso fuera poco, galantean.
No me creas a mí, sino a la joven
vendedora de flores que tenía
por devoto a un enorme paquidermo.

También hubo un dragón enamorado
y una oca enamorada, y un carnero.
Pero eso te lo cuento en otra carta.

Me temo que volví a perder el hilo.

Ahí voy de nuevo:
el piojo interrumpió una dictadura.
y hay futuro en el vuelo de las aves.

Sin mayor aspaviento,
sin esperar que nadie
lo llamara de vuelta a la otra orilla,
el perro Hircano se arrojó a la hoguera
donde esperaba el cuerpo de su amo.

Tú al fuego te aproximas por el brillo
que habita y cruje en nuestra chimenea.
Descubres una grieta en el castillo
y en ella te derramas, te haces agua.

Yo en cambio tengo miedo de mí mismo
y dudo y soy un loco y me arrepiento.

Sin escamas ni plumas que me cubran
ando desnudo en la desnuda tierra
desnudo me he mostrado en lo que escribo
desnudo moriré y no me acostumbro
al peso entumecido de mis muslos.

No sé nada de pausas ni de prisas
detesto a los doctores, no soporto
la venganza, desprecio el sonsonete
cruel de lo normal.

No me sereno.
No sé qué hacer conmigo
y estar juntos resuelve ese dilema.

Envejecer, morir:
¿habrá empresa personal
más compartida?

Eres bella: no sirves para nada.
Entregas sin dudar
lo que no tienes, sabes
qué hacer con mi alegría.

Anoche tuve un sueño muy extraño.

Andabas muy campante por las viñas
como rejuvenecida.

Qué envidia me dio entonces tu pelaje.

Para ti, el desorden de mi espíritu
el lado más flexible de mi alma
mi cuerpo libre y suelto
la brisa del verano
y sus perfumes.

Espero dejar claro mi mensaje.

Amiga mía: adiós,
nos vemos pronto.
Muchas gracias por tanto ronroneo.
Hasta luego y felices vacaciones.

Este poema forma parte de *Montaigne, etc.*
(Rosa Iceberg, Buenos Aires, 2025).
Se reproduce con permiso de la autora.

HIRAM RUVALCABA

De curiosidad vive el gato

Nunca he sido un gran aficionado de las mascotas, pero debo reconocer que, como personajes en el arte y la literatura, los gatos siempre me han fascinado. Además de su encanto físico —cortesía de un pelaje de envidiable suavidad— o su actitud esfíngea, la presencia del gato encarna una conexión emocional que muchos colocarían en los terrenos de lo sagrado. Quizás por eso antiguas civilizaciones les dedicaron amplios cementerios: en sus libros de *Historia*, Heródoto nos da cuenta de que en la ciudad de Bubastis los gatos muertos eran trasladados a edificios sacros donde,



Théophile-Alexandre Steinlen, *Gato arqueando el lomo*, 1898. The Art Institute of Chicago ©.

una vez embalsamados, recibían sepultura. Según el nativo de Halicarnaso, notable era también la conexión del gato con el hogar egipcio pues, cuando un gato perecía en casa, era costumbre que los habitantes se depilaran las cejas como señal del duelo.¹

A diferencia del perro —quizás el animal más cercano emocionalmente a los humanos—, del cerdo —el más cercano filosóficamente— o incluso del chimpancé —el más cercano genéticamente—, el gato se adecuaba mejor que cualquier otro a los terrenos del enigma. No es casualidad que el gato negro sea relacionado con la brujería o lo demoniaco, o que surja en las producciones artísticas y literarias como un agente de transgresión y misterio. En su silenciosa vigilancia, es testigo de toda clase de transformaciones, aunque siempre selectivo en sus intereses: si un evento no es digno de su atención —sea inmenso o ínfimo— lo ve pasar sin involucrarse, como la gata orwelliana que se sienta en las asambleas de la granja sin tomarse en serio nada de lo que se dice.

1 Heródoto, *Historia*, Libros I-II (C. Schrader, trad.), Gredos, 1977, Libro II, pp. 66-68.

Quiero retomar esta peculiar figura para conectar dos de los más grandes relatos policiacos de la tradición norteamericana. Ambos fueron escritos por exponentes esenciales del género: el primero, “Lo que trajo el gato”, pertenece a la autora texana Patricia Highsmith y fue publicado por primera vez en 1981 en el volumen de cuentos *The Black House*. El segundo es “El gato negro”, un texto clásico del terror psicológico del escritor Edgar Allan Poe.

En los dos cuentos, la figura del gato es un componente nuclear para la construcción del conflicto. Además, los autores conforman una estructura simbólica en torno al gato, que expresa lo mismo el carácter inexpugnable de la verdad (Highsmith) que el insufrible peso de la culpa (Poe).

LO QUE TRAJÓ EL GATO

Para algunos lectores, quizás las obras que mejor plasman la destreza de Highsmith en la literatura policiaca sean aquellas de su serie en torno al personaje de Tom Ripley, el célebre antihéroe americano cuyas aventuras campean entre la picaresca y el *noir*. No obstan-

En los dos cuentos, la figura del gato es un componente nuclear para la construcción del conflicto.

te, su producción cuentística atrae no poca atención por su pericia narrativa y por la creación de un mundo “clausotrófico e irracional en el que entramos en cada ocasión con la sensación de que corremos peligro, con la cabeza vuelta un poco por encima del hombro”, según expresó el escritor Graham Greene.² “Lo que trajo el gato” se inscribe en el género negro con una anécdota siniestra que, no obstante, se permite una dosis del humor negro característico de la autora.

El cuento empieza con un encuentro amistoso en la campiña inglesa, en donde una serie de amigos se han reunido a jugar Scrabble. Súbitamente, la reunión se ve interrumpida por la llegada de Portland Bill, el gato de la familia, el cual lleva en su boca un siniestro trofeo. Primero, los reunidos lo identifican como un pájaro, o una pata de ganso, o un pichón, hasta que Phyllis —una chica estadounidense que ha ido a pasar el fin de semana— se da cuenta de que se trata de dos dedos humanos. Mientras las personas que lo rodean pasan de la expectación al horror, el pequeño Portland Bill levanta la vista “con orgullo hacia las caras de los cuatro humanos que lo observaban”.³ En cuanto a los dedos, Highsmith los describe así:

Los dos dedos estaban muertos, blancos e inflamados; no había restos de sangre ni siquiera en la base, que comprendía unos cinco

centímetros de lo que había sido una mano. Lo que identificaba inconfundiblemente a los dedos como el mayor y anular de una mano eran las uñas, amarillentas y cortas, de aspecto pequeño entre la carne hinchada.⁴

Como es de esperarse, el hallazgo despierta el interés general. En particular, el de los coprotagonistas de la historia, Michael Herbert y el coronel Edward Phelps, quien además es veterano de la Gran Guerra. Tanto Michael como Eddie harán uso de sus dotes detectivescas para dilucidar el misterio de los dedos blanquísimos que les ha procurado Portland Bill: apenas los llevan al taller notan, por ejemplo, que uno de los dedos porta un anillo. Y luego de hacer un par de cortes meticulosos en la carne, encuentran que el anillo lleva iniciales grabadas: *WR - MT*, mismas que constituyen la única pista tangible.

No es mi intención agotar la anécdota. Antes bien, me gustaría enfocarme en el papel del gato como agente detonador de la trama. Las apariciones de Portland Bill se concentran en el primer tercio del cuento, y con ellas se convoca también el humor. En vano Michael y Eddie intentan mantener al gato alejado de su trofeo, pues éste muestra en todo momento su interés por recuperarlo. Sigue la autora: “Michael se dirigió al armario que estaba cerca de la puerta de entrada, con la idea de poner aquello encima de unas cajas de sombreros, pero el gato lo siguió, y Michael sabía que un gato lo suficientemente

2 G. Greene, “Prólogo”, en P. Highsmith, *Relatos*, Anagrama, 2018, p. 11.

3 P. Highsmith, “Lo que trajo el gato”, en *Relatos*, Anagrama, 2018, p. 656.

4 *Ibid.*

inspirado es capaz de un salto a cualquier mueble”.⁵

Estrictamente hablando, éste es un relato policiaco en tanto que la trama se construye en torno a un misterio y, posteriormente, los protagonistas luchan por desentrañarlo. Pero no intenta someterse a todas las reglas del género y, al final del día, la resolución del crimen no tiene tanto peso como la extraña manera en que se revela inicialmente. El gato de Highsmith destaca por su carencia total de juicio moral, cualidad que resalta con las reacciones de sus dueños e incluso con las de los

lectores. Portland Bill se instala más allá de cualquier drama y se torna símbolo de la verdad que no puede permanecer oculta, sino que emerge de las formas más inesperadas y se revela de manera humilde pero contundente. En este caso, como el triunfal regalo de un gato a su familia.

Me atrevo a decir que esta cualidad constituye la originalidad del relato, y parte de lo que lo vuelve memorable. El mensaje de Highsmith es rotundo: a veces lo más relevante de un crimen está en los detalles cotidianos que lo develan, más que en su resolución o, incluso, en los responsables.

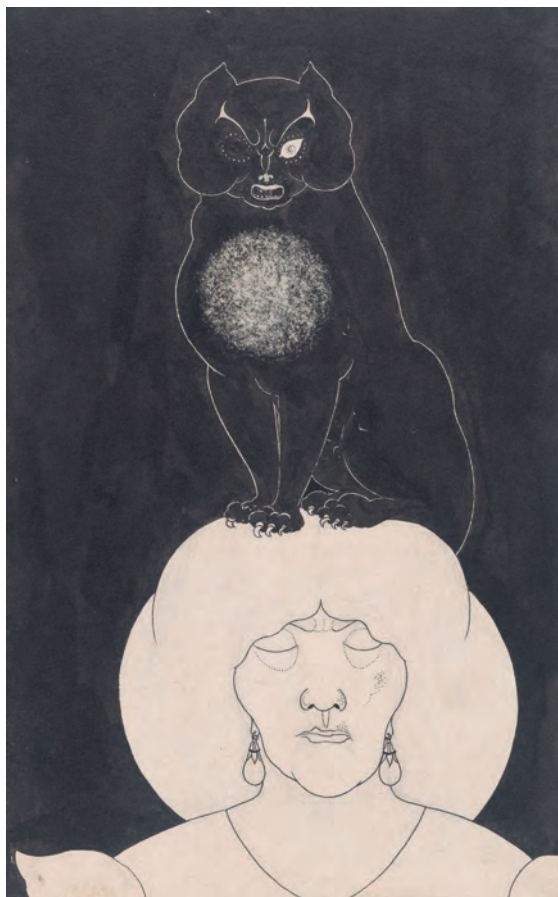
5 *Ibid.*, p. 658.

EL GATO NEGRO

Si Portland Bill representa cualidades felinas como la impertinencia y la curiosidad, el gato de Poe toma un camino mucho más siniestro. Todo en él es simbólico: en primera instancia, se llama Plutón, en clara alusión al dios del inframundo latino. Y vaya que este gato nos acerca en uno y otro momentos a los terrenos de la muerte.

“El gato negro” es el recuento del descenso a la ruina y a la locura de su narrador-protagonista. Al principio nos encontramos con un hombre normal, cariñoso incluso, pero que, entregado al vicio de la bebida, se torna de forma gradual en un ente huraño y taciturno, con una clara inclinación hacia la violencia. Su esposa, mujer serena, callada y de sentimientos más benignos —cualidades expresadas por el propio narrador—, es la primera víctima humana de su violencia. No obstante, quien parece operar como un termómetro de su degeneración es precisamente Plutón, el viejo gato negro que fuera alguna vez su amado compañero.

He aquí la escalera de la locura detallada paso a paso: primero, el prota-



Aubrey Vincent Beardsley, “El gato negro” para *Cuentos de imaginación y misterio* de Edgar Allan Poe, 1894. Metropolitan Museum of Art ©.

gonista nos narra cómo, en un arrebatado de ira, deja tuerto a su gato luego de que éste le hiciera un desaire: “Fue como si la raíz de mi alma se separara de golpe de mi cuerpo; una maldad más que diabólica, alimentada por la ginebra, estremeció cada fibra de mi ser. Sacando del bolsillo del chaleco un cortaplumas, lo abrí mientras sujetaba al pobre animal por el pescuezo y, deliberadamente, le hice saltar un ojo”.⁶ La crueldad no termina ahí, pues no pasará mucho tiempo hasta que el narrador se decida a ahorcar a Plutón en el jardín de su propia casa.



Harry Clarke, “*I had walled the monster up within the tomb!*” (*The Black Cat*), de la serie de ilustraciones para *Cuentos de imaginación y misterio* de Edgar Allan Poe, 1919. Duke University Libraries ©.

A partir de este acto de malicia, la vida del protagonista no hace sino atraer desventuras. La noche del crimen, un gran incendio reduce a cenizas el hogar, y deja un vestigio siniestro: en el único muro que queda en pie, la silueta del gato ahorcado se plasma como un estigma del mal imborrable. Poe, maestro de la tensión, no sesga en mostrarnos

el horror psíquico que su personaje padece a partir de la muerte del gato.

El castigo no podría ser más ejemplar. Para tratar de aminorar la culpa, el narrador decide adoptar un nuevo gato; no obstante, ni siquiera por unos días es capaz de disfrutar de la compañía enfermiza del nuevo animal: su presencia, sus caricias, su aliento, su propio peso se vuelven un constante recordatorio de Plutón y, por lo tanto, del crimen cometido. La culpa se consolida también en la mancha blanca que este nuevo ejemplar tiene en el pecho. Una mancha con una singular forma que Poe describe así:

En ese momento era la imagen de un objeto que me hace temblar nombrarlo. Era, sobre todo, lo que me hacía mirarle como a un monstruo de horror y repugnancia, y lo que, si me hubiera atrevido, me hubiese impulsado a librarme de él. Era ahora, digo, la imagen de una cosa abominable y siniestra: la imagen ide la horca! ¡Oh lúgubre y terrible máquina de espanto y crimen, de muerte y agonía!⁷

El horror se conecta directamente con la culpa del criminal, y no cesará sino hasta que la naturaleza maligna del narrador lo lleve a cometer un segundo asesinato: esta vez la víctima será su esposa, quien luego de defender al nuevo gato —el heraldo negro enviado por Plutón— de la ira del marido, recibe un golpe de hacha en la cabeza. Los lectores recordarán el final del cuento: para deshacerse del cuerpo, el asesino lo empaqueta en una de las habitaciones de su nueva casa. Para su desgracia, en el interior también queda encerrado el gato

6 E. A. Poe, “El gato negro”, en *Cuentos completos*, Páginas de Espuma, 2008, p. 108.

7 *Ibid.*, p. 112.



Théophile-Alexandre Steinlen, *Verano: gato sobre balaustrada*, 1909. The Art Institute of Chicago ©.

negro, quien, con sus maullidos, guiará a la policía al cruento hallazgo del cadáver femenino.

Culpa y justicia. Límites entre lo humano y lo felino. En estas cualidades me parece encontrar una conexión directa entre los dos gatos aquí mostrados. Tanto Portland Bill como Plutón actúan en sus cuentos como emisarios de la justicia: ambos se ocupan de mostrar ante la autoridad —moral, además de judicial— la evidencia del crimen: un par de dedos, un cuerpo entero, magullado. En ambos cuentos, también, la justicia humana ha fallado, pues en el de Highsmith la policía ni siquiera se ha dado cuenta del asesinato, y en el de Poe los agentes están ya dispuestos a irse de la casa del asesino pues no encontraban nada sospechoso.

Muchas son las obras que aprovechan esta disposición del gato hacia la investigación para construir una atmós-

fera propia del *noir*. No es mi intención agotarlas.⁸ Me gustaría destacar un último aspecto que, me parece, está presente en todas las obras que eligen al gato como eje justiciero: me refiero a cierta capacidad mística de dotar a los eventos cotidianos de una profundidad simbólica, tan apropiada para el arte y disfrutada por los lectores.

Estos cuentos son ejemplos de dicho simbolismo. Y son también advertencias de que, donde lo humano falla, lo felino ejerce su incipiente sagacidad. Con esto, tanto Portland Bill como Plutón confrontan aquel viejo axioma y nos muestran que la curiosidad, aunque peligrosa, termina por ser la característica que le da vida al gato. ♪

8 Acaso como un corolario, no podría dejar de mencionar a Midnight Louie, el gato negro con sobrepeso que hace de detective en una veintena de novelas de la autora Carole Nelson Douglas.

CHRISTOPHER SMART

Mi gato Jeoffry de *Jubilate Agno*

Traducción del inglés y nota de Juan Carlos Calvillo

La tradición de la literatura occidental tiene por cierto que la revolución del verso libre se origina, en lengua inglesa, en la edición autopublicada de 1855 del volumen *Hojas de hierba*, de Walt Whitman. Nadie, creo, se atrevería ya a derribar ese tótem, pero si se venera aún es más por su genialidad, por el revuelo que suscitó y por la impronta que vino a marcar, que por lo preciso, en términos históricos, que sea atribuirle al “buen poeta gris” el descubrimiento de esa forma o modo de expresión. Y aunque se tienen documentadas diversas manifestaciones de poesía amétrica en la Edad Media, y aunque el propio Whitman se inspiró, en gran medida, en los ritmos y cadencias de la Biblia del rey Jacobo, un texto típicamente renacentista (1611), la verdad es que la autoría del primer poema en verso libre en inglés corresponde a Christopher Smart y data de 1759, si bien no fue rescatado del olvido sino hasta su publicación en 1939.

Entre sus muchas curiosidades, quizá lo que fascina más de *Jubilate Agno* es que es un poema escrito en un manicomio. Nadie sabe a ciencia cierta por qué fue a dar Christopher Smart —un escritor de renombre, amigo de Fielding y del Dr. Johnson— al Hospital de San Lucas para Lunáticos, ni por qué lo transfirieron más tarde al sanatorio del Sr. Potter, un asilo privado para enfermos mentales, pero hay constancia de que se le diagnosticó demencia al momento de

su reclusión y de que no tardaron mucho en tratarlo como un paciente “incurable”. Claro que existe la posibilidad de que haya sufrido algún tipo de depresión maníaca, o bien de que haya caído de repente en un “fervor místico” (como lo llamaron en su época) debido, todo apunta, a un colapso nervioso provocado por fuertes presiones económicas y editoriales. Pero también cabe suponer, con malicia, que su confinamiento haya sido la estrategia que fraguó el Sr. John Newbery, su suegro, con quien ya tenía muy mala relación, para censurarlo o acallarlo, para distanciarlo de su hija de una vez por todas, o simplemente para propinarle un castigo modélico. En todo caso, Smart pasó en aislamiento psiquiátrico los años de 1757 a 1763 y, a cambio de su libertad, la única misericordia que pidió fue disponer de pluma y papel y que le fuera concedido pasar el tiempo en su celda en compañía de su gato Jeoffry.

Jubilate Agno es un poema religioso de unos mil doscientos versos, dividido en secciones antifónicas o responsoriales, que, como el de Whitman, se apoya de manera estructural en la anáfora para el establecimiento de un ritmo litúrgico. El proyecto general, inacabado, es el mismo del *Magnificat*: una obra de alabanza que proclama la gloria de Dios y bendice todos los elementos de su creación: las aves y los peces, las hierbas, los árboles, las piedras preciosas. Sin embargo, la sección más memora-

ble —y, por mucho, la más antologada— es la letanía de 74 versos que celebra a Geoffry como una prueba de la existencia de Dios, así como cada una de sus acciones, cotidianas y entrañables, como una forma superlativa de la devoción. Geoffry, al igual que todos los gatos, es calculador y fortuito, cariñoso y letal; es pulcro, exhaustivo, atento y dormilón; es manso y rebelde, es delicado, es inquieto, es metódico. Y, sobre todo, es diligente y bondadoso: sabe escuchar los mensajes del Señor y “ronronea de gratitud cuando Dios le dice que es un buen Gato”.

Para componer la presente traducción —la segunda en la vida que hago de este poema— me dejo, a veces, entusiasmar (en el sentido etimológico de la palabra) por el verso devocional de Christopher Smart, por su armonía llena de asombro, de ternura, de intensidad, de una suerte de estremecimiento inefable. En otras ocasiones me dejo adormecer por el ronroneo de los tres gatos —Calibán, Ariel y Miranda— que entran y salen de mi alcoba y que, por turnos, se echan a dormir en mi regazo a medida que escribo. El original del que parto es la edición anotada de *The Poetical Works of Christopher Smart* (ed. Karina Williamson, Clarendon Press, Oxford, 1980), y justo ahora me doy cuenta de que las páginas que releo con mayor frecuencia están marcadas con pelitos suyos. *RM*



Libro de horas de Chalon-sur-Saône, Ms. 6881, fol. 30r [detalle]. Biblioteca Municipal de Lyon © 3.0.

De Jubilate Agno
(fragmento B, vv. 695-768)

Porque he de considerar a mi Gato Jeoffry.
Porque es el siervo de Dios, que vive y reina, y le sirve a diario como es debido.
Porque, al divisar el primer destello de la gloria de Dios en el Este, lo alaba a su manera.
Porque esto lo hace al retorcer el cuerpo siete veces con elegante rapidez.
Porque luego salta para alcanzar el almizcle, que es la bendición con que Dios responde a sus plegarias.
Porque se rueda y retoza para impregnarse de él.
Porque, dichas sus oraciones y hechos sus deberes, empieza a considerarse a sí mismo.
Porque esto lo lleva a cabo en diez etapas.
Porque, primero, se observa las garras para ver si están limpias.
Porque, en segundo lugar, da de coces para hacer sitio tras de sí.
Porque, en tercero, se estira para despejar con las patas extendidas.
Porque, en cuarto, se afila las garras en la madera.
Porque, en quinto, se acicala.
Porque, en Sexto, se revuelca después de bañarse.
Porque, en Séptimo, se quita las pulgas, no sea que lo interrumpan y le hagan perder el ritmo.
Porque, en Octavo, se restriega contra un poste.
Porque, en Noveno, mira hacia arriba a la espera de instrucciones.
Porque, en Décimo, parte en busca de alimento.
Porque, habiendo considerado a Dios y a sí mismo, procede a considerar al prójimo.
Porque si se encuentra otra gata, le da un beso con benevolencia.
Porque cuando caza a una presa, juega con ella para darle una oportunidad de salvarse.
Porque un ratón de cada siete escapa en su distracción.
Porque una vez terminado el trabajo del día comienzan en verdad sus oficios.
Porque de noche es centinela del Señor y vigila al adversario.
Porque contrarresta las fuerzas oscuras con la electricidad de su piel y el resplandor de sus ojos.
Porque contrarresta al Demonio, que es la muerte, con la energía de su vida.
Porque en su oración de la mañana adora al sol y el sol lo adora a él.
Porque es de la estirpe del Tigre.
Porque si el Tigre es Ángel, el Gato es Querubín.
Porque tiene el sigilo y el siseo de la serpiente, que suprime en su bondad.
Porque nunca destruye si ha comido bien, ni escupe sin provocación alguna.
Porque ronronea de gratitud cuando Dios le dice que es un buen Gato.
Porque es un instrumento para enseñarles a los niños la buena voluntad.
Porque toda casa está incompleta sin él y al espíritu le falta su bendición.
Porque el Señor le encomendó los gatos a Moisés cuando salieron de Egipto los Hijos de Israel.
Porque cada familia llevaba al menos un gato consigo.
Porque los Gatos ingleses son los mejores de Europa.
Porque es el más pulcro de todos los cuadrúpedos en el uso de sus garras.

Porque la destreza de su defensa es un ejemplo del inmenso amor que le tiene Dios.
Porque es la más rauda de todas las criaturas en llegar a su objetivo.
Porque es tenaz con lo que quiere.
Porque es una mezcla de seriedad y travesura.
Porque sabe que Dios es su Salvador.
Porque no hay nada más dulce que su paz cuando duerme.
Porque no hay nada más vibrante que su vida cuando está en movimiento.
Porque es uno de los pobres del Señor y por eso lo llama siempre la caridad — ¡Pobre Jeoffry!
¡Pobre Jeoffry! Te mordió la rata el cuello.
Porque, bendito sea el nombre de Jesús nuestro Señor, Jeoffry ya se encuentra bien.
Porque el espíritu santo recorre su cuerpo y lo sustenta como un gato cabal.
Porque su lengua es extremadamente pura, de modo que compensa con pureza lo que le falta de musical.
Porque es dócil y hay cosas que puede aprender.
Porque puede acomodarse con gravedad, lo cual es paciencia a la espera de aprobación.
Porque puede llevar y traer, lo cual es paciencia en función del servicio.
Porque puede saltar por encima de un palo, lo cual es paciencia en virtud de la prueba positiva.
Porque puede sacudirse y despatarrarse a la voz de mando.
Porque puede saltar desde su eminencia hasta el regazo de su dueño.
Porque puede atrapar un corcho y volverlo a lanzar.
Porque lo odian el hipócrita y el avaro.
Porque el primero teme que lo descubra.
Porque el segundo niega los cargos.
Porque su lomo se acamella en preparación para el trabajo.
Porque es bueno pensar en él si uno quiere expresarse con claridad.
Porque se volvió una figura prominente en Egipto por su puesto de vigía.
Porque mató al Icneumón, la rata del Nilo, muy perniciosa en la tierra.
Porque su oído es tan fino que sus orejas no paran de brincar.
Porque a esto se debe la transitoria celeridad de su atención.
Porque al acariciarlo descubrí la electricidad.
Porque he visto fulgurar la luz de Dios a su alrededor.
Porque el fuego Eléctrico es la sustancia espiritual que Dios envía del cielo para alimentar los cuerpos del hombre y de la bestia.
Porque Dios lo bendijo con la diversidad de sus movimientos.
Porque, aun si no puede volar, es un excelente trepador.
Porque su quehacer sobre la faz de la tierra supera al de cualquier cuadrúpedo.
Porque marcha al compás de toda música.
Porque puede nadar por su vida.
Porque se desliza.

MARÍA KRYSINSKA

Gato al sol

Traducción del francés de Alfredo Lèal

Quedémonos así
Tú y yo sentados aquí
Al albor
Del bosque. Ese sol
De otoño, carmesí,
Se exalta en supremo estallido
Como un ser que se siente envejecer.
Mas su ardor ya está tan abatido,
Bajo los árboles, que no
Es necesario correr.

¿Qué es entonces, sobre el camino gris,
Aquello que rueda hacia nosotros: diríase, ligero y albo,
De arroz una borla de polvo,
La pelusa de un cisne inmaculado?

Por momentos, la cosa da un brinquito
Metiéndose entre los matorrales
Con ruidito de chubasco en caudales;
Míralo: es un blanco gatito.

¡Qué delicado sería el placer
De sostener en una caricia
Ese pelaje, esas menudas formas que ves,
Tan perfectas de suavidad y gracia!

Mas, ¡ve a pasear!
El diablillo está un ratito aquí, otro allá,
De golpe a la copa se ha subido
De un árbol o un arbustito

Del que espanta las hojas, *clown* de agilidad
Fantástica. Ahora se arroja sin daño,



Cual fruto maduro, cual si el árbol en verdad
Fuera un blanco gataño.¹

Sin embargo, por mi deseo —al parecer— atraído,
La exquisita bestia se aproxima, el lomo curvado,
Y se instala, favor inaudito,
Con tierno ronroneo, en mis muslos acodado.

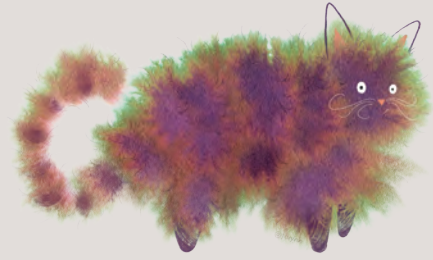
Vaya si se enturbia la hora,
¡Un joven gato durmiendo en su vestido,
Señora!

Es el abandono de la inocencia,
Abandono confiado
De la gentil infancia
En cientos de exuberantes giros prodigado
Y se repara en ese sueño tranquilo,
En ruido que asemeja
En su rueda
A una hiladora y su tejido.

No me atrevo a moverme, pues,
Más que una roca; mas nuestro durmiente
O nuestra durmiente —ve tú a saber—
Se espabila en bostezo de candor resplandeciente.

¿Una vueltita por el bosque? Míranos pasear
Seguidos o precedidos
Por el radiante animal
Que nos tomó por amigos.

1 Proponemos este neologismo en concordancia con el que la propia Kryszyska utiliza: *chattier*. N. del T.



A ratos aparece, fuego fatuo que revolotea,
Y ratos el deslizarse de su albo pelaje
A una suerte de arroyuelo se asemeja
Argentado por la luna.
A veces es un hada que gravemente sueña
Sentada en medio del herbaje.

De pronto
Le viene una idea:
Comer de esa excelente hierba.

Ve cómo despedaza
Con sus colmillitos soberbios
De carnívoro,
De todo crimen aún vírgenes,
Tiritas de maleza.
Luego, otra vez, sus poses cavilosas.
Entre verdes extensiones suntuosas,
Con aire de declarar en un aparte:
—“Nada de esto ha de calmar mi hambre”.
¡Ah!, ¡ah!, ¡una mariposa!
—“La tendré, ¡palabra de gato que así ha de ser la cosa!”

Y la ágil bestiecilla
En sus patas traseras se yergue,
Bailando una seguidilla o hasta un bolero
Como la señorita Otero.

Mas la mariposa irónica
Levanta las alas de tonos irisados
Que la hacen inaccesible
Y se aleja sin haberse preocupado.

Ahora, en destellos
Que se filtran a través de las ramas,
Nuestra picarilla —apostemos
A que es una gatita blanca—
Hace de odalisca, en pose abarrotada
De dejadez: patitas sueltas, la cola allá olvidada.

Vamos, que es hora del baño. Pero no
Interfiram. La fina lengua, tan rosa
Como una rosa,
Va lamiéndose y alisando el dulce pelo
Con singular brío, iválgame!
Una pata alerta no se cansa
De asediar a la oreja: la pasa y la pasa y la pasa.
¡Ah!, amigos míos, ya va a llover.

¡Mírala desaparecer!
No, ya regresa,
Alegre y perversa,
Llegando en menudo galope.
Y como en la hondonada
Donde nos detenemos
Un trozo de roca emerge, de golpe,
Encima de una fuente seca, se sube en sus lomos
Y allí está acomodada
Con la noble actitud de una esfinge que se imagina
Esculpida en la piedra blanquecina.

Este poema aparece en *Intermèdes* (1903) y se publica por primera vez en español, junto con otros versos suyos, en *La voz y la música. Poesía completa* (Elefanta/Universidad Iberoamericana, 2025). Se reproduce con permiso de la editorial y de su traductor.

XEL-HA LÓPEZ MÉNDEZ

mi mamá lloró cuando llevamos a Tessa a la veterinaria

yo también lloré
gatita en celo

cómo te íbamos a cortar
una parte de tu cuerpo sin permiso

Te llevamos a la tienda que
había montado el gobierno
amablemente

la sobrepoblación es un asunto serio
según dicen

porque humanas
egoístas como somos
no queríamos
que te nos fueras de la casa
con un gato callejero

yo en el fondo sé
cuánto se sufre

la soledad y todo
el útero

las ganas de salir
y
regresar entera

el cuerpo manda a veces de una forma
fiera
yo también conozco los cuchillos
de la piel abierta

perdóname, gatita

ahí vamos
llorando juntas
como camino al matadero

cuando pase por ti
nos sentiremos solas

evitaré que saltes y te abras
una herida que nunca
pediste que te hicieran.

GABRIEL BERNAL GRANADOS

La memoria inefable de su cuerpo. “El gato” de Juan García Ponce



Juan García Ponce, *El gato*, SEP/FCE, México 1984.

Mi encuentro con la generación de Juan García Ponce (1932-2003) y Salvador Elizondo (escritores nacidos en o alrededor de 1932) probablemente se produjo a través de la revelación que supusieron todavía para mí, y para muchos de los que nacimos en la década de los setenta, la obra y la persona de Octavio Paz. Es odioso tener que reconocerlo —tener que recurrir

casi siempre a él como puerta de acceso a la literatura de nuestro tiempo—, pero así fue: yendo en busca de Paz, era natural que un muchacho de quince o dieciséis años diera tarde o temprano con las páginas de *Vuelta*, entonces todavía en circulación, y en seguida a las de *Plural*. Elizondo y García Ponce, entre otros, habían formado parte de la redacción de *Plural* y, después de su cierre, habían figurado constantemente en los índices de la primera época de *Vuelta*.

Sin embargo, ambos escritores, a finales de los ochenta y principios de los noventa, cuando yo comencé a interesarme en ellos, estaban revestidos de un aura fantasmática. Los años más intensos y combativos habían quedado atrás



Frente a su máquina de escribir, 1968. Fotografía de Héctor García. Todas las imágenes son cortesía del Archivo Juan García Ponce a través de Mercedes García de Oteyza.



En su estudio, 1968.

y ambos, por razones distintas, experimentaban un aislamiento relativo. Después de la publicación de su novela *El sinore* (1988), Elizondo comenzó a vivir una suerte de exilio interior en su casa de Tata Vasco, en el barrio de Santa Catarina. Todos los días, a las doce, como si se tratara de una cita a la que acudiera puntualmente, se presentaba vestido de manera casual e impecable en la veranda de su casa, ocupaba su equipal de siempre y gustaba de contemplar su jardín y acompañar esta actividad espiritual con algunos vasos de güisqui. A las cinco de la tarde se retiraba a su cuarto y se metía a su cama, una muy similar, me dijo una vez, a la que aparece en el famoso cuadro de Van Gogh *El dormitorio en Arlés*; y estando allí, pasaba la tarde y parte de la noche escribiendo en su cuaderno, rodeado de los bártulos imprescindibles (tarritos y pinceles) para ensayarse, en esas mismas páginas gruesas de papel blanco, en las acuarelas que parecían darle continuidad y sentido a su caligrafía.

La leyenda de García Ponce era algo distinta. Después de haber desplegado una intensa actividad como escritor y figura intelectual emergente (como dramaturgo primero y después como cuentista, novelista, ensayista, crítico de arte, guionista de cine e incluso actor en sus propias películas y en las de sus amigos), su estrella se fue apagando poco a poco debido al avance fatídico de la esclerosis múltiple diagnosticada en 1965. Escribo de memoria. Busco en vano en sus páginas autobiográficas el relato que hace él mismo del momento en que le fue comunicada la gravedad de su condición y pensó en suicidarse. Recuerdo que fue una noche, saliendo del consultorio del médico. Se subió a su Volkswagen y, en vez de irse a su casa, se dirigió a un mirador de la carretera que va de la Ciudad de México a Cuernavaca. Allí, con

la marcha del motor apagada, se preguntó qué era lo mejor que podía hacer con su vida; lo más asombroso del relato fue que se inclinó por la curiosidad: quiso saber qué sucedería si tomaba la decisión de seguir viviendo —como si la vida fuera una narración que al protagonista no le correspondiera dejar trunca.

Cuando empecé a leerlos, me sedujo más la prosa de Elizondo que la de García Ponce. Había una tensión intelectual y un inacabamiento en los escritos del primero que no encontraba en las tramas sencillas, casi transparentes, de los cuentos del segundo. En esa época, no me emocionaba. Es más, sentía que había un antes y un después en su narrativa, notorio a partir del momento en que había empezado a dictar sus libros. Tener que dictar suponía un distanciamiento casi corporal con la escritura. Este fenómeno no era nuevo en la historia de las letras hispanoamericanas: se encuentra en Borges a partir del año 55, cuando se queda ciego y empieza a dictar sus libros. Esa relación del cuerpo con la materia de lo escrito, a la que se refería Elizondo cuando hablaba de su proceso creativo (escribir a mano en un cuaderno y después pasarlo en limpio en una máquina de escribir, suponiendo, en ese tránsito, el ingreso de un número de adiciones y correcciones que sólo el autor podía realizar); esa relación, con el dictado, se esfumaba hasta volverse algo inaprehensible o distante.

Ahora que han pasado más de treinta años, y que ambos están muertos, mi percepción ha cambiado. Ahora puedo apreciar el valor de esa transparencia, que no tiene que ver con la sencillez sino con la precisión con la que se organiza el recuerdo. En sus mejores narraciones, García Ponce reconstruye recuerdos, emociones que se alojan en un rincón de su alma vieja, de su alma honda y penetrante. Porque, a pesar de que es-



Frente a la ventana, 1967. Fotografía de Miguel Cervantes.

criba de los amores de una joven pareja, lo que hace en realidad es reconstruir una emoción, algo que en un momento dado vulneró su sensibilidad y se quedó ahí, en un rincón o una grieta de su memoria, en espera de ser contado.

“El gato”, que se publicó por primera vez como parte de un libro en *Encuentros* (1972),¹ relaciona de manera directa la narrativa de García Ponce con el magisterio. A lo largo de su obra, no creo que haya escrito nada mejor que “El gato”, “La plaza” o “La gaviota”, es decir, las tres piezas narrativas que conforman el índice de *Encuentros*. No hay nada en su obra más sutil, más penetrante ni más equidistante entre las intenciones manifestadas de su autor y la obra resultante: desentrañar la razón de ser de una nostalgia. La trama de “El gato” es muy sencilla: una joven pareja comparte un departamento en un edificio en una ciudad latinoamericana. Un día, el joven D se encuentra con un gato en los pasillos del lugar. El felino no parece haber escogido al edificio sino el edificio a él, como si el inmueble, o su arquitectura, mejor dicho, fuese uno de los protagonistas secretos del relato. Mientras

1 Juan García Ponce, *Encuentros*, FCE, Distrito Federal, 1972.

esto sucede, mientras el joven contempla por primera vez la luz reflejarse en las pupilas alargadas del animalito, la joven amante espera en el departamento, recostada en el sueño profundo de su desnudez.

La mañana de un domingo cualquiera, D se decide a llegar a su departamento con el gato, que ha recogido en el pasillo con el solo afán de sorprender a su amiga (estamos en los años de la revolución sexual, cuando a las jóvenes parejas no las ataba ninguna suerte de compromiso). Sin embargo, aunque nota la presencia del gato, la muchacha no se inmuta: sigue recostada sin apenas abrir los ojos y permite que el animalito se acurruque encima de su cuerpo desnudo, como una sombra que estuviese recalando con su presencia la trayectoria de la luz. Parece establecerse una relación directa entre el gato, la arquitectura y la incidencia de la luz en ese momento preciso de la mañana en que el muchacho ha salido a comprar los periódicos, antes de encontrarse con el gato y decidir llevarlo a su vivienda con el propósito de agradecer a su amante.

Un domingo igual al anterior, D vuelve a encontrarse con el gato y lo

carga en sus brazos para llevarlo a la habitación donde lo espera su compañera:

Al entrar a la habitación vio que su amiga había vuelto a dormirse extendida por completo sobre la cama, con las piernas juntas y un brazo sobre los ojos para protegerse de la luz que entraba libremente por las ventanas. En su cuerpo no había ningún signo de espera. Estaba allí simplemente, sobre la cama, bella y abierta, como una esbelta e indiferente figura que no guardase ningún secreto para sí y sin embargo tampoco ignorara en ningún momento el juego silencioso de sus miembros y el peso del cuerpo que formaban su propia realidad [...].

García Ponce no sólo parece reconstruir con precisión los recuerdos, sino que recrea cada una de las escenas que componen su relato con un esmero inusual o, más bien, obsesivo, como si fuera un Caravaggio que necesitara de esa manifestación volumétrica de la realidad para producir sus ficciones sobre



Roger von Gunten,
ilustración para el cuento
"El gato", *Revista de
Bellas Artes*, núm. 17, 1967.



José Emilio Pacheco, Juan García Ponce, Carlos Valdéz y Juan Vicente Melo en las oficinas de Difusión Cultural UNAM, ca. 1957-1968.

la página o el lienzo. Esa fijación enfermiza con la que el autor yucateco reproduce los énfasis de lo real lo convierte en un narrador demorado en la manera en que la luz esculpe la densidad de los cuerpos y la forma en que esta densidad interactúa con una serie de datos verificables que niegan la posibilidad del azar: el mobiliario, el ángulo desde donde D observa el cuerpo de su amante y el gato en sí mismo, que constituye, en el fondo, el único elemento imponderable en el desarrollo de este relato, ya que no está sujeto al control que el artista (el escritor) ejerce sobre el diseño de la escena.

De esta necesidad de recrear con exactitud los recuerdos procede la extensión de la línea, o del periodo, en el párrafo que acabo de citar, como si la escena descrita tuviera que ser idéntica a la escena que García Ponce había atendido originalmente en su memoria, justo de la misma forma en que D contempla la figura del gato acurrucándose en el cuerpo desnudo de su amante en un departamento en un lugar indeterminado que pudo ser la Ciudad de México a principios de años setenta. “El gato se había quedado en la cama” —escribe— “y cuando ella se extendía indolentemente sobre las sábanas, sin cubrirse, como lo hacía todos los domingos para que el

sol tocara su cuerpo junto con el aire que entraba por la ventana abierta y la mirada de D pareciera sumarse a la de los muebles.” La longitud de la oración en García Ponce viene de la necesidad de recrear milimétricamente una realidad soñada, pero también de lecturas en las que se encontraba inmerso por entonces. Escritores de lengua alemana, principalmente: Mann, Musil, Von Doderer; es decir, escritores de una lengua que se adapta mejor que el español a esos periodos interminables y neutros, donde la revelación se produce por el contacto de los sentidos, y el cuerpo entero, con el fenómeno de la transparencia.

“El gato” representa uno de los momentos culminantes en la narrativa de García Ponce. Nada sucede más allá de la nostalgia que se produce en el ánimo del lector cuando termina de pasar las páginas de este cuento impecable, como ocurre con ciertos momentos de nuestra vida que no parecen dejar mayor huella en nuestros recuerdos y, sin embargo, sentimos que el misterio ha pasado justo delante de nosotros, eludiendo los cerrojos de nuestra inteligencia y alojándose, en calidad de remembranza o sedimento, en la memoria inefable de nuestro propio cuerpo. ¶

ARÍSTIDES LUIS

Tarde en la sala con mis gatos

A mis gatos, Julián y Mimi

El sol les tiende la cama en los rincones,
entibia sus colmillos y sus garras,
sus suaves, limpias y perfectas almohadillas
donde se esconde el cuchillo amoroso
con que me han marcado los antebrazos
hasta que se pueden leer en esas cicatrices
las palabras con que dios encomendó a Moisés
que se ocupara de los gatos al salir de Egipto,
antes de retirarse a lamer divinamente sus patas
y echarse a dormir en su trapo.

Mis gatos son dioses dormidos
en el hueco surcado en la tierra
de una maceta junto a la ventana,
a los que sólo les basta derramar su cuerpo
roncando al suave golpe de la tarde
para evocar la mismísima sustancia
que hace al devenir
de todos los cuerpos en el universo.

Su ley se mantiene pobre,
prefieren la mugre, la bolsa de papel,
rechazan el objeto invaluable,
pueden quebrar algún recuerdo del pasado
sin remordimiento, la joya más valiosa
hecha añicos al entrar a casa
y nada importa, porque nada puede hacerme olvidar
que cuando los encontré en la calle
con la oreja herida, el hocico sucio
y en una caja de zapatos,
que cuando me encontré

con estos dioses abandonados en la calle
y los cargué por primera vez,
se quedaron dormidos en mi pecho.

Ellos me eligieron
para abrirme como a una nuez
al camino de iniciación
de un hermetismo sobre el amor
que ni Bastet sino sólo ellos,
aquí mismo,
tendidos en mi sala bajo el sol,
pueden enseñarme.



Rocío Englander, Sin título V, 2025. Fotografía de Fabián Cañas. Cortesía de la artista y Moria Galería.

No todos los gatos son pardos: historias felinas

Selección de Claudina Domingo, Laura Ímaz Álvarez Icaza y Elizabeth Zúñiga Sandoval



Brünnhilde, 1936. Fotografía de Adolph E. Weidhaas. Library of Congress ©.

Para este *dossier*, convocamos a la comunidad lectora de esta Revista a contribuir con sus experiencias en torno a la razón detrás del peculiar nombre de sus gatos. La convocatoria tuvo una respuesta insólita: más de doscientas personas nos hicieron llegar anécdotas y fotos de sus compañeros felinos. Sin embargo, nuestro número de páginas nos obligó a hacer elecciones difíciles. En la selección se consideró, sobre todo, crear un coro con los tonos más variados posibles: hay relatos tristes, cómicos y científicos; muchos involucran a familias en-

teras, pero otros tienen como coprotagonista a una persona que vive sola e, incluso, algunos tutores recibieron a su gato como legado. Nos percatamos de dos rasgos comunes: por un lado, prácticamente todos estos compañeros de vida son adoptados y, por otro, hubo una gran proporción de ejemplares negros, lo que nos llevó a sospechar que muchas de las personas que empatizaron con estos animales (en su mayoría, callejeros o abandonados) se conmovieron también ante el desamparo provisto por su estigma y decidieron acoger a estas criaturas más luminosas que lo que indica su pelaje.

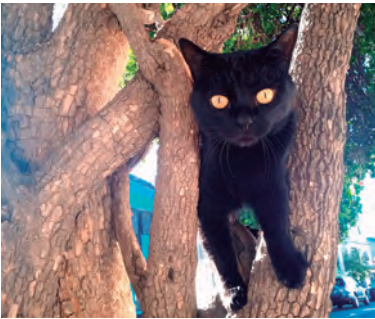
JM Ryu Luna y Lula Fiona Rayita Ramona Kamikaze Starets Kato Goyo Schrödinger
Aluxe Pan Bellakosa Xiao Mi Malvina Warburg Banjo y Kazooie Cacio y
Pepe Tita Keffir Luna Nimo Pánfilo Link Facebook "Feis" Estanislao
Zieliński Churruaiz James y Jones Lord Byron y Ada Byron Jueves Chancilita
Rómulo y Remo (Minerva y Ramona) Mara Mistontli Romualda Federica Segunda y
Torcuato Horacio Amundsen Bridion William Edgar Alan Prr Picky Bokshil
Nicolai Nusa Solferina Catemaco Relmü Tamao Xue Maus Phillipus
Aureolus Bolbastus Von Hoenheim LeChat "Tefito" Odiseo Dr. Malito Arenita
Gato Günther "Lupito" Omar Sor Chavela Vargas de Cárdenas y Castro Romo
Melquiades Tzina Zirahuén Frijol y Zapote Señora Ahuehuete Phoenix
Bolañiano Gatusso Winston Churchill Bolaños Salamanca Tomoe Tinaco Huesitos
Xander Alfonso Moshi moshi Nahuala Martirio y Cosima Piovasco di Rondó
Cardamomo Palinuro Moho Coyote Doctor Fellineli Estroncio Xóchitl María
del Espectro de Nuestra Señora del Horizonte de Sucesos Chacón Charles Máxima
Gatsby Gato Moño Keka Kaito Tlaui PepiNo Puchini Atila Madeline y
Brigitte Mandarina Mishima Harry Mingus CAT Krebs Calíope Chicalista
Turboster José Ramírez Gorda Joaquín "el Gordo" Murrieta Sjuttiosju Venus y
Macuitemetl Júpiter Yiyi Nirvana Inso Bao Bátximo Séptimo Mendiguillo
Vietnam L'aGatha Christie Ratzinger B7 Momo Kao Aristóteles Uchepo
Eärendil "Erin" Chúri Brichina NandaMar Benigna Año Nuevo Plutón Cometa
Minus Corni Gusi Lutecio Meguie Te quiero mucho "Tecu" Tenshi Biti y
Cubi Avenita Bebé Berenice Máximo Décimo Meridio Futuro Api Dr. Travis
Tangamandapio Yunis Calaf Ferdinando Guevara de la Sota Pancho Mochi Leica
Federica Rechinidos Mithrandir y Melian Pambazo Piaupi Matateno Guapapanza
Stella Sor Juana Inés de la Cruz Kaida Severina Artist Mavis Lúthien y
Totoro Cheeto Poff Bodega Cat ó Licenciado Simón Crisantemoon Tache Seri
y Maho Güerita Milo y Mimi Manchas Bartok Preciosa, Yunyún y Abril Vainilla,
Schmuking y Sabrina Menona "Cuco" Artemis y Candy Benito Mani y Luna
Penelopo Gusiberto Tula Purrúa Prolegómeno Viridiana Branquinho Errázuriz
Cebolla Cucha Zombi Goku Michael Jackson Cornell-io y Cornell-ia Marta
Lamas Cara Paquito Amoroso Tlacoyo Ágatha Michi Matisha y Mictla Luvina
Cordelia Charrascas Ton Clementino Daniel Enrique Timothee Chalamet Mario
Quino Waldo Gatica de los Ríos Polux y Castor Qi San Maximiliano Kolbe Quilpo
Lezama Tatanka Marosa Kisinaa Gurrumina Irekani Langston Escándala
Kuti Puti ACDC Azafrán Quizi Churrumiau Ganimides Couru Talita
Cretino Refucilo Malco Bolillo Freda y Gorgi Don Cosme Don Jovito Gaty
Mini Nagato Balam Kirikú Herodes Monsi Miauuus Calixto Malandro Kanya
Niki Frido Guli Merli Necahual Phoebe Buffay Globita Hendrix, Lola,
Bowie, Vika, Mercury y Bruno Luis Choripan Aperol Julián de Jesús Benjamin
Tortellini Pascal Horacio Facundo Quiroga Titan Mercurio Nimesulida
Kateroloco Xena Cálcifer Prudencio Merryflower Margulis Dalmacio Obama
Trotsky Morgan Safo Rogelio Dubai WestCoast Ronnie Pringa Gordolfo G
Coppelia Chewbacca Tonatzin D. Tiramisú Mattea Caju Kirikú Merli Mel
Lewis manchadito Aparicia primera Claudio Borola Mivido Lucio Blanco
Capuchino Tito fito Zaza Zudy Moebius Lic. Amadeo Gordillo Bruja
Rosita Alvirez Plica Milagrito Wenseslao Chilinski Gaty Hattori Carmina
Caju Yoshimi María Corita Mechado María Antonieta Magia André Bretón



ELIOT (2007-2026)

Herido de gravedad, un gatito salió del terreno cercano a nuestra casa. Al salvarse lo nombramos de la forma precisa para quien atraviesa una tierra baldía. Indiferente a la arrogancia de su nombre, creció feliz rodeado por mis hijos. Después ya no supimos detener a la muerte. No veré más el fulgor de su belleza elástica, pero sé que nos cuida en su breve jardín, junto a una placa con un verso de Eliot, el otro Eliot, el primero de todos: “En mi fin está mi principio”.

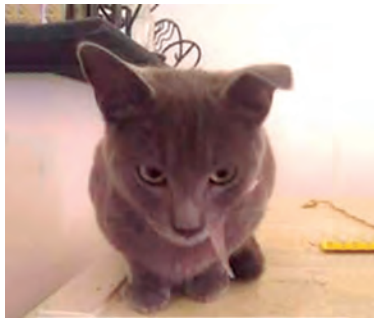
Malva Flores



SOR CHAVELA VARGAS DE CÁRDENAS Y CASTRO ROMO

Mi gata se llama así porque estoy segura de que es igual de lesbiana que su mexicana madre. Sores por Sor Juana Inés de la Cruz; Chavela Vargas, claro, por la icónica cantante; Cárdenas, por Nancy Cárdenas, la escritora y madre del movimiento LGBTIQ+ en México; Castro, por la actriz y conductora Verónica Castro (haciendo alusión a su estrecha, pero muy estrecha amistad con Ana Gabriel); y Romo, porque todas queríamos ser la secretaria de Daniela Romo. Llegó un día que yo iba de salida al trabajo, abrí la puerta de la calle y ahí estaba. La vi y ella me miró con esos ojos que a veces son de “gata bajo la lluvia” y otras de “una gatita que le gusta el mambo”. Ella, tan diva, tan potra, tan caballota, arrojó un “meow”. Le contesté: “Pásale, pues”. Y desde ese día, entre el *yin* y el *yang*, entre su apego evitativo y mi apego ansioso, convergemos las dos jochis en el mismo departamento porque, como dijo la Chavela: “Yo no estudié para lesbiana, yo nací así, mis dioses me hicieron así. Para mí es un orgullo llevar el nombre de lesbiana”.

Sarahi Geraldinne Gómez Martínez



DR. MALITO

Inicialmente fue contratado en un taller mecánico donde cazaba ratones, aunque pronto quedó claro que su verdadera vocación era el sabotaje humano, pues se especializaba en emboscar tobillos con precisión quirúrgica. Una noche de tormenta llegó a nuestra puerta empapado y tembloroso. Al cruzar el umbral, ignoró mantas, cojines y camas acolchadas para elegir, como lugar de descanso, los uniformes médicos y las batas blancas perfectamente dobladas.

Esa extraña fijación terminó por definir su identidad. No era un simple gato callejero, sino un profesional de la salud mentalmente inestable. Así nació el nombre Dr. Malito: “Dr.” por su gusto refinado por la indumentaria clínica y “Malito” por esa expresión que sugiere que podría recetar un arañazo sin anestesia. Hoy ha colgado los guantes de combate y patrulla tranquilamente la casa hasta encontrar su lugar sagrado sobre los uniformes.

Laura Chinas



DOCTOR FELLINELI

Mi gatito se llamaba Circe cuando llegó y era hembra. Después descubrimos que nanaís, que era macho, justo en el momento de la esterilización, así que le cambiamos el nombre a Doctor (como el gato de Alexandre Dumas, Le Docteur), pero además, como lo castraron, le añadimos Fellineli (de Fellini), pero también en alusión a Farinelli, el cantante castrato. Y así es como Circe ahora se llama Doctor Fellineli.

Erika Rivadeneyra



UCHEPO

En Pátzcuaro es común comer uchepos, los tradicionales tamales de elote tierno, dulces o salados, que se sirven con crema, salsa verde y queso fresco.

Uchepo también es el nombre de mi gato *tuxedo* de casi nueve años, nacido en la Semana Santa de 2017. Llegó a mi vida para ser envuelto no en hojas de maíz, sino en brazos llenos de cuidado y cariño. Lo nombré así porque es esponjoso, dulce y suavevito. Para mí, no sólo es un felino, también es memoria, origen y afecto, y una palabra purépecha que todos los días me recuerda a mi hogar.

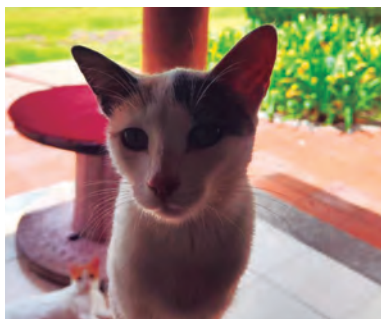
Tzitziki González



SEÑORA

Fue arrojada sin más a la entrada de la casa, en un viejo saco de azúcar atado con un cable. La acompañaban sus cinco pequeñas hijas: Kali, Celeste, Naíma, Selva y Nínive. Cuando mi madre la vio, conmovida hasta las lágrimas, dijo: “Es una señora con hijitos”. Nos quedamos con toda la familia y, sin siquiera pensarlo, empezamos a llamarla “Señora”. Es una gata cariñosa, inquieta y ha demostrado ser la mejor madre del mundo, no sólo con sus hijas biológicas, sino con una retahíla de huérfanos entre los que se encuentran gatitos lactantes, perros agorafóbicos y hasta Macario el tla-cuache, al que acogió lesionado y aterro-rizado una noche de mucha lluvia. Hoy, Señora goza de un sitio privilegiado en casa, y en esa calidad de reina que ostenta, se sienta todas las noches junto a mi madre a ver series policíacas acompañadas de leche tibia y conchas de vainilla.

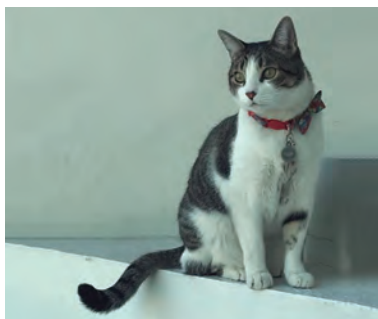
Perla Briyite Chávez Palacios



KAMIKAZE

Es hijo de una gata callejera y el más pequeño de seis hermanos. De cachorro le gustaba vagar por el jardín y explorar todos los rincones de la casa hasta que una mañana, antes de irme a trabajar, no lo encontré por ningún lado. Entonces volteé a mirar la jaula de los perros —tengo tres: un gran danés y dos eléctricos, o, como dicen por ahí, corrientes— y ahí estaba mi gato que, invadido por la inocencia o enceguecido por la valentía, intentó convivir con ellos como si fueran sus hermanos. Éstos le triplicaban el tamaño y lo comenzaron a oler. No conforme con ello, el gran danés abrió las fauces y lo tomó por el lomo. En un arranque de miedo o, como dice mi madre, de instinto maternal, corrí a la jaula saltando la valla como un atleta y le arrebaté al perro el cuerpo babeado de mi gato. Por suerte, salió ileso. Desde entonces lo llamé Kamikaze, un gato que me recuerda que, a veces, hay que lanzarse a la vida con nuestra intuición. Ese día Kamikaze aprendió una lección, pero soy yo el que la practica.

Mitchel López Granados



CALAF FERDINANDO

Se hizo merecedor de sus nombres debido a dos particulares aficiones. Cuando lo conocí, era un joven gato sin dueño. Un día saltó la puerta del patio. No sé cómo se dio cuenta de la presencia de MiBi, mi hermosa siamesa punto chocolate que, para entonces, estaba muy enferma. Durante varias mañanas se plantó frente a ella, en el ventanal de la sala, para cantarle durante largos minutos. Después de negociar su adopción —a todo contestó con entonados “miaus”—, supe que se trataba de un príncipe cantor. Es por ello que se llama Calaf, igual que el protagonista de la ópera Turandot. Poco después, descubrimos que Calaf es asiduo admirador de las flores, sobre todo de las lavandas y de las rosas. Al llegar mi esposo del trabajo, suele correr a toda velocidad de la puerta del patio que rodea la casa al cuarto de lavado para atravesar la cocina, la sala y el comedor. Pero al cruzar el umbral de la puerta de la entrada, olvida el impulso original y se detiene en seco para oler las flores. Igual que Ferdinando, el manso toro de lidia del cuento de Munro Leaf, se embelesa con el aroma. La combinación de los dos apelativos puede sonar impactante; pero, maravíllense con el nombre completo: Calaf Ferdinando Guevara de la Sota.

Alejandra López Guevara



INSO

Cuando terminó la contingencia y regresé a la oficina, concluí que Corunda, mi gata, estaba muy sola; una tarde la encontré jugando con el cráneo de una vaca —un recuerdo michoacano— y decidí que necesitaba compañía con vida propia. A los pocos días, llegó a casa una bolita de pelo blanco con ojos azules. Desde el inicio, Inso se distinguió por desconocer los principios más elementales de la convivencia felina: territorialidad, respeto al plato de croquetas ajeno y, sobre todo, la sana costumbre de no pederrearse por toda la casa. Aunque Corunda intentó ponerlo en su lugar a base de bufidos y arañazos, el pequeño Inso no sólo no se amedrentó, sino que parecía disfrutar del peligro. Para entonces aún no sabía qué nombre ponerle. Barajé dos opciones: Sombra, porque me parecía genial llamar así a un gato blanco, y Felini (sin comentarios, la vergüenza persiste). Una mañana, mientras retiraba del arenero unas cacas de mamut de ya saben quién, escuché en la radio que Chente, *el charro de Huentitán*, había pasado a mejor vida. Entonces tuve una epifanía. Tomé al gato y le dije: “Güey, eres Inso... lente Fernández”.

Leonardo Martínez Salgado



CAT (KREBS)

Mi gato se llama Ciclo de los Ácidos Tri-carboxílicos, CAT, pero de cariño le decimos “Krebs”. Le pusimos así porque tenía mucha energía y comía mucho (el ciclo de Krebs es el encargado de eso). Además, cuando se pone a dar vueltas como loco, podemos ver “el ciclo” de Krebs. Quiero mencionar que CAT es más grande que un perro *Schnauzer*.

Dan Yuna Urueta



WARBURG

Lo conocí una tarde en una veterinaria de Santa María la Ribera. Me agradó su actitud hierática, su nobleza. En aquel entonces yo vivía obsesionado con el trabajo del historiador Aby Warburg y, cuando observé que mi minino se sentía muy a gusto entre los libros que iban llegando a casa —los observaba y olisqueaba—, no lo pensé más.

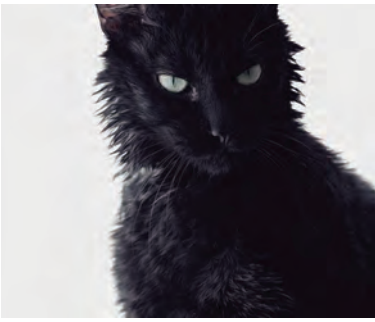
Arturo Ávila Cano



MARTIRIO Y COSIMA

Martirio (blanca) se llama así en honor a la obra teatral de Federico García Lorca, *La casa de Bernarda Alba*. En este caso, nombre no fue destino, porque Martirio es un amor y ha hecho mi vida más agradable. No es el caso de Cosima Piovasco di Rondó (gris), nombrada así por *El barón rampante* de Italo Calvino, de cuyo personaje homónimo heredó el placer por la aventura y la pasión por subir a las alturas.

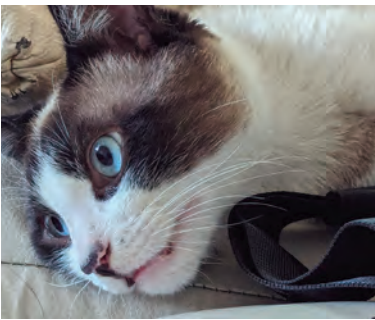
José Luis Rangel



RATZINGER B7

En enero de 2007 volvimos a casa con un gato llamado Gary, como el caracol de Bob Esponja; pero su nombre era demasiado ligero para un felino cuyo carácter parecía pedir algo distinto: necesitaba uno con personalidad y fuerza, pues se trataba de un espécimen grande, de aproximadamente siete kilos, pelaje negro brillante, de un año, con una mirada intensa y un temperamento fuerte, atrevido, casi desafiante. Por eso lo llamamos Ratzinger B7; la B, además, es por el apellido de la familia y el 7 porque es mi número de la suerte. Ratzi fue nuestro compañero durante diecisiete años. Hoy, aunque vive con nosotros un gato llamado Sr. Oscuro, su memoria aún habita la casa.

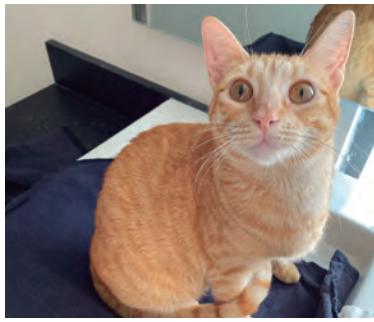
Carmina Montiel



FUTURO

Te encontramos Emilio y yo una tarde, caminando a casa después de haber comprado helados. Viniste tan manso, noble y tierno que no hubo otra opción que llevarte con nosotros. Algún parentesco debiste guardar con el general/presidente Obregón —tenías amputada la pata delantera derecha—. Ahora, Futuro, eres restos. Un pelito blanco en la chamarra que usabas para acostarte mientras yo leía; una pausa en la consola donde ya no hay una cabecita que acariciar. Recibir esa llamada y tratar de digerir que te habías terminado es una contradicción que sigo sin saber nombrar. Tener a mi lado hacía que todo se sintiera fácil. Porque mientras te sostuviera entre mis manos, sentía que nada malo podía pasar.

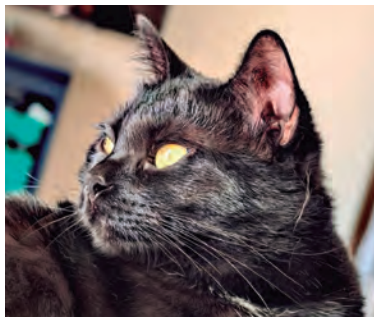
Mateo Sánchez Mejía



SOLFERINA

En un intento por convencer a mi entonces novio (ahora ex) de adoptar una gatita, lo hice partícipe de la elección del nombre para aquella flaquita tímida de rayas naranjas y amarillas. Salieron los más obvios y comunes (estaba pagando caro mi idea de hacer consenso). Semanas antes nos habíamos comprometido en un pueblito maya llamado Solferino, así que después de forzar un par de pistas, Solferina fue el nombre elegido (¡perfecto!). Al final, el novio se fue, el compromiso se disolvió y la boda nunca sucedió, pero Solferina se quedó a llenarme el corazón.

Ana Laura



MARA

En la cultura budista, Mara es un demonio que tentó a Siddharta Gautama, mejor conocido como Buda, bajo el árbol Bodhi, antes de su iluminación. Esa filosofía recomienda que a los animales se les dé un nombre que tenga relación con el Dharma, esto es, las enseñanzas de Buda para superar el sufrimiento, con la creencia de que, al escucharlo, sembrarán semillas positivas en su mente y se establecerán huellas kármicas favorables para sus siguientes renacimientos.

Para mí el nombre de Mara representa la posibilidad que tenemos todos de dominar las emociones, los obstáculos y los aspectos negativos que surgen día a día, y es el recordatorio de que podemos superarlos para alcanzar un estado de nirvana, la liberación del sufrimiento y del ciclo de renacimientos. Asimismo, es un deseo para que mi gatita Mara, de color negro y con un año y medio de edad, tenga un cuerpo humano y pueda lograr la iluminación en su siguiente vida.

Yesenia Hernández García



BRIDION

Cuando lo adopté, yo era residente de anestesiología y vivía agobiado por la carga de trabajo del hospital. Uno de los medicamentos que utilizamos en quirófano, el sugammadex, se llama Bridion cuando es de patente.

El pelaje de mi gato —blanco con parchecitos anaranjados— tiene los mismos colores que la etiqueta del medicamento. Pero Bridion no sólo comparte patrones con la medicina, también representa lo que ese nombre significa para mí: control, calma después del caos, el momento en que todo vuelve a su lugar.

Hoy, cada vez que digo su nombre, ya no pienso únicamente en farmacología, sino en bigotes, ronroneos y compañía.

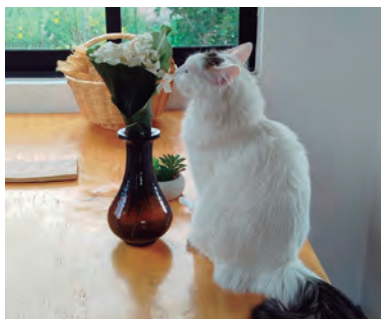
Jorge Cabrera



ROMUALDA Y TORCUATO

Nuestros gatos son hermanos y siempre han estado juntos. La blanquinegra se llama Romualda Federica Segunda y el negriblanco, Torcuato Horacio Amundsen. Recién llegados a la casa, no sabíamos cómo ponerles, así que probamos muchos pares de nombres. Al final, Romualda y Torcuato nos dieron risa y ternura. Federica es el nombre de la primera gatita que tuvo Raquel y Segunda viene de que sus manchas son igualitas a las de Primo, otro gato que vivió con nosotros. En cuanto a Horacio, éste es el nombre de un personaje mío que es viajero y explorador, al igual que Roald Amundsen, porque el gatito siempre ha sido curioso y se mete en todo. (Para abreviar, les decimos Romy y Chacho: no les molesta y de todos modos no hacen caso.)

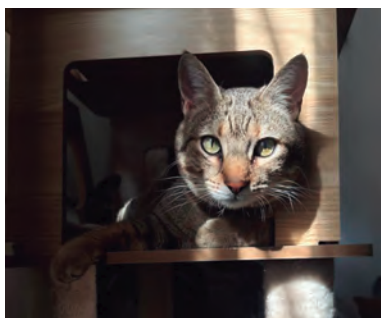
Alberto Chimal



NAHUALA

Nunca habíamos vivido con gatos. Nahuala llegó con la cabeza rota a la casa de la infancia de David. Una vez me quedé dormida en el sillón y descubrí a una criaturita blanca subiéndose a mi cuello para acurrucarse; decidí adoptarla. Todos los días se miraba en el espejo durante algunos minutos; si nota que la observo, me mira a través del reflejo. Cuando me baño, se queda viendo las gotas de agua que caen al piso, fija la mirada hasta que termina la lluvia. Estoy segura de que Nahuala es gente y que anda por ahí pensando en lo absurdo e insensato de su elección.

Berenice Orozco



VIETNAM

Estoy sola y triste hasta que llegan Nat y Luis. Vamos a Bacal. El mesero, turbo-guapo, nos trae una ronda de sotol cortesía de otra mesa. A la tercera ronda, lo invito. Después de un soliloquio pregunta: “¿Han ido a Vietnam?”. Después de una semana me manda unos versos. Le respondo: “¡NADIE NUNCA HA IDO A VIETNAM!”.

Pasan meses y aterrizo en Culiacán. Me hospedo donde vivió Maradona. Estoy en el bar con un amigo cuando un hombre asiático, escoltado por dos bigotones, nos dice: “Sorry, this is my table”. Nos levantamos, pero él tiene mil preguntas. Lo interpeleo: “But why Culiacán?”; “It reminds me of my hometown in Vietnam”. Mi amigo se conmueve; los escoltas, también. Ajá: soy la única en la mesa que no ha ido. Estoy con un capo vietnamita del MDMA, en el hotel de Maradona.

Horas después amanezco en un mirador con unos culichis random. Con el sol, aparece un gato bebé. Me mira, maúlla. Yo lloro. No puedo dejarlo ahí.

Alessandra Abate

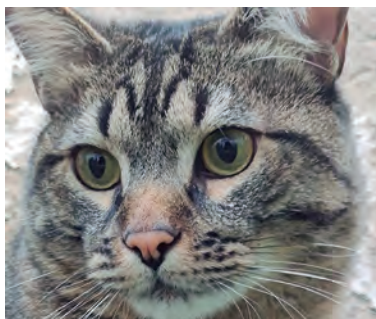


FIONA RAYITA RAMONA

Es una gatita calico. Al tener tres colores, merecía tres nombres.

El día que la llevamos por primera vez al veterinario se hizo pipí. De ahí, Fiona, “de miona”. Rayita es un guiño a la película Gremlins. Además de estar un poco loquita y morder mucho, como el villano de la historia, tiene una rayita blanca en la nariz que la hace inconfundible. Ramona hace referencia al segundo nombre del gobernador de mi estado (Hidalgo), ya que Fiona Rayita Ramona fue abandonada y rescatada detrás del Teatro Hidalgo Bartolomé de Medina, en Pachuca, justo donde se encuentra el edificio del poder ejecutivo. Casi siempre la llamamos Rayita o Rayi (o Pinshesha), Fiona queda reservada para el veterinario y Ramona aparece cuando hace travesuras.

Yolitzi



PIAUPÍ MATATENO GUAPAPANZA

Es un gato muy hermoso, cariñoso y tímido. Le puse Piaupí para que tuviera un nombre único, que no fuera para humanos; también porque me sonó muy, muy, muy original. Matateno es porque le gusta cazar insectos y algunos de sus favoritos tienen antenas: mariposas, hormigas, libélulas, grillos y abejas. Matateno me sonó a “mata antenas”; además, tiene una “M” en la frente. Guapapanza es porque su pancita es suave, hermosa, calientita y rayadita; con ella comparte amor dejando que lo acaricies. Todos sus nombres fueron espontáneos y puestos con cariño porque lo queremos mucho y es parte de nuestro corazón.

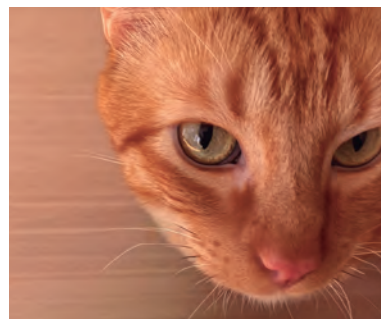
Julieta (8 años) y su mamá Mayte



AHUEHUETE

A Lupe no le gustaban los gatos, hasta que conoció a Ahuehuete. Lupe era mi mejor amiga; Ahuehuete, mi adorado gato; y yo estaba a punto de irme a vivir fuera de México. Lupe tenía ratones en su casa y este inesperado obsequio significaba la solución a su problema. Lo que ella no sabía es que él no estaba por la labor de cazar ni siquiera una mosca. Ahuehuete se llama así porque lo encontré bajo la sombra de un majestuoso sabino de Chapultepec. Fue una casualidad que pasara por ahí cuando un gatito de pelambre jaspeado y enormes ojos verdes salió a mi paso. No había rastro de su madre ni hermanos. Una chica que pasó a mi lado dijo: “Si no te lo llevas, se lo comerán las ratas; es muy pequeño”. Lupe y Ahue fueron entablando una frágil y conveniente amistad que se iba sellando mediante algún que otro rasguño, una eventual mordida y, desde luego, un cada vez más frecuente ronroneo. Ella vivía para “darle gusto”: le compraba comida *gourmet*, juguetes que jamás usaba y premios que lo iban poniendo cada vez más gordo. Ahue sólo hacía la siesta si estaba puesto el *Disney Channel*. Únicamente bebía agua Vichy. No me dio buena espina. La última vez que llamé a casa de Lupe, contestó una voz que decía: “¿Miau?”.

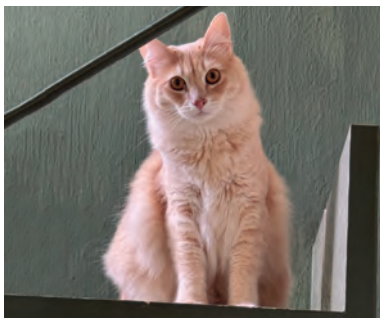
Laura Martínez



XUE

Lo adoptamos en Colombia; era de un señor de origen muisca. El abuelo le puso Xue, como una deidad central de la cosmovisión de esta población indígena: el dios del sol, asociado con la luz, el orden, la autoridad y el poder.

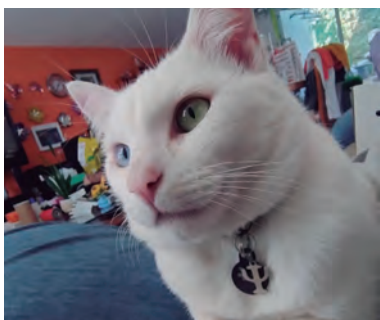
Ana Monroy



ATILA

Atila acaba de cumplir dos años en febrero y lleva la penitencia en su nombre. A los pocos días de su llegada a la casa destacó como explorador y hábil cazador, además de ser voluntarioso y mostrar una gran seguridad al darse a conocer con los demás gatos —desafió a Ruffles, el líder de la manada—; aunque también es cariñoso y carismático. Sus actitudes y carácter me recordaron al rey huno, conocido como “aquél que nació para sacudir imperios”. Así llegó Atila, cambiando la estructura de la manada y sacándonos de nuestra zona de confort, bárbaro y empecinado como él solo.

Ana Carolina Buenrostro



SCHRÖDINGER

Mi gato Schrödinger es la encarnación de la paradoja cuántica expuesta por el famoso experimento mental de Erwin Schrödinger, pues tiene heterocromía: un ojo es azul y el otro verde. En mecánica cuántica, una partícula puede existir en varios estados a la vez hasta que la función de onda colapsa. Mi gato, con sus iris de color distinto, parece habitar esa frontera donde la realidad aún no se ha decidido por una sola opción.

Mientras que el gato del experimento está vivo y muerto al mismo tiempo dentro de su caja, el mío está en una superposición de azul y verde. Cada vez que me mira, me recuerda que la realidad es mucho más fascinante de lo que percibimos a simple vista.

Dr. José Arturo Alcántara Rodríguez

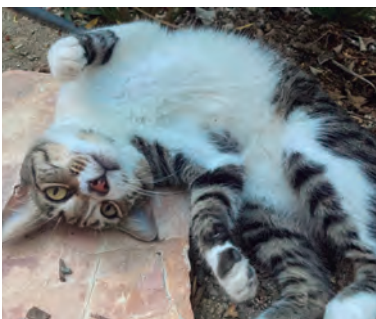


KAITO

Ponerle nombre a un gato es un acto de responsabilidad narrativa. El mío se llama Kaito. De cariño Kai. A Kaito lo abandonaron cuando era bebé. Lo encontré en la universidad: diminuto, naranja y con una dignidad desproporcionada para su tamaño. Tal vez por eso, o por alguna lealtad simbólica, siempre he pensado que es puma. Hoy tiene dieciséis años. Elegí su nombre por su origen japonés y por sus significados posibles: “mar que vuela”, “océano que se eleva”, “líder del mar”, “ladrón fantasma”. Tiene una disciplina personal muy clara: dormir, observar, decidir. Se coloca frente a la ventana como si estuviera a cargo del horizonte y mira el mundo con una paciencia que yo no tengo. De pronto corre por el pasillo con urgencia, como si hubiera cometido un error moral y necesitara huir de él.

Su afecto es breve y exacto. Lo nombré Kaito porque, aun siendo rescatado, nunca se ha parecido a un animal doméstico. Con él aprendí que quedarse también puede ser una forma de volar. Y que algunos pumas prefieren vivir en una casa.

Luisa Fernanda Nivón Ramírez



ARENITA

“Arenita, porque vive cerca del mar”, así te bautizó mi hermana. Arenita, suave cuando brincas a mi regazo y te quedas dormida; suave cuando me pides que te acaricie la cabecita. Arenita, indomable, porque persistes en salir, explorar y, al cabo de un rato, llegas con el pelaje lleno de maleza o toda “empanizada” de tierra. Arenita, tersa y agreste como el paisaje que te nombra.

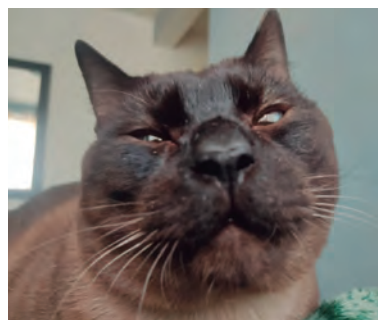
Lourdes Alonso



SOR JUANO INÉS DE LA CRUZ

Lo encontré ya adulto, corriendo por una avenida mientras yo iba camino al trabajo. Los vecinos me dijeron que al principio tenía collar porque alguien lo abandonó en un edificio con otros gatos ferales. Decidí llevarlo a casa para esterilizarlo y buscarle hogar, pero nos encariñamos demasiado. A Sor Juano le gusta leer conmigo, acurrucarse mientras hojeo un libro. Lo nombré de esa manera porque pasó de la calle al claustro. Antes era Juano de Asbaje, pero ahora que lleva una vida intelectual es Sor Juano Inés de la Cruz. A pesar de ser un nombre largo, responde a él.

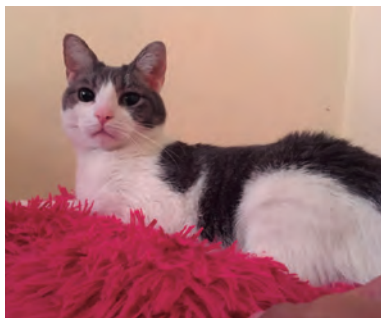
Itandehui Tapia Colunga



DOCTOR TRAVIS

Es un gato siamés, bonachón y de mirada indisciplinada. Sus ojos, cada uno con vocación propia, fueron el origen de todo: estrabismo convertido en nombre; “Travis”, para que sonara más artístico y menos a expediente médico. Al principio fue el Sr. Travis, correcto, educado, de bigotes respetables, pero bastó observarlo con atención —y escuchar a una querida amiga, sabia en asuntos de palabras— para entender que no era cualquier gato. Su calma, su dignidad natural y su forma solemne de dormir largas horas exigían un título mayor. Así fue ascendido, sin objeciones, a Doctor. No receta pastillas, pero prescribe siestas. No toma el pulso, pero acompaña. Atiende desde el sillón, la cama o cualquier rayo de sol disponible, y cobra únicamente en croquetas.

Berenice Romero



COLUDA MECHE LUNA

Primero la llamé Luna, porque me acompañaba a todas partes durante las noches; en silencio y con aros luminosos. Durante el día, miraba por la ventana a los vecinos, los autos, los perros, las aves y las plantas; y cuando volvía a mí, veía los chismes en sus ojos verdes. Supe entonces que su nombre era Meche. Pero cuando su mirada juzgaba mis chismes, alargaba su nombre en regaño, en venganza: Mercedes.

También la llamé Lluvia, pues sus maullidos me daban vida a cuentagotas. Y fue Gato Ceniciento, porque su pelambre era más brillante que la ceniza en un brasero ardiente. Mi abuelo le puso Coluda porque caminaba con la cola en alto; mi mamá y mi hermana le decían Gatillo porque así les gustó; y mi abuelita le decía Nieta, por ser tan libre y dormilona.

Conformé le llegó la edad, se fue quedando sin nombres. No más vistas a la ventana, ni cantos de agua. No más cenizas en su lomo, ni fuego para levantar la cola. No más cacerías en la noche, ni un lecho placentero. La enfermedad la despojó de sus cien nombres y respondió sólo a Luna; en las noches siempre la vemos brillar.

Uriel Velázquez Bañuelos



LORD BYRON

Desde que lo conocimos, tenía una agustocidad abrumadora, con su pelaje blanco y negro, una mirada que mostraba desdén a todos, pero también de poeta romántico del siglo XIX; de hecho, únicamente le faltaba el turbante para parecerse a Lord Byron, de ahí su nombre.

Vladimira Palma



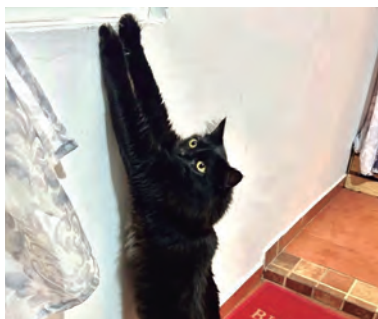
ALFONSO

Hace diez años, recién titulado de la maestría con una tesis sobre el proceso editorial de Alfonso Reyes en sus *Obras Completas*, empecé a imaginar la posibilidad de adoptar un perro o un gato que se llamaría Alfonso.

Una tarde, una amiga compartió en Facebook una foto de una mirruña naranja con cara de espanto: lo habían rescatado de una de las alcantarillas de tormenta de El Colegio de México (fundado por Reyes y otros compañeros suyos), a unos metros de la estatua del gran literato. El tabby rojo estaba teniendo una pésima noche, lleno de gusanos en la panza y con una patita lastimada por la caída en la alcantarilla de poco más de metro y medio. Apenas fue dado de alta, llegó a la casa.

Siento que Alfonso nos mira con la curiosidad con la que Reyes veía a sus perros: amor; aunque también con todas las dudas de que seamos remotamente inteligentes y un poco de rencor por no dejarlo comer de nuestros platos.

Danielle Cruz



TE QUIERO MUCHO "TECU"

Adopté a la Tecu un 29 de febrero, necesitaba conocerla más y entender su carácter para nombrarla. Unos días después me enfermé terriblemente, no podía moverme —¿qué hice? ¿Cómo se me ocurrió adoptarla si ni siquiera puedo cuidarme a mí misma? Olas de dudas me recorrían—. Junto a mí: la calma. Mi gatita de dos meses dormía junto a mí. Sólo le podía repetir: "Te quiero mucho, te quiero mucho".

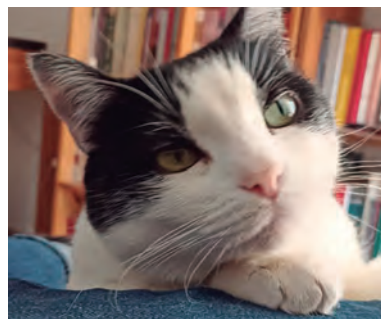
Samantha Mayer



CACIO Y PEPE

Cacio e pepe es una pasta que se compone de dos ingredientes: queso y pimienta. El *caciocavallo* es un queso de pasta hilada (como el quesillo) que se cura colgado, dándole forma de bola. Mi pareja y yo adoptamos dos gatos que sólo conocíamos por fotos. Al que llamamos Cacio había vivido con una familia que lo dio en adopción porque la hija más chica le rompió la cadera jugando con él. Pepe había vivido con sus hermanitos en una jaula para pájaros; era una bolita negra de pelos con dos ojitos, similar a los Susuwatari —los hollines errantes— de *El Viaje de Chihiro*. Pensamos en miles de nombres, pero ninguno parecía que fuera con ellos. Al que finalmente se le ocurrió fue a un amigo, que solamente nos mandó un mensaje que decía "Cacio y Pepe". Y aunque mi pareja no tenía por qué sufrir de la pretensión heredada por mi ascendencia italiana, los nombres iban de la mano y quedaban con sus personalidades: su similitud con una bolita de queso y una de pimienta era innegable.

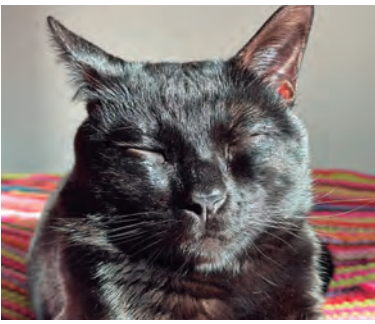
Antonella Parolini Arroyo



MALVINA

Cuando mi hermano y su esposa la adoptaron, la alergia de ésta hizo la estadía de la felina algo indeterminado. Era su gata, pero en cualquier momento dejaría de serlo. Entonces, las islas Malvinas sirvieron como inspiración. Un territorio en disputa; una gatita en disputa. Ahora que es mi compañera no hay indeterminación; pertenece a este hogar, a este regazo. Ya sólo hay ronroneos y caricias.

Danush Montañón



MOHO

Después de un rescate de doce horas, en agosto de 2019, el nombre surgió por asociación cuando lo escuché atrapado en un garaje. Pensé: gato negro, garaje, oscuridad, humedad, moho. Este ser con el que conviví —medio salvaje, medio domesticado— se expande por mi vida como un hongo: ocupa mi mente, los huecos de la casa, mis manos y muchas de mis preocupaciones. Su mitad gato, a diferencia de su mitad hongo, ha hecho de la búsqueda del sol su principal ocupación. Tras varios días de lluvia, cuando por fin aparece el sol, Moho entra en estado de meditación. Podría describir cada gesto de su ritual: desde que se da cuenta de que los rayos han entrado a la casa hasta sus cambios de postura para que le alumbren todo el cuerpo. Cuando por fin lo consigue, cierra los ojos y suspira con una profundidad cavernosa, como si al exhalar arrastrara el peso de la historia de todos esos seres que, a diferencia de él, no han tenido la misma suerte y se han quedado a oscuras.

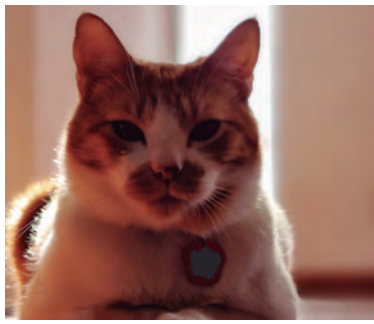
Andrea Traverso



TINACO

Él era el gato de la casa de al lado, pero terminó en la calle. Durante meses, su rutina consistió en observar a mis gatos desde el tinaco del vecino. Un día escuché un chillido que venía de un depósito de agua viejo en mi casa; pensé que era uno de mis michis, pero al acercarme, encontré al pequeño panterita. En cuanto me vio no dudó en salir, listo para adoptarse él mismo. Aunque buscamos nombres elegantes, ninguno le quedaba. Entonces decidimos llamarlo en honor al lugar donde nos espiaba cada mañana y donde lo encontré cuando llegó para quedarse.

Anayeli Sánchez Tapia

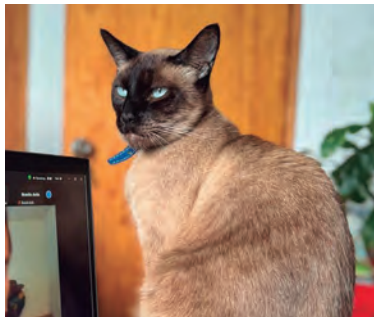


JUEVES

Recuerdo mucho los jueves de mi infancia. Por la tarde, mi mamá y yo esperábamos a papá para estar juntos los tres. La dinámica en mi familia siempre fue complicada y, en ese entonces, mucho de nuestro tiempo se iba en trayectos entre la casa y la escuela o el trabajo, así que las tardes del jueves, aunque sencillas, eran especiales.

Tiempo después me olvidé de esos días y fui tomando el rol de una adulta medianamente funcional. Seguí con mi vida hasta que ésta dejó de serlo y se convirtió en una consecución de eventos sin sentido con el mero objetivo de subsistir. Un día, en mi cumpleaños, me detuve a pensar: “¿qué estoy haciendo?”. Durante meses pensé en el propósito que le daría a mi vida; entonces, entré al sistema de distribución felina. Una amiga mencionó que conocía a alguien que había rescatado un gatito de unos perros, que le estaban buscando hogar... ahí supe que yo sería su hogar y que él, por supuesto, sería mi Jueves.

Brenda de la Cruz Cartagena



FACEBOOK

De cariño “Feis”. Cuando era pequeño, era el menos agraciado de la camada, por lo que lo llamábamos “el Feito”, ya que su pelaje era de un café claro de apariencia deslavada, desordenado y en algunas partes, incluso, parecía medio calvo. Poco a poco se fue suavizando a “Feis”. En una ocasión mi mamá lo regañó y, como buena mamá mexicana, al gritarle lo llamó por su nombre completo: “¡Facebook, bájate de ahí!”. A partir de ese día su nombre, para los controles veterinarios, demás trámites y cuando lo presenta a familiares y amigos, es Facebook. Ah, por cierto, creció y se convirtió en un hermoso gato siamés.

Michelle Volantín

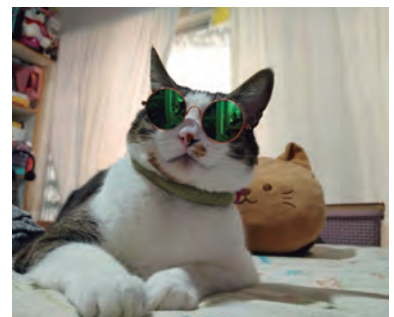


MARÍA DEL ESPECTRO DE NUESTRA SEÑORA DEL HORIZONTE DE SUCESOS CHACÓN CHARLES

Espectro, para quienes la queremos.

Es una gata negra de ojos amarillos que representa la única entidad en el universo capaz de lograr lo imposible: escapar del horizonte de sucesos de un agujero negro. El horizonte de sucesos es esa frontera invisible que rodea a los agujeros negros, el punto de no retorno donde ni siquiera la luz puede salir. Más allá de ese límite, todo es absorbido inexorablemente hacia la singularidad central. Pero Espectro lo hizo. Escapó. Su pelaje negro es el testimonio de su origen, la oscuridad absoluta del pozo gravitatorio del cual emergió contra todas las leyes de la física. Y sus ojos amarillos brillantes son cuásares encapsulados tras su huida, esos núcleos galácticos extremadamente luminosos alimentados por agujeros negros supermasivos que devoran materia y crean discos de acreción resplandecientes. Cada ronroneo suyo es un recordatorio de que hasta las fuerzas más poderosas del cosmos tienen su contraparte: una gata negra de ojos dorados que decidió que las reglas del universo no aplicaban para ella.

Gabriel Charles Cavazos



BÁTXIMO

Mi gato se llamaba Batman, hasta que un día de invierno, para que no se congelara, le puse una cobijita blanca. Cuando toda la familia veía una película, llegó con la cobija en el lomo, caminando con solemnidad de emperador en plena marcha triunfal. Me recordó a Gladiador; nos dio tanta risa que pensé: “este gato merece un nombre nuevo”. Así nació Báltimo.

Sara Gutiérrez

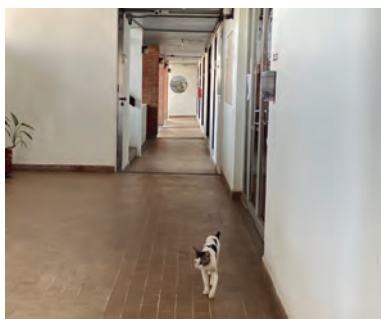


CHANCLITA

Un martes cualquiera, en pleno verano, mientras me preparaba para ir a la Facultad de Arte y Diseño, recibí un mensaje de mi mamá. “¡Mira lo que nos trajo la mañana!”. Era la gata más chistosa, flaca y narizona que había visto en mi vida. La nariz de bola era tan grande que casi le tapaba la mirada. “Qué gatita tan tierna”, pensé en mi malhumor, esperando que mi mamá no se atreviera a adoptar un tercer gato.

El fin de semana llené mi mochila de ropa sucia y salí de mi cuarto en Xochimilco para ir a mi casa en Cuautitlán. “Se llama Chanclita” dijo mi mamá, con gesto serio. “¿Chanclita?”, le pregunté, aguantándome la risa. “¡Sí! Es que, por más que la sacaba, encontraba la forma de volverse a meter y escabullirse por ahí; tanto que, de repente, nada más veía algo café y maltratado por el rabillo del ojo y me volteaba para sacarla, pero luego me daba cuenta de que sólo era la chancla vieja de tu papá... aunque a veces sí era ella.” Chanclita, Chancla, Changuita, Chango-león, chango-mión, Simonk, ¡Tejón! (cuando hace desastre), Cub, Cubsito, Pantufla y hasta La Huarcha Sabrosoña son algunas mutaciones de su nombre.

Andrea Damián



ESTRONCIO

Estroncio (Sr) es un elemento de la tabla periódica de color blanco que se utiliza en la pirotecnia; aquí, hace referencia a lo explosivo y dinámico. En una ocasión salió de casa por tres días. Después de un puente largo, al regresar a la oficina, lo encontré en el área del albergue; cuando escuchó mi voz asomó su cabeza y nos reencontramos. Nunca sabré cómo llegó a la oficina ni lo que sorteó para encontrarme.

Marha Salazar Ulloa



NIMO

Nimo es un gato altivo, elegante y discretamente afectuoso. Antes de ser mi gato, fue de mi casa, una vivienda con patio grande y jardín de plantas salvajes. Un espacio donde vivió una familia de amigos míos. Nimo eligió esa casa y a esa familia como suyas. Simplemente empezó a llegar a dormir ahí. Mis amigos aceptaron a Nimo como su gato: “Ni modo, tenemos un gato. Lo llamaremos Nimo porque, pues, ni modo”.

Un par de años después, mis amigos se fueron a otro país y yo me mudé a esa casa. El gato venía incluido. Y yo pensé: “Ni modo, tengo un gato” y mi familia se volvió su nueva manada.

“Ni modo”, habrá pensado Nimo, “ya tengo una nueva familia”.

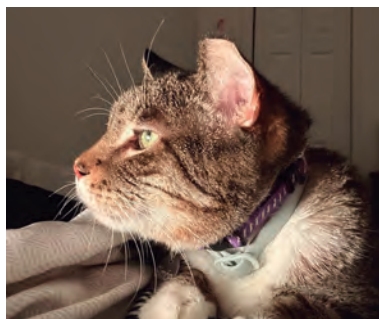
Francesca di Saint Pierre



OMAR

Cuando conocí a Omar, le decían Pixie y era de una señora que vivía y trabajaba en una tortillería. Siempre me gustaron los gatos negros y éste era muy amigable, me podía acercar a verlo sin tocarlo. La señora me lo cedió porque su empleador no la dejaba quedarse con él y ella temía dejarlo en la calle porque la gente es muy mala con los gatos negros. Me lo quedé, lo llevé al veterinario y Pixie resultó macho. Le cambié el nombre a Salem. Se desaparecía entre mis muebles, que son oscuros, y me fue tomando la medida hasta que su chiqueación llegó al límite. Mi mamá, de broma, lo comenzó a llamar Omar, porque en el kínder tenía un amiguito, hijo único y completamente consentido, que le gritaba a su mamá para que bajara a todos los niños del brincolín y poderse subir el solito. Entonces, Salem hizo más caso cuando le decían Omar.

Jimena Cuevas



BODEGA CAT O LICENCIADO SIMÓN

Se llamaba Meow Meow.
Y el gato seguía sin maullar.
Así que gordo, flojo y gris, le pusimos Licenciado Simón.
Simonchi, a veces.
Chimo.

Hasta el día que saltó por una ventana.
Iba y venía por toda la colonia.
“¿Y si no regresa, mamá?”

Descubrimos que tenía otros nombres.
Unos vecinos le pusieron Monty.
Otros Sid, por viajero.

Lo encontrábamos en sus jardines,
bajo los coches.
Y caminando así nomás por la banqueta.
Nunca regresa cuando lo llamamos.
Pero responde a “Simón”.
Voltea, se nos queda viendo, y sigue como si nada.
Si nos ve cerca, corre rápido y salta, con todo y su gran panza.
“Mamá, cuando sea grande yo tampoco voy a volver.”
[...]

El Licenciado Simón ronronea infinitamente igual que ese día cuando los niños supieron antes que yo todo lo que el gato que no maulla nos iba a decir.

Que somos esta persona y ésa también.
Que todos vamos y venimos.
Seguimos al sol.
Y llegamos a casa.

Alexandra Délano Alonso

PATRICIO ROBLES GIL

El real tigre negro de Similipal

Era el quinto día cuando comencé a sentir una sutil presión por parte de Pravat, quien fungía como nuestro traductor al hindi para nuestro guía local, Babul. Su insistencia por lograr el encuentro vino a perturbar mi comunión silenciosa con Similipal, esa vasta reserva donde recientemente había aparecido una versión más oscura del tigre asiático. Pravat me confesó que cada mañana, antes de salir en busca del tigre negro, rezaba durante una hora en la oscuridad al dios Visnú, el preservador y protector

Nebina a contraluz en la Reserva de tigres de Similipal. Todas las fotografías son de Patricio Robles Gil, 2025.





Venado chital.

del universo en el hinduismo; le pedía que se nos concediera el atisvamiento con ese misterioso felino, casi un fantasma.

Mi esposa Patricia y yo, que compartimos la pasión por la naturaleza, hemos realizado seis viajes a la India para ver y fotografiar tigres. Más de veinte encuentros, en distintas reservas, nos han regalado algunos de los instantes más bellos y memorables de nuestras vidas, pero también nos han confrontado con una realidad profundamente preocupante: el acoso del ecoturismo a la fauna más emblemática del planeta.

Hay una imagen que tengo grabada en la memoria —y documentada fotográficamente—: más de cuarenta vehículos rodeaban a un tigre, un anticlimax brutal. Ante esta situación, el gobierno de la India cerró el acceso a los parques donde se avistaban tigres. La presencia masiva de vehículos perturbaba gravemente la vida del depredador, alejaba a

sus presas y reducía su éxito como cazador. Las presas habían aprendido a asociar la concentración de vehículos con la presencia del tigre. Esta controversia duró pocos meses y fue doblegada por la presión de los operadores turísticos.

El primer caso documentado de un tigre negro —una expresión de semime-lanismo, en la que las rayas se ensanchan hasta oscurecer casi por completo el cuerpo, dejando apenas destellos de amarillo y blanco— se registró en la década de 1990. Su existencia quedó confirmada de una forma trágica: un poblador local lo mató en defensa propia y la piel fue la evidencia.

El aislamiento de Similipal respecto a otras reservas es significativo. Rodeada por campos agrícolas y zonas urbanas, la especie carece de intercambio genético con otras poblaciones. Esta condición explica, en parte, la aparición de los tigres oscuros, producto de un cuello de botella genético ocurrido cuando

la población de estos felinos en la India descendió a poco más de 1400 individuos en 2006.

Hoy la cifra nacional ha repuntado a más de 3600, pero Similipal sigue siendo motivo de preocupación. En 2014 apenas cuatro tigres sobrevivían en la reserva: un macho negro y tres hembras. Diez años después, gracias al monitoreo con cámaras trampa, se han documentado cerca de cuarenta individuos, y poco menos de la mitad tienen esta inusual coloración. Al final de la pandemia me llegaron las imágenes captadas gracias a estas cámaras. Al verlas pensé que ese animal —el más poderoso, gallardo y ágil— bien podría ser el representante más digno del planeta y que ahora la naturaleza había decidido vestirlo de frac; una elegancia sin paralelo. Patricia y yo decidimos ir a su encuentro. Al poco tiempo, la revista *National Geographic* lo presentó en su portada; el fotógrafo

relataba que le había tomado cincuenta días ver al primer tigre negro.

En noviembre del año pasado, después de una visita al sur de la India para fotografiar al tar del Nilgiri, una cabra endémica de estas montañas, Patricia y yo decidimos ir en búsqueda del tigre negro. Similipal se encuentra cerca de la bahía de Bengala; por ello, los felinos de esa región son los verdaderos *Royal Bengal Tigers*. A nuestra llegada nos presentaron a nuestro guía, Babul, miembro de una tribu local, y a su hermano Sukra, quien sería nuestro chofer. A través de Pravat, les pregunté cada cuánto veían un tigre, considerando que pasaban ocho horas diarias internándose en el bosque. La respuesta fue clara: uno al mes. Y cuando pregunté específicamente por el tigre negro, la cifra se redujo a uno cada dos meses.

Hice cuentas. En los diez días que permaneceríamos en el parque, nuestras

Macaco en la neblina.



Esperamos horas en ese sitio, el tigre había cazado casi enfrente de nosotros. Desde entonces, cada vez que pasábamos por ahí, nos llegaba un fuerte olor a animal en descomposición. Olía a muerte.

probabilidades rondaban el quince por ciento. Una posibilidad mínima, pero atractiva. Lo único que nos quedaba era cumplir el ritual de recorrer el camino asignado, veinte kilómetros de ida y veinte de regreso, por la mañana y por la tarde. Ochenta kilómetros diarios, a diez kilómetros por hora, sumergidos en uno de los bosques tropicales más bellos e intrigantes que he conocido.

Mi mente descartó por completo el encuentro. En nuestra primera mañana, una densa neblina nos envolvió en medio de esa atmósfera casi mágica, el grito de Pravat “Tiger!” nos alertó de inmediato. Dos años antes yo había perdido la visión del ojo izquierdo a causa de una negligencia médica, por lo que localizar animales en un bosque tan denso me resultaba francamente difícil. Apunté mi cámara en la dirección señalada y, tras unos segundos, encontré el lomo moteado de un leopardo que se alejaba lentamente. Los grandes felinos no temen al ser humano: lo evitan. Alcanzamos a hacer algunas fotografías antes de que desapareciera entre la vegetación; creí que lo habíamos perdido, pero Patricia me lo señaló nuevamente: no había cruzado el río y nos veía fijamente mientras caminaba paralelamente a nosotros. Pensé “este animal quiere cruzar el camino e interrumpimos su trayectoria”. Le pedí al conductor que detuviera el motor para que lo dejáramos pasar. A los pocos minutos la bella silueta del leopardo surgió de la espesura caminando a lo largo del camino y se internó en el bosque.

Le dije a Patricia que con ese encuentro ya habíamos gastado nuestra

suerte. Ver un leopardo en un bosque tan tupido es un acontecimiento extraordinario. Afortunadamente no existía comunicación con el exterior, lo que me permitió entablar una comunión con este santuario natural. Los días me trajeron una transformación mental profunda y sanadora. Éramos los únicos extranjeros entre los pocos visitantes que



llegaban. La baja probabilidad de avistamientos hacía que la reserva fuera poco frecuentada y esa realidad constituía gran parte de su encanto.

Vivíamos en unas cabañas administradas por una comunidad tribal que también se encargaba de alimentarnos. La relación con el grupo de mujeres jóvenes que nos atendía, como con su administradora y su esposo —el cocinero— se volvió muy cercana. Los encuentros en la cocina, donde intentamos enseñarles a preparar una salsa ranchera de jitomate muy picante, rompieron de forma natural la barrera del idioma y de la cultura.

La diversidad de la fauna se nos fue presentando poco a poco: muntíacos —o *barking deer*—, monos de dos especies, gallos salvajes, pavos reales, caños, pericos, venados sambar, chitales y numerosas aves endémicas. Una mañana, mientras reflexionaba sobre los múltiples ángulos narrativos de este bosque, pensé que las diversas formas de los árboles podían capturar la esencia de Similipal, el lugar que vio nacer al gran felino negro. Decidí entonces cerrar el ojo derecho —el bueno— y abrir el izquierdo, con el que sólo percibo sombras borrosas. Imaginé que el ejer-

Hembras de gaur con becerros.



cicio podría ayudarme a descubrir esa esencia dibujada en las sombras que la neblina y los rayos de sol dejaban entrever. Sólo abría ambos ojos ante algo verdaderamente poderoso; tomaba la cámara y disparaba. Fue muy enriquecedor jugar con mi propia incapacidad.

Para el quinto día, la presión de Pravat y Babul a las autoridades de la reserva fue tal que, al mediodía, se presentaron en nuestra cabaña con la noticia de que nos permitirían recorrer otro camino, con la esperanza de que ahí se diera el encuentro. Me mostré escéptico y renuente a romper mi rutina. Aun así, insistieron, alegando mayores probabilidades.

Al día siguiente tomamos esa nueva ruta. Subíamos y bajábamos por los lomeríos, cruzamos ríos y bosques con bellos árboles: higueras de formas tortuosas y lianas que parecían enredarse sobre sí mismas. Al salir del camino, Sukra se detuvo frente a un grupo de hombres. La conversación era incomprensible, pero el lenguaje corporal lo decía todo. En el trayecto que recorriamos a diario, otros vehículos habían observado un tigre durante treinta minutos.

Pregunté si era negro.

Al escuchar la afirmación, Babul se golpeó la cabeza con la mano. Las ple-garias de Pravat no habían dado fruto... o quizá sí, pero para otros visitantes. Nuestro intérprete rompió en llanto mientras veíamos las imágenes en los celulares de los conductores.

Sin duda fuimos observados por ese gran felino; de hecho, estuvimos tan cerca que una mañana se orquestó la llamada de alarma de los monos langures, justo arriba de nosotros, seguida por el ladrido característico del muntíaco, señal inequívoca de la presencia de un depredador. Esperamos horas en ese sitio, el tigre había cazado casi enfrente de nosotros. Desde entonces, cada vez que pasábamos por ahí, nos llegaba un fuerte olor a animal en descomposición. Olía a muerte.

En la mañana que partimos, nos detuvimos para despedirnos. Estaban ahí el grupo de mujeres que nos había alimentado, la administradora y el cocinero. De alguna manera, ya éramos parte de esa pequeña comunidad. Miré a mi derecha y, entre la neblina, vi a los guías caminar hacia nosotros. A la izquierda, sola, estaba Bonita, la más joven de las chicas —dieciocho años—; el



Bonita, nueva guía, con el equipo de la Reserva de tigres de Similipal.



Un conductor muestra al tigre negro en el celular.



Sukra muestra un par de tigres negros hermanos en su celular.

día anterior había aprobado el examen para integrarse como guía y estaba vestida con el uniforme. Le pedí que se sumara al grupo de hombres y la coloqué al centro. Tomé una fotografía. Ahí quedó ella, orgullosa, como la primera mujer en pasar el examen en la historia de Similipal.

He documentado fotográficamente a los siete grandes felinos del planeta. Tuve el enorme privilegio de vivir más de ciento ochenta encuentros con cuarenta jaguares distintos en el río Cuiabá, en Brasil. Junto con el leopardo de las nieves que avistamos nueve

veces —ambos considerados entre los más difíciles de ver—, han sido los momentos más memorables de mi vida como fotógrafo de naturaleza. Por alguna razón que aún no comprendo, al alejarnos me dije que esta experiencia había sido una de las más enriquecedoras de nuestras visitas a la India. Quizá la razón principal fue pensar que el tigre negro sí nos encontró... y que nosotros nos fuimos sin descubrir su misterio. ❧

pp. 112-113: Avistamiento de un leopardo entre la vegetación.





PERIÓDICAS

PP.116-121 ROSAURA MARTÍNEZ RUIZ

PP.122-123 MARÍA NEGRONI

PP.124-133 JORGE COMENSAL Y LAURA ÍMAZ ÁLVAREZ ICAZA

PP.134-139 MÓNICA LAVÍN

PP.140-143 BRUNO H. PICHÉ

(114-143)



Antigonía o cómo hacer un duelo público y una demanda política

ROSAURA MARTÍNEZ RUIZ

Un número significativo de adaptaciones de la tragedia griega *Antígona*, de Sófocles (ca. 441 a. C.), ha surgido en América Latina como respuesta a las múltiples crisis forenses que abaten a la región. Desde las dictaduras en el Cono Sur de la década de los setenta hasta los distintos conflictos armados en Colombia, Perú, Guatemala, El Salvador y ahora, particularmente, en México (a partir de la militarización del país), América Latina se ha caracterizado por tener una historia sistemática de desapariciones forzadas; entre las que se encuentran los feminicidios sistémicos en Ciudad Juárez.

La cantidad de adaptaciones en este continente llama la atención, sobre todo, porque hay una enorme diferencia entre la historia de la Antígona de Tebas y la de las Antígonas latinoamericanas: la griega tiene el cadáver de su hermano Polinices y conoce exactamente cómo murió, mientras que las otras buscan el cuerpo con o sin vida de su ser querido desaparecido y la verdad sobre su destino. Si la Antígona de Tebas demanda un ritual digno para su hermano, la Antígona argentina, la peruana, la de Ciudad Juárez y Antígona González¹ exigen la materialización de sus seres amados y un sepulcro digno y humano para ellos.

En *Duelo y melancolía*, Freud sostiene que la diferencia crucial entre estos dos fenó-

menos psíquicos está en que el duelo ocurre cuando el sujeto sufriente sabe qué es lo que ha perdido; mientras que, por el contrario, desconocerlo sentencia al sujeto a una condición melancólica.² Esta incertidumbre impone la sensación de que el tiempo se suspende y que el dolor se prolonga injustamente.

Según el psicoanalista, es claro, entonces, que el duelo de las Antígonas latinoamericanas es imposible, pues no tienen siquiera certeza de si han o no perdido a alguien. No obstante, siguiendo esta misma teoría resulta enigmática la dificultad del duelo de la heroína griega, pues si ella recupera el cuerpo de su hermano y conoce la verdad sobre su fatal destino, ¿por qué sigue lamentándose? Freud se equivoca en un punto clave: el duelo es colectivo o no es. La verdad es indispensable para la justicia social, política y restaurativa, por lo que su ocultamiento obstaculiza la apertura hacia un porvenir.

Freud no alcanzó a ver la dimensión sociopolítica del duelo. Me refiero a que, de haber prestado más atención a Antígona y un poco menos a Edipo, quizá se habría percatado de que su teoría no consideraba el lugar tan decisivo que juega el reconocimiento de la colectividad y la esfera pública sobre la pérdida. En Tebas, los entierros servían para impedir que los cadáveres fueran devorados por los animales de rapiña, pero también para rendirles honores. En los lamentos de la Antígona griega, se escucha la demanda por un sepulcro digno para Polinices: “Mirad vosotros, príncipes de Tebas, a la única que queda de las hijas de los reyes, cómo sufro y a manos de quiénes por guardar el debido respeto a la piedad”.

Por su parte, dos arias de *Antígona González* confirman la necesidad de conocer la verdad sobre el destino del ser amado, así como el perentorio clamor de un ritual:

1 En orden de aparición: *Antígona furiosa* (Griselda Gambaro, 1986), *Antígona* (José Watanabe, 2000), *Antígona, las voces que incendian el desierto* (Perla de la Rosa, 2004) y *Antígona González* (Sara Uribe, 2012).

2 Cf., Freud, “Duelo y melancolía (1917 [1915])”, *Obras Completas. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916)*, vol. 14, José L. Etcheverry (trad.), Amorrortu, Buenos Aires, 2006, p. 243.



Álvaro Enciso, *Donde mueren los sueños* [cruces colocadas en los Desiertos de Sonora y Chihuahua], proyecto en curso desde 2013. Fotografías cortesía del artista.

Ellos dicen que sin cuerpo no hay delito. Yo les digo que sin cuerpo no hay remanso, no hay paz posible para este corazón.

*Lo queremos encontrar aunque sea muertito. Necesitamos sepultarlo, llevarle flores, rezarle una oración.*³

De acuerdo con Freud, la melancolía se caracteriza por un sufrimiento anímico intenso, el distanciamiento del entorno, la pérdida de la capacidad afectiva, el detenimien-

to de las actividades cotidianas y la visión negativa que el individuo tiene de sí mismo —llegando incluso a tener ideas delirantes de castigo—.⁴ Por su parte, el duelo también es un periodo de profundo tormento psíquico ante la pérdida de un objeto amado, no obstante, en comparación con la melancolía, no se advierten autorreproches ni se renuncia radicalmente a la acción. Esto provoca que, después de un tiempo, el sujeto logre invertir (cargar de energía sexual) la libido libre en un nuevo objeto.

Pese a la gran erudición de la teoría de Freud del psiquismo ante la pérdida, la his-

3 Sara Uribe, *Antígona González*, Sur+, Oaxaca, 2012, pp. 24 y 81.

4 Freud, *op. cit.*, p. 242.



toria de la desaparición forzada en América Latina exige pensar en una tercera economía psíquica⁵ ante la ausencia del objeto amado. Las mujeres —madres, abuelas, esposas, hermanas e hijas— que demandan públicamente conocer el destino de sus seres queridos con el fin último de, siquiera, poder hacer su duelo, revelan un estadio diferente. La suspensión del estatus ontológico de los desaparecidos (pues no hay certeza ni de que esté vivo ni muerto) y la activación política de las mujeres en colectivos con la vehemente consigna de tener un lugar para poner flores, una tumba para llorarles y “guardar el debido respeto a la piedad” son reclamos que exigen la materialización del cuerpo; las lamentaciones por la ausencia de éste buscan poder registrar la pérdida y hacerla memoria.

Lo central aquí, me parece, es que se trata de una demanda pública. En este sentido, este lamento es político porque se lanza a la calle, a la plaza, a los medios de comunicación, contra el soberano, hacia la ciudadanía y la opinión pública. Se transforma así en un modo de resistir y subvertir la melancolía, y también de afirmar el derecho político a que todo humano sea valorado como tal. En este sentido, el proceso de duelo no sólo depende de que

colectivamente una pérdida sea reconocida, sino que, además, debe ser reconocida como una pérdida humana. Esta falta de reconocimiento se aprecia en las palabras de la buscadora María Herrera: “Porque nuestros hijos no son animales que pueden quedar tirados en la intemperie en cualquier lugar”;⁶ o en las de Antígona González: “cómo reclamarte, Tadeo, si aquí los cuerpos son sólo escombros”.

De este modo, la demanda pública del duelo y el activismo político de las mujeres dejan ver un estadio psíquico distinto al del duelo o la melancolía en sentido freudiano. A esa afección psíquica la llamaré *antigonía*, epónimo que derivó del quehacer político de Antígona de Tebas —quien desafía el edicto del rey Creonte de darle sepulcro a uno de sus hermanos y a otro no—, pero también, y sobre todo, del quehacer de la argentina *Antígona furiosa*, de la peruana *Antígona* y de las mexicanas en *Antígona, las voces que incendian el desierto* y en *Antígona González*. La *antigonía* es un estado psíquico en el que la energía psíquica (libido) está dividida. En consonancia con la suspensión del estatus ontológico del desaparecido, una parte de la energía psíquica que antes se invertía completamente al objeto amado queda libre, canalizándose a la acción política que pugna contra una asignación diferencial de la memorabilidad.

5 Freud piensa el duelo y la melancolía como trabajos psíquicos de distribución de la energía que cada sujeto invierte sobre sus objetos de amor. Es en este sentido que propongo, como veremos, la *antigonía* como una tercera economía que, considero, Freud no pensó, primero, porque no puso atención en la tragedia de Antígona de Sófocles y, segundo, porque no conoció la tecnología de la desaparición forzada.

6 Ximena Antillón Najlis et al., *Yo sólo quería que amaneciera. Impactos psicosociales del caso Ayotzinapa*, Fundar, México, 2018, p. 485.



En contraste con el duelo y la melancolía, que sólo buscan recordar y rendir homenaje a quien se añora, en la antigonía, las actividades que se realizan no son por la memoria del ser amado, sino por su *memorabilidad* como la cualidad de ser digno de ser recordado, ahí donde ésta ha sido quebrantada. Las acciones, además, tampoco son íntimas o doméstico-familiares, como en el caso de los estados freudianos, sino públicas y políticas, pues se exige una asignación equitativa de memorabilidad.

Dicho esto conviene precisar que si bien la Antígona de Sófocles es un modelo paradigmático de desobediencia ante un orden tiránico y una figura femenina catacrética del lamentalismo agonístico, hay una diferencia medular entre su demanda de duelo público igualitario y el de las Antígonas latinoamericanas: la tebana exige el sepulcro para un príncipe que murió en la lucha por el trono de su ciudad natal, mientras que las oriundas de este lado del Atlántico reclaman una distribución equitativa de la lamentabilidad y la memorabilidad en un territorio donde sus Polinices han sido identificados como individuos algo menos que humanos, esto es, no son sólo muertos que no merecen sepultura “según la costumbre”, sino que son vidas desechables.

Otro contraste entre las Antígonas es su clase social. La europea, como sus hermanos, viene de un linaje real; en cambio, en América Latina, las protagonistas y sus “Polinices [son] identificado[s] con los margina-

dos y desaparecidos”.⁷ De este modo, la genealogía geopolítica de este epónimo es más latinoamericana que mediterránea.

Judith Butler sostiene que “Antígona es la ocasión para un nuevo campo de lo humano, logrado a través de la catacrisis política, la que se da cuando el menos que humano habla como humano”.⁸ Si bien dentro de la tradición metafísica occidental se ha construido un sinnúmero de definiciones de “lo humano”, quiero sugerir otra que infiero a partir de las demandas de los colectivos de buscadoras. Humano es aquél que es reconocido por su *polis* como digno de duelo y sepultura. Lo que finalmente pretende sustraer el despojo de la memorabilidad de un ser es su condición de humano. Tranquilina Hernández, otra buscadora, señala así esta degradación: “Tenemos que seguir. Las personas que están en las fosas no son basura, no son animales, hay que apurarnos y sacarlos a todos de ahí”, esto es, de los entierros ilegales o las fosas comunes.⁹ Mientras que Antígona de Tebas remarca la diferencia de respeto:

¿no ha considerado Creonte a nuestros hermanos, al uno digno de enterramiento y al otro indigno? A Eteocles, según dicen, por considerarle merecedor de

7 S. Uribe, *op. cit.*, p. 21.

8 Judith Butler, *El grito de Antígona*, El Roure Editorial, Barcelona, 2001, p 110.

9 Cf., Jaime Luis Brito, “Fosas de Tetelcingo: las historias de las víctimas (video)”, *Proceso*, 29 de mayo de 2016.

Por su parte, el duelo también es un periodo de profundo tormento psíquico ante la pérdida de un objeto amado, no obstante, en comparación con la melancolía, no se advierten autorreproches ni se renuncia radicalmente a la acción.

ser tratado con justicia y según la costumbre, lo sepultó bajo tierra a fin de que resultara honrado por los muertos de allí abajo. En cuanto al cadáver de Polinices, muerto miserablemente, dicen que, en un edicto a los ciudadanos, ha hecho publicar que nadie le dé sepultura ni le llore, y que le dejen sin lamentos, sin enterramiento..., como grato tesoro para las aves rapaces que avizoran por la satisfacción de cebarse.

Tanto el lamento por un muerto expulsado del margen político de su *polis* como el clamor por un desaparecido denuncian la banalización que se hace de ciertos cuerpos valorados como prescindibles, desechables e in-frahumanos. El sujeto antiguo actúa pública y políticamente cuando el Estado y/o la comunidad no reaccionan a la desaparición con la urgencia de búsqueda y de impartición de justicia merecida; así, lucha contra la discriminación de esos sujetos que se consideran como indignos de aflicción y memoria.

Las buscadoras han puesto de manifiesto que no se busca a todos los desaparecidos, que no a todos se les da un sepulcro, que no todo el territorio mexicano está organizado respetando una distribución equitativa de la dignidad humana como memorabilidad, y que si vamos, por ejemplo, a Puerto Peñasco, no sabemos si estamos ante un paisaje divino, ubicado entre el desierto y el mar, o en arenas donde muertos sin nombre pueden aparecer desenterrados por la marea.

En un Estado democrático y justo, los restos humanos deben yacer en un espacio delimitado, un lugar de sepultura que, como umbral, facilite la comunicación con los ausentes, pero también propicie el duelo y la

memoria. Esto es lo que reclaman todas las Antígonas del mundo, pero las buscadoras de México y las del desierto de Atacama, además, lo trazan. Un pedazo de tierra removida donde se oculta el cuerpo de un desaparecido es un no-lugar que evidencia y denuncia la violencia, la falla o la negligencia del Estado para delimitar el espacio designado al descanso de los muertos. Cuando la desaparición forzada no se resuelve, el territorio de la comarca va transformándose de cosmos a caos.



Nostalgia de la luz, un documental chileno sobre el desierto de Atacama dirigido por Patricio Guzmán, logra plasmar cómo los espacios no tienen una esencia *a priori* que defina su carácter. Este desierto alberga a ALMA, el mayor proyecto astronómico terrestre desarrollado hasta el momento, y las ruinas de Chacabuco, el campo de concentración más grande de la dictadura de Pinochet. De este modo Atacama es al mismo tiempo un paisaje, un punto de referencia para observar galaxias muy distantes, un área de explotación minera y un no-lugar en el que yacen restos de desaparecidos víctimas del régimen totalitario. Es, además, una de las zonas de búsqueda de las mujeres de Calama, que recorren y parcelan activamente el desierto con la esperanza de encontrar algún resto del

cuerpo de sus familiares. Su andar ha evidenciado que ese asombroso paisaje en realidad esconde una espantosa fosa común.

Atacama no es el único desierto en América profanado por el crimen de la desaparición. Cada martes por la mañana, el artista colombiano Álvaro Enciso coloca cruces en el desierto ubicado entre Arizona y Sonora para memorar a los migrantes que mueren en su cruce de México a los EE. UU. en busca de mejores condiciones de vida. El proyecto *Donde mueren los sueños* ha puesto, hasta el momento, alrededor de dos mil cruces artesanales, pintadas en vivos tonos de naranja, morado y verde. Enciso y un grupo de voluntarios utilizan la base de datos de la Iniciativa OpenGis de Arizona para guiarse, aunque encuentran información limitada: el nombre (si la persona fue identificada), la edad, la causa de muerte (si se pudo determinar), el lugar y la fecha donde se recogió el cuerpo.

Enciso narra que el mapa de Humane Borders marca con un punto rojo cada sitio donde muere un migrante, pero que la saturación de puntos es tal que hoy, prácticamente, se ve una gran mancha roja. Su labor sustituye la vacuidad e inmaterialidad del punto por una santa cruz tangible que le regresa, aunque sea un poco, la dignidad al migrante, cuya muerte, señala el artista, “podríamos haber evitado”.¹⁰ La cruz, por un lado, convierte al espacio en un lugar de conexión y comunicación con una vida injustamente desechada, es decir, ya no es sólo un migrante más, y, por otro, transforma el desierto, un admirable paisaje de impresionantes cactáceas, en lo que las políticas asesinas estadounidenses de migración lo han convertido: una fosa común. *Antigonía solidaria* podría ser otro nombre para el proyecto de Álvaro Enciso. ¶¶



10 Max Herman, “Un artista recuerda a los emigrantes que murieron en su viaje al Norte”, *Borderless*, 27 de octubre de 2022.

MARÍA NEGRONI

Poemas

Plegaria

Señor Desconocido:
Este es el punto de mi
vista. Algo vuela hasta
la fuente de las
lágrimas, abre un
diccionario y encuentra
solo páramos. El
universo es un afán
extendido, mudo e
invisible. Tengo miedo.
Déjame elegir la hora de
mi vida en el hospicio de
los muertos. Dame un
cuaderno sin páginas.

Children's Corner

Como un niño al que le
hubieran dado una
cajita con pocas
palabras, y él las usa y
las deforma y las
combina, ebrio de
camino y de temor, con
la sola intención de no
parar en su entusiasmo,
no dejar que lo
distrigan del juego del
dolor de haber nacido y
todas las hambres
mendigas que todavía
pasará.

Estos poemas inéditos pertenecen a
Afinación de la ceguera. Se reproducen
con permiso de la autora, quien participará
en la Fiesta del Libro y la Rosa 2026.



Iyari de cachorra (hacia 2015) y de joven y adulta en el pumario. Todas las imágenes son cortesía de la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia de la UNAM a través de Oscar Vargas. Estadio Olímpico Universitario, 2007. Fotografía de Edgar Efrén López Ramos. Wikimedia Commons ©.



Iyari: la maestra salvaje de la UNAM

JORGE COMENSAL Y

LAURA ÍMAZ ÁLVAREZ ICAZA

LA PRIMERA LECCIÓN

Estamos frente a ella y nos observa, con sus delineados ojos amarillos, desde su guarida predilecta, un cobertizo de madera oculto entre la hierba y a la sombra de un encino. Aunque una reja nos protege, su mirada no deja de intimidarnos. El cuerpo sabe que se encuentra frente a un magnífico depredador. No tenemos garras ni colmillos para defendernos, pero tenemos adjetivos: su mirada es profunda, adusta, pizpireta. Su figura es al mismo tiempo esbelta e imponente, su pelaje dorado, grisáceo. Acumulamos palabras para acercarnos a ella sin perder la calma.

Hay algo en ella tan felino, tan salvaje, que se resiste a la domesticación de un nombre. Sin embargo, su nombre está ahí, pintado encima de la casa donde reposa. Iyari. Fue bautizada de manera democrática, a partir de una votación pública entre la comunidad. La propuesta, que ganó con más de diez mil votos, fue de Arturo Vera Tenorio, estudiante de la FCPYS, y de Javier Chávez Posadas, alumno de la Facultad de Estudios Superiores Aragón. Iyari significa “corazón” en wixárika. Nació en Puebla, en una Unidad de Manejo Ambiental, y cuando llegó a la Universidad, en 2013, tenía alrededor de dos meses y medio de edad; esto significa que ahora ya tiene catorce años, lo que la convierte en una puma de la tercera edad. Por ese entonces, el pumario se encontraba en el Centro de Enseñanza, Práctica e Investigación en Producción y Salud Animal, en Topilejo, donde también vivía Miztli, una puma a la que muchos llegaron a conocer en los partidos de fútbol americano y *soccer*, y en las fotos de generación

frente a Rectoría. Al poco tiempo, en 2015, se terminó la construcción de las instalaciones de la Facultad de Veterinaria en las que residieron las dos felinas; cuando se conocieron, la veterana tenía ocho o nueve años.

Gracias a la intervención de una Comisión de Bioética, Iyari ya no es una mascota de exhibición deportiva sino un animal de docencia. Vive al cuidado de Oscar Vargas, de Cristóbal Pérez —quienes la conocen desde cachorra— y de muchos voluntarios. El 24 de junio de 2014, tras un dictamen de la Comisión, se decidió que “Iyari sería la última puma que tendría la UNAM y que ya no sería un animal de exhibición; su función, a partir de ese momento, iba a ser de educación y docencia”, recuerda Oscar.

La primera vez que Oscar nos contó que todos los días por la tarde hay una sesión de entrenamiento y que los lunes y los viernes la pesan, asumimos convencionalmente que se trataba de adiestrarla a ella, pero después de largas conversaciones y de saludar a los alumnos voluntarios, nos pareció que, en realidad, el entrenamiento es más bien humano: hay que preparar a la juventud veterinaria para saber cuidar de un gran felino.

Una de las primeras lecciones consiste en que deben hablarle y explicarle, como a cualquier paciente, lo que van a hacerle: “voy a tocar tu abdomen”, “ahora voy a revisar tu cola”, para que los identifique y perciba el tono sereno de su voz; aunque también, nos confiesan los cuidadores, es para que los mismos veterinarios se relajen y entren en confianza. Es importante que los alumnos no pierdan de vista que se trata de un ser vivo y que, por tanto, puede sentir dolor, miedo o incomodidad.

Los estudiantes también aprenden a hacer enriquecimientos ambientales con el fin de estimular sus sentidos y su mente. Revisan los que se han hecho antes y ven cuáles han sido exitosos —como la piñata de cerdito de cartón y mecate que ya no tiene ojos, pero que resiste los años—; ven qué materiales son óptimos para ella —las llantas de coche no son muy manejables y no le gustan—;



las piñatas sólo deben hacerse con engrudo, sin resistol y no les pueden poner comida; además, hacen un calendario, pues no se le deben colocar enriquecimientos todos los días para no sobreestimularla. A Iyari le encantan las pelotas; las hechas con capas y capas de papel o las de baloncesto son las que más duran.

¿Pero por qué tendríamos que cuidar de los grandes felinos, si son bestias salvajes? El cautiverio de la fauna silvestre, aunque es penoso, a veces resulta inevitable. El caso de Iyari es ejemplar: ella nació en un criadero, por lo que nunca aprendió a vivir en libertad. Las madres enseñan mucho en la naturaleza. El instinto no basta para convertirse en un buen cazador. Si a alguien se le ocurriera soltar a un puma como ella en el

Desierto de los Leones (parque nacional nombrado así porque a los pumas les llamaban leones antes de importar ese nombre quechua), el felino no sabría cómo agenciarse el alimento y, probablemente, terminaría atropellado en una carretera o acorralado en un patio doméstico, esperando que los humanos llegaran puntualmente a darle de comer a las tres y media de la tarde.

De lo perdido, dice el dicho, lo hallado: los animales criados en cautiverio no pueden ser liberados, así que lo más ético es procurarles una existencia saludable que contribuya de la mejor manera posible a la buena vida de sus congéneres y de la fauna en general. Como nos recuerda Itzcóatl Maldonado, secretario académico del Programa Universitario de Bioética, cuando lo entrevistamos:

“debemos reconocer su valía como seres vivos y es responsabilidad de la Universidad tratar a todos los animales bajo los más altos estándares de cuidado”.

Imaginemos un escenario doloroso: un gato salvaje es atropellado en una carretera.¹ Las autoridades ambientales lo

encuentran lastimado. Es preciso capturarlo, hacerle una cirugía, cuidarlo hasta que esté en condiciones de ser liberado. Alguien tiene que hacer todo esto, y para ello hacen falta los conocimientos que se adquieren en las clases de Iyari. De esta forma, algún día ella le habrá salvado la vida a un felino silvestre.

El puma (*Puma concolor*) es un felino panamericano. Se le puede encontrar desde el Yukón, en Canadá, donde tiene que lidiar con osos *grizzly* y lobos, hasta la Patagonia, donde ha comenzado a depredar a los pingüinos. Su pariente más cercano es el jaguarundi, que hasta donde sabemos no ha sido adoptado como emblema por ningún equipo deportivo. Fuera de América, los guepardos son sus primos más cercanos, y los gatos domésticos son, incluso, parientes más cercanos que cualquier especie del prestigioso género *Panthera*, que incluye jaguares, leones, tigres y leopardos.

El amplísimo rango del puma no puede atribuirse a uno solo de sus rasgos; comparte con los demás felinos un extraordinario talento depredador, y si algo lo favorece tal vez sea la flexibilidad de su menú silvestre y la compatibilidad de su complexión con muy diversos climas. Su tamaño es idóneo: si fuera más pequeño tal vez sería una presa más fácil para coyotes y muchos otros carnívoros, y si fuera más grande tal vez sus requisitos dietéticos le dificultarían mucho vivir en



Casti (1947-1954), la primera puma en llegar a la UNAM.

entornos de baja carga faunística. Según la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, la población de pumas en América está decreciendo, pero aún está catalogada como de “preocupación menor”, aunque haya regiones, como en Florida, México y la Amazonia, en las que

las subpoblaciones se encuentran amenazadas, sobre todo por la actividad humana.²

UNA PUMA ENTRE LOS PUMAS DE LA UNAM

Oímos, todo el tiempo, hablar de los Pumas: que si llegaron a la liguilla, que si todavía alcanzamos a tomar el pumabús y sabemos, por otra parte, que hay una marca Puma de artículos deportivos. ¿Por qué? La historia de estos felinos como emblema universitario está ligada al fútbol americano, que promovían los profesores, a inicios del siglo XX, al regresar de sus estancias de posgrado en Estados Unidos. A los hermanos Noriega se les adjudica, por ejemplo, haber traído en 1927 los colores azul y oro para el equipo, mismos que tomaron de los Fighting Irish de la Universidad de Notre Dame de Indiana. El equipo jugaba con otros del país vecino, pero desde 1936 surgió una intensa rivalidad, que se convertiría en un clásico, contra los Burros Blancos del Insti-

1 “Atropellan a jaguar en la carretera Cancún-Chetumal; sujetos intentan robar su cadáver”, *El Universal*, 12 de julio de 2023, disponible en <https://acortar.link/BuBG0g>.

2 Cf. Vanessa Díaz- Vaquero *et al.*, “Conflict between cattle ranching and the conservation of jaguar (*Panthera onca*) and puma (*Puma concolor*) in the Amazon arc of deforestation”, *PLOS ONE*, vol. 19, núm. 11, 2024, pp. 1-15; Dulce María Ávila-Nájera, “Ecology of *Puma concolor* (Carnivora: Felidae) in a Mexican tropical forest: adaptation to environmental disturbances”, *Revista de biología tropical*, vol. 66, núm. 1, 2018, pp. 78-90; Osvaldo Eric Ramírez-Bravo *et al.*, “Puma (*Puma concolor*), a top predator in Sierra del Tentzo Nature Reserve in Central Mexico, *Therya*, vol. 9, núm. 1, 2018, pp. 95-97; y Jason Toto *et al.*, “Strategies To Recover the Florida Panther and Secure the Preservation of the Florida Wildlife Corridor”, *The Florida Bar Journal*, vol. 99, núm. 5, 2025, pp. 9-21.

tuto Politécnico Nacional, fundado, como el equipo unamita, en 1936.³

Más tarde, entre 1942 y 1946, el entonces entrenador Roberto *Tapatío* Méndez le dio el nombre de Pumas al equipo, “porque el uniforme de los jugadores era dorado y porque, aunque sus jugadores no eran tan grandes y fuertes como los típicos gringos grandotes, eran muy rápidos y aguerridos como un puma”, nos platica Oscar, técnico académico de tiempo completo de la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia. Entonces se empezaron a traer pumas a la UNAM. En total ha habido once y cada uno tiene su propia historia. Casti fue la primera cachorra en llegar, en 1947, y a ella le siguieron Palillo, Ulises, Pibe, Maya, Pilú, Vendí, Toshka, Élmer, Miztli e Iyari, con quien cambió el paradigma.

En un inicio, Iyari buscó en Miztli una figura materna de la cual aprender a ser buena puma, sin embargo, no tuvieron contacto directo porque podía ser peligroso para la pequeña: “era un hecho que, si las poníamos en contacto directo, Miztli la iba a matar. De hecho, había lonas entre sus recintos porque si se veían se ponían muy mal, se trataban de agredir a través de la malla”. Pasados los años las cosas cambiaron: empezaron a llamarse, por lo que Oscar y Cristóbal quitaron los velos; aún así, las pumas “interactuaban, pero siempre con la barrera de por medio”. Al final los papeles terminaron por invertirse: Iyari era una adulta joven y Miztli, un felino senecto; ahora era ella quien podía salir lastimada en un encuentro. Miztli, musculosa en su juventud, era más pequeña que Iyari, quien la superaba en longitud; aproximadamente mide, erguida sobre los cuartos traseros, 1.75 m y, si se cuenta la cola, unos 60 u 80 cm más.

Oscar relata que cuando vieron a Iyari por primera vez, “tenía el pelaje hirsuto, pegado, y se veía con una actitud como de mie-

do, temor”. Quizá su recelo venía de su primer contacto con el mundo: su mamá abandonó la camada y no la quiso criar. Luego, ya en la Universidad, Iyari tuvo mucha relación con los humanos; era tierna, consentida, casi malcriada. En sus años mozos le llamaban la atención los animales que entraban a su recinto, como tlacuaches, cacomixtles, ardillas, pájaros e, incluso, lagartijas; los cazaba y jugaba con ellos, pero nunca intentaba comérselos. También era “de carácter fuertecito”, afirma Cristóbal. A la fecha no permite que todos los voluntarios trabajen con ella, le molestan las voces agudas, algunos olores y los humanos asustadizos —mide a sus inter-



3 Omar Hernández, 95 años del fútbol americano en la UNAM: una historia de fuerza, agresividad, valentía, rapidez e inteligencia, *Gaceta UNAM*, 7 de noviembre de 2022, disponible en <https://acortar.link/ZmeOjY>.



Su tamaño es idóneo: si fuera más pequeño tal vez sería una presa más fácil para coyotes y muchos otros carnívoros, y si fuera más grande tal vez sus requisitos dietéticos le dificultarían mucho vivir en entornos de baja carga faunística.

locutores aventándose a la reja, gruñe y si-sea, y si alguno se espanta, no querrá volver a saber nada de él.

Antes de que estuvieran listas las instalaciones de su facultad, su espíritu aventurero la llevó a pasear por el jardín y fracturarse el fémur derecho. La radiografía, además, mostró que tenía una baja densidad ósea; entonces, le colocaron un clavo intramedular y le cambiaron la dieta. No obstante, la curiosidad felina fue mayor y, una vez más, volvió a fracturarse ese hueso al saltar y golpearse contra las piedras del estanque de su recinto; en esa ocasión se le colocó una placa de fijación que se le revisa anualmente.

Iyari acaba de cumplir catorce años en febrero y la edad la ha vuelto más tranquila, cavilosa. Aunque no hay un consenso de cuánto viven los pumas en vida silvestre, la Mountain Lion Foundation considera un promedio de trece años;⁴ mientras que en cautiverio pueden llegar a vivir hasta veinte.⁵ Una señal de que ya no es ninguna jovencita es que desde el año pasado, en época de frío, se lame el miembro que se rompió; por ello le han acondicionado una lámpara de luz infrarroja frente a su casa de noche, su lugar seguro, que le sirve como fuente de calor también en invierno.

Aún así, a Iyari no le gusta el calor, la incomoda y la estresa —¿y a quién no? Nosotros estuvimos un rato bajo este sol de temperaturas dignas del Antropoceno y queríamos meternos con ella al frescor de la casa de noche—. Suele acostarse en el suelo para bajar su temperatura corporal y luego, dice

Oscar, “se sube a la plataforma y se duerme, se queda muy muy relajada”. Los cuidadores y los voluntarios deben de estar atentos tanto de la temperatura como del comportamiento de la puma. Ella sabe darse a entender perfectamente: si se pasea de una puerta a otra quiere decir que es hora de meterse; si no le hacen caso, empieza a vocalizar y a si-sear. Si siente mucho calor no quiere salir y, si sale, exige que la metan pronto, en vez de buscar lugares frescos como lo hacía Miztli. ¿Será éste otro de esos aprendizajes que no heredó de un puma adulto?

Iyari es más retraída que su antecesor, le gusta la tranquilidad de su recinto y, como pudimos comprobar, los jardineros no son santo de su devoción, pues producen demasiados estímulos. Una de las veces que fuimos a verla, el jardinero de Ciencias del Mar, la instalación vecina, estaba trabajando; Iyari, acostada sobre el cobertizo de madera, tensó el cuerpo, estiró el cuello y dirigió las orejas al lugar de donde procedía el ruido. Parece, sin embargo, que ahora los tolera más; Oscar dice que la última vez que vinieron a arreglar su recinto hasta se quedó dormida.

LA SEGUNDA LECCIÓN

Su pelaje dorado-grisáceo y brillante es reflejo de una sana y equilibrada dieta; Iyari come cerdo, conejo, cuyo, pollo, ratón y rata que le envían de los bioterios de la UNAM o de Puma Gourmet, que incluso le ha mandado cabrito. Su alimentación varía en función de la disponibilidad de la carne y de la temporada del año, pero suele comer entre uno y dos kilos diarios que se reparten entre lo que se le da para el entrenamiento y lo que se pone en su plato en la casa de noche. Esta variación es así porque, en la vida silvestre, “cuando es la

4 Cf. Mountain Lion Foundation, disponible en <https://acortar.link/2tJrKw>.

5 Cf. Fundación Rewilding Chile, The Legacy of Tompkins Conservation, disponible en <https://acortar.link/xt0X6g>.



época de lluvias tienen más presas disponibles, entonces, es cuando le damos un poco más de comer”, nos cuenta Cristóbal y agrega que su peso oscila entre 47 y 54 kilos.

Los voluntarios trabajan con diligencia: cortan y pesan pedazos de carne, lavan trastes y abren y cierran refrigeradores, mientras Cristóbal empaniza algunos trozos con suplemento molido. Están listos para el entrenamiento y nosotros también. Los cuidadores nos encierran, junto a los alumnos, en la cocina; luego ellos también se ponen detrás de una reja que les llega hasta la cintura, toman un repelente en *spray* de citronela —el que se usa en el adiestramiento de perros— y le abren la casa de noche; está lista para salir: ha bajado de la plataforma y se ha estirado; es la señal. Se dirige al recinto exterior y una vez que le cierran la puerta, salimos todos. Iyari, perspicaz, sabe que tiene público y nos hace un pequeño *show*: se tira al piso panza arriba y frota su lomo contra la hierba.

Entonces, inicia la coreografía coordinada de los voluntarios, bajo la mirada atenta de Oscar y Cristóbal, que sueltan una que otra indicación. El trabajo es entre pares: uno tiene el *target* —un palo de golf con una pelota de *squash* en uno de sus extremos—

mientras que el otro sostiene una cubeta verde con la comida que le da a Iyari cuando ha escuchado el *clicker*. El primero pasa la varilla de golf por la reja y dice “*target*”; Iyari acerca su hocico a la pelota; se escucha un “clic” y el otro voluntario le da con unas pinzas un trozo de carne. Cuando se acaban los cinco pedazos que le tocan a cada uno, intercambian instrumentos; es una actividad más o menos veloz porque, de lo contrario, Iyari se desespera y sisea. Nosotros la escuchamos ronronear, como cualquier gato, desde el primer bocado; está contenta. Uno de los chicos le revisa el tórax —el corazón y los pulmones— con un estetoscopio al que se le pegó, gracias al ingenio mexicano, otro palo de golf para darle rigidez. Él ya conoce la lección, le habla y le explica, e Iyari, por su parte, se deleita con la sangre que recibe de una jeringa —es el líquido que suelta la carne descongelada.

La puma y los estudiantes realizan ejercicios de condicionamiento operante, enfocado en cuestiones clínicas y de bienestar animal; aprenden a decir y realizar ciertos comandos —*sit, target, boca, down, stay, pata*— para estar preparados cuando sea necesario revisarla y así sepan cómo se mueve y reacciona.

Hoy toca pesarla. De nuevo nos encierran y la felina entra en una transportadora de manera voluntaria y siguiendo el *target*. Cristóbal revisa su pata y su cola —la aprieta simulando una toma de sangre; la intención es que no se extrañe cuando le hagan un procedimiento médico y que sea más

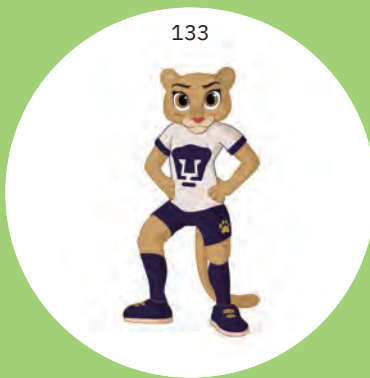
seguro para los veterinarios—; los ojitos cerrados de la puma, mientras bebe otro poco de sangre, son muestra de que no está para nada a disgusto. Luego sale de la transportadora y se sube a la báscula en la que Oscar ha dejado caer un pedazo de carne. Los estudiantes tienen la mirada fija en la pantalla: “54.200 kg”, dice uno. A continuación, Iyari entra de nuevo a su casa de noche y el entrenamiento ha terminado.

Cristóbal aprovecha el momento para explicarnos su peso: “ha subido porque aprendió a comerse la piel del puerco, que tiene mucha manteca, y porque por la edad ya no tiene tanta actividad física. Aunque tampoco queremos que esté muy baja porque eso hace que pierda masa muscular; buscamos proteger sus articulaciones”. Además, nos dicen, la fibra no digerible de su dieta viene del pelo de las ratas y los cuysos.

LA LECCIÓN FINAL

Dentro de este recinto abundan los pájaros. De vez en cuando entran las ardillas y los tlaquaches; y alrededor hay muchos estudiantes que, tendidos en el pasto, conversan, conviven, estudian y se besan (en efecto, nos tocó que en una visita a Iyari hubiera afuera una pareja apasionada). Los alumnos también se hacen presentes adentro, puesto que Iyari es, sin lugar a dudas, un “animal de docencia” y una gran maestra.

Fuimos testigos de la dedicación, el respeto y el cuidado que Itzcóatl, Oscar y Cristóbal tienen por la puma y cómo le transmiten



Diseño oficial de Goya, la mascota del Club Universidad Nacional, 2025.

estos valores a sus estudiantes; vimos, además, cómo se adaptan a sus necesidades. Con Iyari aprenden las bases del condicionamiento operante, el enriquecimiento ambiental y cómo manejar respetuosamente a los grandes felinos. La felina está dejando una gran lección y un importante legado a toda la

comunidad. Desde hace doce años ya no hay animales mascotas en la UNAM; prueba de ello es la recién llegada Goya, la nueva integrante del Club Universidad Nacional, que no es más que una persona con botarga.

A pesar de su edad, el andar de Iyari sigue siendo sigiloso, elegante; y el movimiento de su gruesa y larga cola, hipnótico. Su mirada es tan profunda que parece leernos el alma desde sus aposentos. Iyari, la lista y feroz puma que destroza con garras y dientes los enriquecimientos que le ponen los alumnos, tiene, no obstante, una debilidad: un juguete que no ha roto nunca; se trata de Roli Roli, un peluche rosa que ha tenido desde que era cachorra. Juega con él, lo avienta, lo recupera y, luego, lo abraza y acicala. Además de servirle de confort, Roli Roli también ha sido útil para desviar su atención cuando quiere lamerse la vieja herida, pues no puede resistirse ante su pelaje rosado, así como nosotros caemos rendidos ante su fascinante mirada. 🐾



Gonzalo Celorio durante su Cátedra Extraordinaria Maestros del Exilio Español Republicano, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 2012. Las fotografías son de Javier Narváez.

Gonzalo Celorio: nuestro Cervantes

MÓNICA LAVÍN

Conocí a Gonzalo Celorio a través de un libro. Se trató de una de esas felices elecciones de libre albedrío de los tiempos en que pasear por los libros era la forma de tropezarse con una aventura. Tomé *Amor propio* (1992) y leí la contraportada. No sé si entre las razones de mi decisión estuviera que el lomo de este título no es muy grueso; lo que sí recuerdo es que se trataba de una novela de crecimiento, de sacar la nariz a la vida social o a la vida amorosa o a la vida pública, y eso me llamó la atención. Subrayé esta frase sobre el protagonista, un puberto que espía, desde los barandales de la escalera, la fiesta de sus padres, en la

que los ritmos de moda —bolero, chachachá, danzón y jazz— mueven los pies de los invitados: “Moncho no era personaje todavía. Apenas tramoyista”. Moncho sería Ramón y luego Aguilar, que celebra sus treinta años solo en un bar, y como la novela empezaba con una enumeración de portadas de discos que me eran familiares, me sentí cerca de aquel no invitado a la fiesta, de ese voyerista de baranda. Luego supe, muchos años más tarde, tras leer otras novelas de Gonzalo Celorio, que la memoria es su gran salvoconducto para la escritura, y su experiencia personal, el mejor material para erigir historias, además de constituir una crónica de los periodos de los siglos XX y XXI de los que ha sido testigo. En sus novelas se refleja cómo vivían y sobrevivían las familias de clase media en los años cincuenta y sesenta; la procedencia migrante de los padres, española y cubana, y lo que significa ser el onceavo hijo del matrimonio Celorio y Blasco. O sea que mi acercamiento a nuestro premio Cervantes fue atisbar los años que le había tocado vivir mientras respiraba la tristeza de Aguilar, la melancolía que provoca dejar el mundo de la libertad juvenil por las responsabilidades adultas.

La primera noticia que tuve de Gonzalo Celorio como persona, y no como autor, fue que bailaba danzón. Y cómo lo iba a dudar si en *Amor propio* se pueden escuchar boleros, danzones y aquel “Son de la loma”. Un grupo de amigos suyos se reunía para aprender ese código cifrado en un acotado movimiento de pies. Entre ellos estaba Patricia Urías, quien entonces dirigía la revista donde yo trabajaba, *Memoria de papel*, y que devino en amiga mía al cabo de los años. Y fue por Hernán Lara Zavala que supe que compartía con Gonzalo Celorio el gusto por el tequila, aunque no con la sofisticación que su experiencia del destilado le había provisto. De cualquier manera, Hernán me invitó a escribir para la *Guía del buen bebedor* (2000), un libro en el que diversos escritores compartimos nuestros gustos espirituosos. Del mundo del papel, con su carga de verdad literaria, pasando por el gozo

del bailarín, descubrí al amigo y al anfitrión que despliega esa elegante y cálida manera de recibirnos en su casa-biblioteca. Supe entonces de la importancia de los rituales en su vida de libros, su vida de amigos, su vida compartiendo generosamente la palabra.

Desde entonces lo he leído con entusiasmo y he admirado sus construcciones narrativas y sus alcances ensayísticos. Es contundente la declaración con la que concluye el muy reciente recorrido de sus memorias, *Ese montón de espejos rotos* (2025) —cuyo título fue tomado de un poema de Borges—: “Digo que la palabra que más me gusta de la lengua española es la palabra ‘palabra’”. La palabra: proa, brújula, dedicación, disfrute y pasión de sus empeños. Qué placer cuando, en aquellas comidas que Fernández Unsáin ofrecía en la Sogem —vaya tiempos de esplendor—, Celorio y Eduardo Casar nos ofrecían a dúo, intercalado, el fragmento de “noema...”, esas palabras no palabras, de la *Rayuela* de Cortázar. El Cortázar de las devociones del escritor, del maestro, del viajero. Lo podemos comprobar en *Juego, fantasía y transgresión. Lectura de trece cuentos de Julio Cortázar* (2024), donde el lector y maestro desgrana y exprime su análisis del espléndido cuentista argentino. He llegado a pensar que sus años de entregado profesor —no tuve el placer de tomar clases con él porque estudié otra cosa (aunque fui invitada a sus seminarios cuando asignó la lectura de una novela mía a los estudiantes), pero me consta la manera elogiosa en que sus alumnos se refieren a él—, que demandaron su conocimiento y la pasión por verterlo y contagiarlo a otros, encontraron un balance en la memoria, en la propia historia, cuando se trató de la creación literaria, de su corpus novelesco.

Una familia, en sí misma, es un universo, un lugar desde el cual podemos mirar todos los conflictos y pasiones, las aristas de la condición humana. Celorio hace de la familia a la que pertenece, así como del Distrito Federal y su Centro Histórico (templo y testigo) y del periodo entre los años sesenta y el

presente, escenario y material literario. Su legado isleño mucho tiene que ver con su melomanía, con sus pasos de danzón, con su gusto por el flamenco y la manera en que ritmos y cadencias habitan su prosa exquisita y rebosada por las lecturas y la poesía que recita de memoria. Así, *Tres lindas cubanas* (2006) —una de ellas, su madre, nacida en Las Palmas de Gran Canaria, se casó con un mexicano y se asentó en la Ciudad de México; otra, la tía, permaneció en Cuba; la tercera migró a Miami— alude a la rama materna y la relación del autor con Cuba, que no sólo tiene que ver con el origen, sino con la ilusión y la decepción históricas; con la manera en que cada una de las hermanas vivió la promesa revolucionaria y sus consecuencias; con su apetito por la literatura cubana, desde los clásicos hasta los escritores, entonces jóvenes, que aparecieron en las ediciones que, junto a su querido amigo Hernán, publicó en la Coordinación de Difusión Cultural, que él mismo coordinaba y de la que Lara Zavala era director de Literatura.

la intención de develar quién fue el padre para comprenderlo desde el arte de novelar en *El metal y la escoria* (2014): un hombre soñador y un fracaso precoz. Allí es donde aparece el fantasma de la pérdida de la memoria que afecta a uno de sus hermanos y pende sobre el protagonista. Aquí el arranque: “Conocí a mi abuelo paterno 55 años después de su muerte, la tarde que sepultamos a mi padre”. Pero no sólo ahí aparece el padre. En *Ese montón de espejos rotos* comparte una imagen devastadora: “Un hombre sentado de espaldas a la vida; [...] un hombre con mucho pasado, con un presente precario y sin ningún futuro”.

La escritura sucede en el tiempo. Rosa Beltrán, Ernesto Alcocer y yo fuimos testigos, en un encuentro de escritores en la isla española de La Palma, de cómo Celorio no cejaba en su disciplina escritural. Se apartaba a ciertas horas en aquel hotel —remanso platanero de rancia arquitectura, colmado de las antigüedades de la familia fundadora—, para avanzar en la escritura de *Los apóstatas*

Y al cabo del tiempo, la novela misma, de manera un tanto milagrosa que no acabo de entender, ha procesado toda esa información que yo le he venido suministrando para contarme a mí buena parte de la historia de mi familia paterna.

Aquí una declaración que aparece en *Tres lindas cubanas*: “Pero el deterioro de La Habana, que tiene tantas causas extrínsecas, no es la razón de mi nostalgia, sino sólo el escenario propiciatorio para que ésta surja. Mi nostalgia proviene de la extinción de mi familia. Y me toca los huesos [...]. Sin mamá, la isla quedaba a la deriva en mi memoria.”

Se escribe porque se tienen muchas preguntas, y las de Celorio parecen conducir al origen, a los abuelos asturianos —Emeterio y Crisanta— que vinieron a “hacer la América”; luego, esos cuestionamientos pasan por

(2020). Aquí, dos de sus hermanos, el mayor y el penúltimo (Gonzalo es el último), mudarán el fervor religioso —uno de ellos, seminarista; el otro, víctima de abuso— para dedicarse a la arquitectura o a la militancia revolucionaria. Hacer visible lo invisible, despejar silencios; la mirada amorosa de Celorio para Miguel y Eduardo conmueve profundamente.

Estas palabras del autor nos revelan las formas en que trabaja la indagación familiar:

A lo largo de los años le he venido abonando esta novela recuerdos

A la mesa, 2007.



personales y los que les he escuchado a algunos de mis hermanos, los datos que he podido recabar de mi familia del contexto en que transcurrió su historia y muy especialmente en las revelaciones que Benito me proporcionaba jueves a jueves en el Covadonga [...]. Y al cabo del tiempo, la novela misma, de manera un tanto milagrosa que no acabo de entender, ha procesado toda esa información que yo le he venido suministrando para contarme a mí buena parte de la historia de mi familia paterna. Porque fuera de las experiencias directas y personales que aquí relato en primera persona (como no podría ser de otra manera), la historia de la familia no la cuento, sino la escucho o, dicho de otro modo, la novela misma me la cuenta a mí, su escritor. La escucho, así, como se han escuchado todas las historias familiares desde las épocas más remotas, de generación en generación, para que al pasado no se lo lleve el olvido.



Gonzalo Celorio,
Juego, fantasía y transgresión. Lectura de trece cuentos de Julio Cortázar, México, Grano de Sal, 2024.

Celorio moldea su prosa líquida, elegante, cincelada, como si no hubiera esfuerzo para envolvernos con ella, con esa mirada tan suya, irónica a ratos, a la que añade el humor. En

Mentideros de la memoria (2022), que le valió el Premio Xavier Villaurrutia de Escritores para Escritores 2022, desfila un anecdótico jugoso de diferentes momentos del autor con escritores como Rulfo, Bryce Echenique, Umberto Eco, Arreola, entre muchos otros. Esa permanente zambullida en la memoria es el recurso con que Celorio recupera aquellos años, esos instantes como estudiante, como funcionario de la UNAM, como profesor, como organizador de algún evento de escritores; a veces de viaje o como académico de la lengua. Y al contarlos, se cuenta a sí mismo. *Mentideros de la memoria* construye la cartografía de una generación en la que despoja de fichas biográficas a los creadores para revelar alguna de sus aristas a través de situaciones particulares; siempre en busca de la ranura donde aparezca lo insólito, lo contradictorio, lo humano. Por ejemplo, no podía faltar la cama de Cortázar como vía para acercarse a su admirado escritor.



Gonzalo Celorio,
Los apóstatas, Tusquets, 2020.

La memoria es una condición de su mirada, como reitera la muy reciente y entrañable coedición de Grano de Sal, la Coordinación de Literatura y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM: *Mi amigo Hernán* (2026), donde, de manera detallada y clara, relata la historia de una amistad que compartió la escritura, los trabajos editoriales, los proyectos

de difusión y los domingos de infaltable conversación y compañía. Lo hace con justicia, con la impostergable necesidad de nombrar la cualidad de esa relación que ha dejado un hueco insustituible. Así, elabora un retrato de las muchas facetas de Hernán Lara Zavala, en cuya presentación del último de sus libros —*El último carnaval* (2023)— estuvimos Rosa Beltrán, Gonzalo y yo. No olvido que Gonzalo habló entonces de memoria y autoficción, pues este último término no le parece adecuado, y en esto se explaya en *Ese monón de espejos rotos*.



Gonzalo Celorio,
*Del esplendor de
la lengua española*,
Tusquets, 2016.

Gonzalo Celorio tenía material para un segundo volumen de *Mentideros de la memoria*; sin embargo, como es bien sabido, los temas se imponen y la vida dicta sus urgencias. El Celorio personaje es Celorio persona cuando comparte, generoso y sincero, pleno de experiencia y dueño del lenguaje y los aciertos y tropiezos, el trazo de una vida en su reciente memoria, cuyas primeras páginas encaran la vejez, la reflexión del paso del tiempo y la



Gonzalo Celorio,
*Mentideros
de la memoria*,
Tusquets, 2022.

conciencia de que ha superado la edad a la que murió su padre. Gonzalo Celorio ha hecho del universo de las palabras, de sus devociones literarias, de su manejo del español, de su sensibilidad y su arte, de las circunstancias de su origen y de su vida, del amor por la Ciudad de México, de la sabiduría acumulada, de su memoria y del tiempo que le ha tocado vivir, de su cultivo de la amistad, un espacio para enriquecer nuestra propia vida. **RM**

En sus novelas se refleja cómo vivían y sobrevivían las familias de clase media en los años cincuenta y sesenta; la procedencia migrante de los padres, española y cubana, y lo que significa ser el onceavo hijo del matrimonio Celorio y Blasco.

Para Jesús Silva-Herzog Márquez

Es extraño escribir acerca de una novela que, cuando se publicó por primera vez, suscitó una montaña de comentarios críticos y se tradujo a una docena de idiomas. En principio no habría mucho que agregar, excepto recordar, con William Faulkner, que “el pasado no muere, ni siquiera ha pasado”. Se trata, desde luego, más que de una simple frase literaria, de una proposición: en términos más o menos estrictos, el tiempo se

Una pesadilla de la que no puedo despertar. *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia* de Patricio Pron

BRUNO H. PICHE

comporta como el charrán ártico, ese raro pajarillo: si está sano, anda en constante movimiento, volando entre los polos norte y sur, de ida y vuelta, cero problemas: su vuelo ininterrumpido es análogo a la suspensión del tiempo.

Viene esto a cuento porque la primera novela que leí de Patricio Pron fue, precisamente, *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia* (Anagrama, 2011). Estaba de paso en Madrid, donde coincidí con dos hermanos míos: Julio Trujillo (q.e.p.d.) y el poeta y ensayista Luigi Amara. Eran, todavía, esos años en los que las cosas prometían encajar, tener o cumplir un sentido, incluso si carecían de él: la vida, todavía proyectada, se inclinaba hacia adelante; todo lo contrario a la de hoy, que parece suspendida, sin demasiados motivos para virar hacia algún punto distan-

te que resulte promisorio; yes, Mr. Faulkner, el pasado, el maldito pasado que no termina de pasar ni se acaba de morir. O, parafraseando a Bruce Springsteen en “Atlantic City”: hasta lo que ha fenecido y desaparecido de la faz de la Tierra, un buen día regresa.

No fue en alguna de mis librerías preferidas de Madrid, sino en una de franquicia, no recuerdo cuál: atrapado entre montañas de *best sellers* y sus compulsivos compradores, tomé un ejemplar, la primera edición de *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia* —esa escapada madrileña debió ser en 2011—. No olvido, eso sí, que salí de aquella saturada librería y tienda de regalos con la cabeza dándome vueltas. Sé que no la pasé mal, que me encontré con amigos con quienes lo normal habría sido vernos en México; sé que, a menos que me atiborre de pastillas, no lo-



George Bellows, *La pelea en el Club Sharkey*, 1909. The Cleveland Museum of Art ©.

gro dormir a bordo de un avión; sé que leí de un tirón la quinta novela de Pron en el vuelo de regreso a la capital mexicana; que me gustó y me dejó intrigado. Hasta ahí.

En mi último paso por Madrid después de salir huyendo de Varsovia, esta vez en la tranquilidad de mi librería preferida de la capital española (en la primavera de 2024), distinguí entre las novedades editoriales la novela de Pron leída trece años antes: “El pasado no muere, ni siquiera ha pasado.” Ciertamente, Sr. Faulkner. Pero pasaron varios meses, casi un año, para que me acercara a la nueva versión de *El espíritu de mis padres*. Entonces recibí, de forma completamente inesperada —si bien planeada con tiempo y sevicia suficientes—, el tipo de derechazo en plena sien —el corazón se detuvo y colapsó segundos después— que usó Sonny Liston (en

1962 y en Chicago) para mandar a la lona a Floyd Patterson apenas iniciado un primer round. Quien ha sido abatido de tal manera, escribió Gay Talese en *The New York Times*, “Lo que desea es ocultarse, al igual que de niño se ocultaba en un agujero encima de las vías de la estación de metro de High Street, en Brooklyn: un agujero al que trepaba mediante una escalera y dentro del cual se quedaba sentado durante horas en la oscuridad, escuchando el estruendo de los trenes al pasar, imaginándose a salvo de todo lo que temía”.¹

Apenas estaba recuperándome de la brutal contusión, recostado en el rincón de los *lockers* a donde fui arrastrado inconsciente,

1 Gay Talese, “El perdedor”, *El silencio del héroe*, Alfaguara, 2013.

cuando, al levantar con esfuerzo la cabeza (el cuello crujendo como un mecanismo de engranajes de metal a punto de reventar): ¡PUM!, recibí otro golpazo, esta vez un *jab* en pleno rostro y de quien menos me esperaba.

Cansado de servir de *punching bag*, maltrecho pero con ganas de seguir haciendo lo que más me gusta, alcancé mi ejemplar de la nueva versión de *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia* (2024). Pero es un error llamarla nueva versión, pues, y ése es el tema de este ensayo, en realidad se trata de otra novela, trasunto que no es evidente a primera vista, aunque tampoco se trata de un ejercicio literario obsoletamente posmoderno ni de alguna especie de juego o dispositivo novelístico irónico propio de esta edad a la que Félix de Azúa definió como la del “acabamiento del arte”.

Renuente como soy a revisar los comentarios de la crítica —si me cuesta considerarme escritor, me cuesta más pensarme crítico literario—, me he encontrado, empero, con comentarios simplones respecto del libro, emparentándolo con uno de W. G. Sebald, supongo que por el mero hecho de que incluyó, como hizo el escritor alemán, imágenes fotográficas, algunas de ellas vagamente asociadas al texto y otras que pueden emparentarse a la trama y la estética de la nueva edición de *El espíritu de mis padres*. Lector compulsivo (como todo mundo en su momento) de Sebald, en mi caso pasé los viajes a mi trabajo en Chicago, y de regreso, leyéndolo en las ediciones de New Directions a bordo del autobús que corría, a paso de tortuga, junto al Lago Michigan. Gracias a ello puedo decir que el único paralelo que encuentro es el inicio de la historia como el reconocimiento de un extravío. Leemos en *Los anillos de Saturno*: “En agosto de 1992 [...], emprendí un viaje a pie a través del condado de Suffolk, al este de Inglaterra, con la esperanza de poder huir del vacío que se estaba propagando en mí después de haber concluido un trabajo importante”; y en la novela de Pron: “Entre marzo o abril de 2000 y agosto de 2008, unos años

en los que viajé y escribí artículos y viví en Alemania, el consumo de ciertas drogas hizo que perdiera casi por completo la memoria, de manera que mi recuerdo de ese largo periodo —por lo menos el recuerdo de unos noventa y cinco meses de esos ocho años— es más bien impreciso y esquemático [...]. Mi padre enfermó durante ese periodo, en agosto de 2008 [...] llamé a mi hermana. Me contestó una voz que parecía salida del fondo de los tiempos [...]. Puedo hablar con él, pregunté. No, él no puede hablar, respondió ella. Voy, dije, y colgué”.

En lo que sí pensé —quizás otra obviedad— al leer *El espíritu de mis padres* en su versión reescrita, fue, desde luego, en “Pierre Menard, autor del Quijote”, pero invirtiendo los términos propuestos en el célebre y canónico metarrelato, en el cual Borges se oculta bajo el personaje de un comentarista de la obra *visible* de Menard y la otra, la *subterránea*: los capítulos tales y tales del Quijote y un fragmento del capítulo veintidós.

El espíritu de mis padres de 2024 es, en efecto, otra novela, distinta y distante, y con ello no me refiero, obviamente, a los años transcurridos entre una y otra, sino a la(s) forma(s) en que el escritor se convierte en un replicante —quiero decir, quien pasa por un proceso de alteración de sí mismo y a la vez reemprende el intento de conectar los puntos que quedaron pendientes: que replica, que va a la busca de respuestas inaccesibles, al encuentro de la oscuridad en un diminuto haz de luz y para ello reinventa/transforma una novela publicada trece años antes, ya sea para seguir olvidando el horror o, bien, qué acto más valeroso puede haber, para actualizarlo.²

No es extraño que Ricardo Piglia, quien no fue ajeno a hacer de Emilio Renzi *un otro* —no confundir con algo así como un alter ego, más bien cabe pensar en una suerte de

2 “Hay momentos para recitar poesías y hay momentos para boxear”, Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes* (Anagrama, Barcelona, 1998).



George Bellows, *El regreso a la vida*, de la serie *Hombres como dioses* de H. G. Wells, 1923. Birmingham Museum of Art.

falso y a la vez auténtico *dramatis personae*— lograra sintetizar al Menard de Borges y, sin saberlo, anticipar la doble y necesaria senda de Pron: “La práctica arcaica y solitaria de la literatura es la réplica (sería mejor decir el universo paralelo) que Borges erige para olvidar el horror de lo real”.³

Sospecho que Patricio Pron, a la manera de Menard, “acometió una empresa complejísima y de antemano fútil”,⁴ una en la que padres e hijos aparecen y reaparecerán siempre derrotados, la clase de empeño laborioso e incierto cuyo propósito es, aclara el autor en 2024, “no tener que volver a pensar en lo que estaba narrando, para desterrar esos recuerdos [...] en ocasiones sucede que lo que

deseas olvidar regresa y lo recuerdas con mayor intensidad y más frecuencia después de señalarlo con un gesto: por ejemplo un libro.” Empero, ese libro resultó una ingeniosa, auténtica y a la vez permisiva *mise en abyme* literaria, al final no precisamente fútil, sino más bien hipercontemporánea.

Esto no es necesariamente un halago, sino la manera de reiterar aquello que apunta Óscar Tacca, erudito en Borges: “El comentarista ha comprendido cabalmente la ambición y la hazaña de Menard”. A mi juicio, Menard o no Menard, Patricio Pron logra versión *visible* de esta novela ubicándola así bajo el *dictum* de Marguerite Duras, el cual, si no me equivoco —y si fuera el caso resulta irrelevante— es el siguiente: “Escribir no es contar historias. Es lo contrario de contar historias. Es contarlo todo a la vez. Es contar una historia y la ausencia de esta historia. Es contar una historia que sucede debido a su ausencia”.

En otras palabras: es cierto, hay quien se desplaza tan lejos como le es posible para terminar volviendo al lugar en el cual todo comenzó, incapaz de deshacerse de cuanto quería abandonar: “No creo que nadie —escribe Pron— deba exponerse a tanto dolor para escribir un libro; pero es lo que yo tuve que hacer...” Resulta casi inconcebible dejar atrás esa casa, esa ciudad, las sombras que todavía habitan esos espacios que podrían abrigarte “la posibilidad de vivir de otra manera” si la historia fuera, en efecto, otra. *Just another knock-out.* ¶

3 Ricardo Piglia, “El último cuento de Borges”, *Formas breves*, Temas de Grupo Editorial, Buenos Aires 1999.

4 Jorge Luis Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote”, *Sur*, Buenos Aires, 1939.



CRÍTICA

PP. 146-148 LUIS PANIAGUA

PP. 149-152 LILIANA MUÑOZ

PP. 153-155 MARÍA PAZ AMARO

Shimon Minamikawa, *(Various) Cat (Figurines)*, 2019. Cortesía de la artista a través de Misako & Rosen, Tokio.

(144–155)

Tres ideas sobre *Fetiches ordinarios* de Luigi Amara

LUIS PANIAGUA



Luigi Amara,
Fetiches ordinarios,
Penguin Random House,
México, 2025.

*Hay cosas
entre ellas vivimos 'y verlas
es conocernos a nosotros mismos'.*

GEORGE OPPEN

Entremos en materia. Desde el título de este libro, *Fetiches ordinarios*, Luigi Amara exhibe eficazmente su vena ensayística: une, como al desgaire, como quien no quiere la cosa, un sustantivo y un adjetivo aparentemente contradictorios en una frase que despierta interés, incluso quizá cierta inquietud. Por un lado, está el adjetivo “ordinario”, de *ordo*, orden, lo que ocupa un determinado lugar en una particular disposición de cosas (lo común, sí, pero también lo que está en armonía, lo que no desentona, lo que ocupa su lugar; podríamos decir, lo que no incomoda, lo que no disiente; lo no distinto, eso que no es *lo otro*). Y antes tenemos “fetiche”, voz que viene del francés *fétiche*, que a su vez deriva del italiano *feticcio*, que se origina en el portugués *feitico* (esto es, *hechizo*: encantamiento, sortilegio, etcétera; de alguna forma, señala o alude tenazmente a la *otredad*, a aquello que existe, diríase, en otra parcela de la realidad a la que, con mayor o menor frecuencia, o por lo menos alguna vez, todos nos asomamos). Pero ¿por qué “eficazmente”? Porque

considero que en la frase que da título al libro, si bien formada por palabras que se oponen, veremos que también se complementan: lo ordinario abre paso a la cauda resplandeciente del fetiche, palabreja imantada que nos transporta casi siempre a las riberas de la obsesión con lo sexual; y ante la candela de lo erótico, somos polillas obnubiladas. De otro modo: el fetiche y su poder de encantamiento, al pertenecer al plano de lo ordinario, se humillan ante el peso de lo eminentemente cotidiano; se vuelve hechizo común y corriente, pero hechizo al fin: maravilla de la vida diaria. Eficacia: un par de términos que machimbran a la perfección y componen una frase magnética. ¿Eficacia ensayística quise decir? Claro. Hay desde el título una propuesta que pretende reacomodar ese par de términos en busca de un filón no visto, pues, ¿qué hace el ensayista si no tantear en la oscuridad de lo trillado antes de arrojarse al vacío de lo incierto, como quería G. K. Chesterton?

Los 48 textos que integran el presente volumen, y que dieron forma a la columna homónima que Amara sostuvo en el periódico *La Razón*, tienen en común el impulso del autor por asediar aquellos objetos que componen una suerte de escafandra que protege al *Homo sapiens* (criatura blandengue y menesterosa, necesitada de muletas, prótesis y toda suerte de ortopedia psíquica y corporal) a la hora de bucear en el hosco mar de la realidad. El ser humano se le figura a nuestro autor como un tipo de tímido crustáceo agazapado en la coraza de sus certidumbres; escafandra, sí, pero algo más: una tram(p)a que posibilita su sensatez ante lo amenazante de la intemperie y el azar, pero que, no pocas veces, también lo esclaviza, lo amodorra entre las sedosas almohadillas de lo inocuo.

Georg Lukács sostiene que uno de los rasgos más relevantes de la escritura ensayística es que trata sobre objetos culturalmente preformados. ¿Y qué son estas casi cinco decenas de fetiches ordinarios abordados por Amara si no utensilios achatados por la mano culturizada y culturizante del hombre, herra-

mientas que se pierden de vista por su obviedad? Al reconocerlos como entes ordinarios, nuestro autor coloca a sus objetos de estudio en el cajón de lo asimilado; al destacar su calidad de fetiche, los muda hacia el altar de lo realmaravilloso. Pero la mudanza realizada no tiene como fin la postración de la inteligencia ante el encanto, más bien es una jugada iconoclasta: si bien el objeto (la herramienta, el apéndice, la prótesis, el bastón) ha sido borrado por el poseedor sólo para incorporarlo a su ser más íntimo, de tal forma que se diría que abandona su entidad física para asimilarse metafísicamente a su dueño, el siguiente paso propuesto por Amara es, si no acabar con su dependencia, por lo menos hacerla consciente mediante la puesta en entredicho de lo que el objeto tiene de fetiche: hay que soltarlo como presa entre el bosque de las dudas y lanzar los lebreles inquisidores tras ella.

No es a partir de esta colección que nuestro autor traspasa los umbrales de la prosa de ideas y deviene ensayista eficaz. Existen por lo menos cinco títulos previos que ya daban testimonio de ese tránsito. Y hay, claro está (como en todo escritor que tiene una voz propia marcada por obsesiones particulares), hilos que comunican su producción anterior con el libro que comentamos. Podemos hallar temas que se retoman, se revisitan, se reinterrogan puesto que, como dice Amara, no se agotan ni se empequeñecen, sino que surgen nuevas luces para enfocarlos: “en realidad no hay un asunto menor para el observador curioso, y es difícil dar cualquier tema por agotado cuando quien lo interroga se deja llevar por el vuelo de las asociaciones”.¹ Así, no nos detenemos en sus vasos comunicantes, puesto que ya lo han hecho antes. Mejor, preferimos resaltar, por ejemplo, el acerado *stilo* de Amara, estupenda herramienta que le facilita grabar su discurso en la tableta ce-

rosa de la memoria del lector; y digo en la memoria porque la escritura de Luigi se encuentra perlada: frases contundentes de rai-gambre aforística que atesoramos y seguimos rumiando después, como joya que el recuerdo trata de pulir. Aquí una muestra:

“No importa el tamaño de la maceta, alberga la promesa de un jardín.”

“Al fin y al cabo una red, la hamaca no esconde su condición de trampa.”

“¡La silla nos convierte en una criatura fantástica de la mitología oficinesca!”

“El pozo, como un espejo, ha sido un lugar en el que se refleja la verdad.”²

Vivian Abenshushan afirma que “el buen ensayista convence, aunque sea por un momento, no por la veracidad de sus argumentos, sino por la agudeza de sus frases, la originalidad de sus hallazgos, el inquietante oleaje aforístico o la malicia de sus paradojas”. Si bien en el caso de nuestro autor la veracidad de sus argumentos la avala la realidad (sobre todo en aquellos textos que cuentan con una honda crítica hacia nuestro presente), por lo demás, me parece que las palabras de la autora de *Una habitación desordenada* casan a la perfección con el trabajo de Amara, una voluntad de estilo que responde a la escritura criptorracional de la que habla Max Bense,³ una propuesta que esconde la tendencia en pro de la creación.

2 *Ibid.*, pp. 28, 147, 163, 201.

3 Max Bense (1910-1990) es considerado por los estudiosos, junto con Georg Lukács y Theodor W. Adorno, uno de los pensadores más importantes en torno al ensayo en las primeras décadas del siglo XX. Su artículo “Sobre el ensayo y su prosa” ha sido fundamental para pensar el género desde la teoría. Uno de los conceptos que ofrece Bense es el de la “criptorracionalidad”, con el que hace referencia a la “costumbre” de la escritura ensayística de “esconder” su racionalidad, esto es, su tendencia, con el fin de permitir que la creación dote de forma al ensayo.

1 Luigi Amara, *Fetiches ordinarios*, pp. 183-184.

Que el ensayo fructifica mejor en épocas de crisis ya se ha dicho suficiente. La inteligencia necesita esas espuelas para encabritar sus corceles. Y es que también es sabido que la reflexión se desarrolla mejor en conflicto, incluso que la filosofía no busca la respuesta en sí, sino la problematización del estado de confort. Pero no porque ya se haya dicho suficiente y porque sea sabido, deja de ser cierto. Hay pensadores que desde su propio estilo (desde su propio nicho, nido, trinchera) comienzan a abonar a la deuda más grande que tiene el ser humano (y no, no es la económica, ésa sería acaso la segunda): la de la consciencia. Con sus ideas (a veces con su activismo), con sus métodos, con sus recursos



August Cappelen, *Una maceta con helechos*, ca. 1845-1852. Nasjonalmuseet, Oslo ©.

personales, los pensadores colocan frente a la comunidad quizá pequeños, pero significativos cálculos, pulidos guijarros para derribar al Goliat del Sentido Común: eso que Se dice, Se piensa, Se acostumbra, Se asimila... Proponen visiones nuevas para viejos o recientes problemas, para dilemas que no se han visibilizado lo suficiente o que, de tan arraigados, no se han ni siquiera puesto en crisis, y con ello, al sembrar la, como se dice, semilla de la duda, quieren contribuir a dibujar un horizonte de futuro menos escabroso.

A mi juicio, quizá el mayor interés del volumen recae sobre su oportuna crítica hacia asuntos insoslayables (pero, paradójicamente, ultrasoslayados): los tratamientos a los que sometemos los desechos que generamos, la trampa mortal en que hemos convertido el medio ambiente, el despilfarro escandaloso de los recursos naturales, el peso de la virtualidad y sus fantasmagorías como borrador de la realidad que estamos destruyendo, etcétera; y me atrevo a decir que Amara elige una ruta eficaz: hacer visible lo invisibilizado a través del microscopio del ensayo, apostar por hacer flotar lo hundido en la apatía a través de las “aladas palabras” de la creación empujada por la tendencia, hurgar con las manos hábiles de la idea en lo profundo del corazón del hombre pues, como dice Amara, “... para escarbar en esa realidad humana, demasiado humana [quizá] sea necesario un ejercicio de extrañamiento, un paso al margen que permita, frente a aquello que se encuentra delante de nuestras narices, *ver más*”.⁴ ¶

4 L. Amara, *op. cit.*, p. 15.

La poética de la lentitud de Laura Sofía Rivero

LILIANA MUÑOZ



Laura Sofía Rivero,
*Enciclopedia de las artes
cotidianas*, Penguin
Random House,
México, 2025.

Para escribir, Natalia Ginzburg necesitaba interlocutores: “Personas a las que poder mostrar lo que escribo y pienso, y hablar de ello; no necesito muchas: me bastan tres o cuatro”. Tres o cuatro eran también —recuerda Vila-Matas en un artículo— los lectores que Bioy y Borges anhelaban: no una multitud, sino una feliz minoría, una que entendiera a cabalidad lo que estaban intentando hacer con su escritura. Vila-Matas advierte que, cuando un autor alcanza cierto reconocimiento, acaba encontrando al menos dos tipos de lectores: los que disimulan su contrariedad para que no se noten sus prejuicios hacia su obra y aquellos desconocidos que lo leerán con increíble atención —“eso es lo impresionante de este oficio”.

El caso de Laura Sofía Rivero (Ciudad de México, 1993) es singular por varios motivos: aunque había leído algunos textos suyos y reconocía en ella a una lectora aguda, dueña de una prosa lograda, fue su ensayo “Wisława Szymborska, lectora de libros inútiles” el que me abrió las puertas de su universo literario. La leí entonces con increíble atención, y ya no tanto por su voluntad de estilo, sino porque, a medida que avanzaba en la lectura, experimentaba algo parecido a la complicidad. Coincidíamos, al parecer, en el gusto —cada

vez más difícil de reconocer en un lector— y en cierta idea de la literatura: la fascinación por las misceláneas, los ensayos, los géneros breves, lo trivial, la exploración del yo; la escritura entendida como una forma de conversación y encuentro con el otro; y, sobre todo, la certeza de que la lectura es el territorio de la duda, del extrañamiento, de las contradicciones, del asombro, del juego, de la felicidad.

Me parece hallar en su obra —desde *Tomografía de lo ínfimo* hasta *Dios tiene tripas* y *Enciclopedia de las artes cotidianas*— una idiosincrasia literaria. Ella misma admite la influencia de Arreola, Julio Torri o Hugo Hiriart en su obra, pero percibo también su afinidad con otros autores mexicanos que se valen de lo cotidiano para explorar los alcances y los límites del ensayo, como Luigi Amara, Alejandro Rossi, Vivian Abenshushan, Fabio Morábito o Alma Guillermoprieto, por mencionar algunos.

Christopher Domínguez Michael ha señalado ya que el título, dada la naturaleza del libro —más próximo a una “varia invención” que a una enciclopedia—, es desafortunado, aunque Rivero ha aclarado que se refiere a la “enciclopedia de una persona”, es decir, a un catálogo de manías y obsesiones humanas que de ordinario pasan desapercibidas, desde la convivencia con *roomies* hasta la defensa de los talleres literarios. Por mi parte, mi única objeción hacia el título reside en su aparente didactismo: a diferencia de Domínguez Michael, no me resulta manido sino engañoso, porque más que *impartir* saberes enciclopédicos sobre “artes cotidianas”, Rivero se complace en exhibir el desconcierto que éstas producen cuando se les mira con atención. Plantea preguntas y tantea respuestas, a sabiendas de que ninguna será satisfactoria, consciente de que la belleza del ensayo reside precisamente en el juego de las equivocaciones. Por eso cada uno de los textos tiene un cometido: “Yo opto por creer que la responsabilidad del ensayista literario, es decir, el que hace literatura de ideas, es meramen-

te inventiva. ¿Por qué no animarnos a ver el mundo circundante como se nos antoje?”. Y es que los gestos más mundanos —compartir departamento o sobrevivir a una clase en línea— se sostienen sobre una fragilidad que rara vez queremos admitir: mientras que la rutina nos deshumaniza, el asombro ante lo infraordinario hace tambalear las certezas y nos trae de vuelta a nosotros mismos.

Sin embargo, no me interesa tanto el título como el género que la autora practica, pese a que concuerdo con situarlo más cerca de la varia invención que de la enciclopedia (no distingo, por ejemplo, una tentativa de ordenación orgánica, característica del género enciclopédico, sino todo lo contrario). Lo que más me atrae es el carácter lúdico, desordenado y misceláneo de sus ensayos. En el fondo, *Enciclopedia de las artes cotidianas* podría ser un libro infinito. Dispar y mutable, la autora lo ha ido escribiendo y reescribiendo a lo largo de más de una década. La edición que publica ahora Random House es ya la versión ampliada, modificada y revisitada de la de 2022 de Editorial Moledro (y ambas, a su vez, reúnen textos publicados tiempo atrás en distintas revistas y suplementos).

Enciclopedia no es un libro radicalmente distinto a otros escritos por Laura Sofía Rivero; ya en *Tomografía de lo ínfimo* se revelaba su fascinación por las nimiedades que, bien miradas, no son tal cosa (tras su lectura, uno no puede volver a observar las canicas con inocencia, ni dejar de constatar que las comidas en grupo no son más que una trampa). En *Dios tiene tripas*, en cambio, hay un sentido más unitario, generado por las variaciones incesantes del mismo tema —nuestros desechos—; y aunque la autora se esmera en ser fiel a la columna vertebral del libro, termina saltando de las excreciones al jabón y de los baños públicos a los códigos de la higiene, sin dejar de explorar y expandir el mismo campo semántico.

A propósito de esto, celebro la intrusión, en sus ensayos, de géneros menores y colindantes, como el chiste o la anécdota (la del Ca-

cotas, en *Dios tiene tripas*, dejó en mí una poderosa impresión, al grado de desbloquear un nuevo abanico de posibilidades en el ámbito del terror cotidiano), que invitan al lector a sumarse a la conversación, a acceder a estos textos que combinan erudición y sabiduría popular, a examinar situaciones que, quizá sin darnos cuenta, nos confrontan cada día.

Dividido en cinco apartados —“Las palabras”, “Las personas y las cosas”, “Hoy, el futuro”, “Los otros reinos” y “La vida interior”—, *Enciclopedia de las artes cotidianas* carece de una progresión reconocible: el lector puede abrirlo en cualquier parte y reparar en la mirada poliédrica de la autora sobre un tema determinado, desde los pijamas hasta el nuevo arte de hacer amigos. Cada ensayo parte de un pretexto muy concreto para hablar de *algo más*: siempre hay un tema visible y uno o varios escondidos que emergen a la superficie con las digresiones. Al escribir sobre las clases de inglés (“*Chapter four*: vestir el traje de otra lengua”), por ejemplo, Rivero nos desvela la posibilidad de ser otros; y al emprender la defensa de los talleres literarios (“Razones para perdonar a los talleres”), admite que estos tienen sus bondades, como hacer que los que aspiran a escribir salgan de su recogimiento y descubran aspectos de su personalidad que no sabían que existían. En el fondo, cada texto funciona como un laboratorio de ideas donde la autora ensaya hipótesis, matiza, se desdice, vuelve sobre sus pasos. Los escritos de *Enciclopedia* poseen una cualidad paradigmática: son, a la vez, densos y ligeros, inteligentes y accesibles. Su temple no es pasivo: invitan a la confrontación. Tanto el lector sesudo como el lector común desearán prolongarlos, añadir alguna anécdota, aportar algún dato, formar parte de la reflexión.

No es casualidad que el hilo conductor de este libro sea la defensa del ensayo, género libre y dúctil que se permite tocar “los bordes vírgenes del pensamiento”, cuestionarse “su propia vergüenza e impudicia”, “inventar con libertad lo que no hemos visto aún”. Desde la defensa de Amara del “ensayo ensayo”,

con sus tópicos improbables y sugerentes —la peluca, los peatones, los fetiches ordinarios—, hasta el “contraensayo” de Abenshushan y su voluntad de experimentar con la forma y convertir el proceso en parte de la obra final, los ensayistas mexicanos están en una permanente búsqueda de la originalidad. Laura Sofía Rivero no es la excepción, su propuesta reside, ante todo, en una ética de la atención, en observar lo minúsculo como un acto de responsabilidad. En un mundo que celebra la inmediatez de la opinión y la contundencia de los juicios, detenerse a pensar por escrito qué significa compartir un baño con desconocidos, o el modo en que ha cambiado la comunicación interpersonal desde la creación de las redes sociales y del internet (“el mundo que habitamos es parásito de ese otro, el virtual, que cada vez resulta mucho más ver-

dadero”), es casi un acto de resistencia. Y no sólo eso, para Rivero el ensayo es, además, una forma de desautomatizar la realidad, ésa que habitamos y damos siempre por sentado.

La voz que recorre la *Enciclopedia de las artes cotidianas* es modesta, aunque no inocente; un yo se pronuncia con cautela, se sabe ridículo algunas veces, se mira desde afuera con ironía. Sin embargo, detrás de esta modestia hay una seriedad, una contención y una tentativa de análisis. La autora se expone, sí, pero no se desnuda por entero; más bien, deja que el otro sea quien lo haga: a partir de su experiencia hace surgir preguntas que nos conciernen a todos: ¿qué dice de nosotros la forma en que usamos los baños públicos?, ¿qué habría pasado si Julieta le hubiera mandado a Romeo un *inbox* avisándole que su muerte era fingida? Debido a ese movimiento



Yani Pecanins, *Las cosas que no dices*
[fragmento de libro de artista], 2001-2002.
Wikimedia Commons © 4.0.

pendular del yo al nosotros, los ensayos eluden la autoindulgencia y se transforman en pequeñas investigaciones sobre la vida en común.

Otros de los aspectos más significativos de su obra (y el que, a mi juicio, propicia esa complicidad con buena parte de sus lectores) es que, de algún modo, puede leerse como una crónica generacional. La figura del *roomie*, por ejemplo, condensa algunas de las preocupaciones de los jóvenes adultos: la imposibilidad de independizarse del todo, la negociación constante de los espacios, la precariedad laboral y la ilusión de comunidad. No obstante, Rivero no se limita a lamentar la pérdida de ciertas formas de vida; más bien trata de entender qué posibilidades se abren en medio de ese derrumbe silencioso: ¿puede un taller literario alojado en Zoom terminar forjando una amistad?

En la *Enciclopedia* y en el resto de su obra, la ensayista articula una poética de la lentitud que atraviesa tanto el fondo como la forma. Aunque muchos de los temas pertenecen a la acelerada vida contemporánea —las videollamadas, la exposición constante en redes sociales, las notificaciones—, su escritura se resiste a la lógica del tiempo rápido: los ensayos se dilatan, vuelven una y otra vez sobre las mismas preguntas, se permiten extraviarse en digresiones. Así reivindica el género del ensayo como un terreno fértil: un espacio que elude las conclusiones definitivas, donde el pensamiento permanece móvil y fluctuante, donde las disquisiciones no clausuran sino que amplifican los cuestionamientos.

Respecto a la forma, Rivero combina con acierto la soltura coloquial y la precisión conceptual. A las frases cuidadosamente calibradas, escritas con rigor y entrega, se suman observaciones que parecen tomadas de una conversación de sobremesa. Es éste uno de los rasgos más afortunados de su estilo: la amplitud del registro. Para iluminar una idea, la autora no teme recurrir a una referencia culta o a un coloquialismo, a la jerga digital o a la oralidad: “Cuando Penélope esperaba la llegada de Ulises en los tiempos heroicos de

La Odisea no existían los mensajes al celular, Facebook o Whatsapp. Bastó sólo la promesa para que ella aguardara pacientemente el retorno del marido. Si Penélope viviera en nuestra época, quizás abandonaría cualquier expectativa luego de un ‘visto a las 10:48’”.

Laura Sofía Rivero cuenta ya, sobra decirlo, con más lectores que los que imaginaban Ginzburg, Borges o Bioy en sus inicios. Sin embargo, entre esa multitud habrá siempre tres o cuatro que lean la *Enciclopedia de las artes cotidianas* como algo más que un divertimento ilustrado. Quizá para ellos el libro ofrezca, ante todo, la posibilidad de abrazar esas artes mínimas con las que habitamos el mundo, aquellas con las que sostenemos, día a día, la compleja tarea de vivir. *RM*

El cine de Tania Hernández Velasco: una expansión colaborativa

MARÍA PAZ AMARO



Cartel de la película *Nuestro cuerpo es una estrella que se expande*, 2025.

Con su segundo largometraje, *Nuestro cuerpo es una estrella que se expande* (2025), una especie de *road trip* en el que dos hermanxs buscan sanar sus heridas racializadas y de género, Tania Hernández Velasco generó una forma cooperativa de tratar algunos temas urgentes al proponer un enfoque distinto al de los adoctrinamientos oficiales a partir de una capacidad de reimaginación nueva y fresca, sin alejarse de una postura crítica al tiempo que poética.

Mediante su primer film, *Titixe* (2018), que acompaña la última siembra familiar de frijol negro, dio inicio a una búsqueda que permea su producción posterior, y que conceptualiza el binomio cuerpo-territorio. Ahora suma preocupaciones relativas a las consecuencias que trae consigo la migración del campo a la ciudad, vislumbradas a través de su narrativa personal y familiar, aunque también alude a otros linajes ancestrales de formas vivas, comunitarios y familiares, presentes en su propia geografía, en donde se observa

un tributo permanente a las formas vivas y los seres que rodean su historia. Tanto en *Titixe* como en *Eclipsis* (2022), Hernández Velasco reflexiona desde una conciencia desmarcada del antropocentrismo que busca consolidar alianzas con otras especies enraizadas en el centro de la República Mexicana. En *Titixe*, un estilo intuitivo derivó en un lenguaje cinematográfico con el que mostró los idiomas propios de su territorio de origen: el baile de los brotes, las cabañuelas, lo que expresan flores y semillas, el árbol seco de guaje, los animales que arrastran la yunta y cargan la cosecha, todos ellos inmersos en ritmos de vida y muerte en conexión directa con sus raíces y legado.

Todo comenzó con una promesa hecha al abuelo, mientras se celebraban los rezos tras su muerte. El origen de *Titixe* fue la revelación identitaria que le permitió a su autora acercarse y practicar una escucha radical con su madre y su abuela; es así como encontró el fruto de una relación amorosa, cercana y primigenia con la tierra. Si *Titixe* utiliza el montaje para compartir una perspectiva animista en donde cada ser obra de forma armónica en virtud de su presencia vital, en *Eclipsis* —cortometraje encomendado por la Filmoteca de la UNAM y Síntesis (un proyecto de la Coordinación de Difusión Cultural) que cuenta la historia de una mariposa ficticia que produce estados alterados de consciencia en los seres humanxs— la realizadora colaboró con la bailarina y coreógrafa Aura Arreola, cuya investigación entra en intimidad radical con los seres más que humanos.¹ El proyecto involucró también a científicas y sus experiencias hicieron posible un producto a medio camino entre el minidocumental de investigación y una historia fabulada más cercana a la ciencia ficción.

1 Un ejemplo sería la forma en que Tania Hernández Velasco se acerca a todo (abejas, flores, insectos, pieles) por medio de un *zoom in* frontal. De igual manera, en la última película hay muchos acercamientos de la lente con respecto a los estratos geográficos, así como el contacto entre pieles humanas cubiertas de *glitter* y los dibujos que hace el codirector.



Fotograma del cortometraje *Eclipsis*, 2022.

Su tercer filme, *Nuestro cuerpo es una estrella que se expande*, codirigido y protagonizado por ellx y su hermano Semillites Hernández Velasco, apela a la teoría *queer*, de lo que resulta un montaje marcado por la racialización de los cuerpos en transición de este lado del mundo. Mediante sus recuerdos, los protagonistas hilan una constelación familiar, un autorretrato a dos voces. Cuando miramos la tierra y las piedras de las grandes canteras cercanas a Puebla a través de la pantalla, descubrimos que los estratos geográficos del planeta son accidentes en los que surge un código que contiene también nuestro pasado y que espera ser descifrado. La explotación mineral deviene entonces en herida de los cuerpos discriminados por su color y origen. Mediante las voces de Tania y Semillites, así como las de sus familiares más cercanos, se recuerda la encomienda de Valentín, el abuelo muerto, así como la de los vivos, sus padres y la abuela, al tiempo que rinden tributo al hermano fallecido a los pocos días de nacido.

Lxs protagonistas relatan la profunda herida que cargan desde la infancia como consecuencia de la discriminación racial, lo que emparenta a la película con los momentos más sensibles de *The bluest eye*, de Toni Morrison. Las tomas desde un dron sobre las sa-

linas blancas de Guerrero Negro nos permiten observar a lxs protagonistas remontando un camino cuyas formas y texturas le dan apariencia de juego infantil. Mientras lo hacen, rememoran un pasado cuyos recuerdos implican el desconocimiento de su propio *ethos*, pues, al migrar se ven obligadxs a olvidar su identidad para sobrevivir. El aspecto lúdico forma parte importante del discurso: ambos intentarán emular la exacta colorimetría de sus cuerpos rayando con lápices de colores la superficie de un papel kraft. Ellx recuerda haber sido marginada por ser “del color de la caca” y muestra las fotografías de una niña que se cubría de talco para parecer blanca; su hermano trae a cuento las llamadas telefónicas, previas a su transición, en las que se mostraba ante otras personas como el ideal a ser: un joven de tez blanca y ojos claros. La iluminación con lápices de colores es sinonimia del *glitter* que decora los cuerpos y funciona como símbolo de liberación. La semilla de frijol, piedra angular de *Titixe*, es fuente de inspiración de los cómics y las ilustraciones que Semillites muestra en *Nuestro cuerpo es una estrella que se expande*. Es importante señalar que tanto el movimiento sonoro como el coreográfico son esenciales en esta apuesta. El ritmo recuerda la forma en que Sergei Loznitsa trabaja en gradientes de sonido en películas como *Paisaje* (2003).

Tras colaborar con ella en *Eclipsis*, la cineasta invitó de nuevo a Aura Arreola para el desarrollo de *Nuestro cuerpo es una estrella que se expande*. Fue precisamente entonces cuando los codirectores cayeron en cuenta de que muchas cosas no se pueden transmitir por medio de palabras, pues exceden lo teórico o racional. La reflexión vinculada a la danza gira en torno al sentir y al pulso del movimiento y, como lx cineastx atina a concretar, expresa energías soterradas. Los cuerpos de los dos hermanxs se entrelazan y fusionan gracias a una semilla, y la sábana blanca que, por momentos aparece, recuerda la presencia de un fantasma. A través del movimiento que encarna el baile, son unx con la tierra,

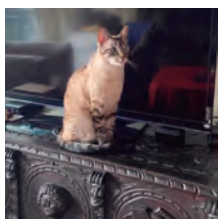
más cercanos a semejar una estrella dentro de las infinitas posibilidades del universo.

Parte del desafío de Tania Hernández Velasco ha consistido en realizar películas con un presupuesto limitado sin prescindir de amplias posibilidades creativas y de su objetivo primordial: encontrar belleza en lo pequeño. La configuración de sus equipos de realización recuerda a los de la célebre Chantal Akerman, pues parte de planteamientos colaborativos que enriquecen su ética y estética trans y *queer*. Abreva en las posibilidades que ofrecen el afrofuturismo, el futurismo indígena y la noción de pluriversos, pues sus películas tienden puentes entre el futuro y el pasado; y su iniciativa esencial consiste en ayudar a reimaginar la experiencia de personas señaladas por el género, el colonialismo y la pigmentocracia. Esto último recuerda a *Sum of the Parts: What Can Be Named* (2010), de la artista Deanna Bowen, pieza oral en la que hace un recuento del viaje que desmembró su genealogía. También cabe encontrar similitudes con la pieza de video *Kempinski* (2007), del artista visual franco-argelino Neïl Beloufa, quien muestra extraños poderes de manifestación evocativa en una comunidad africana enraizada en un entorno rural, pero con escasa tecnología para emprender aquello que manifiesta.

Los proyectos de Hernández Velasco se caracterizan por ser desarrollados por equipos pequeños, pero con mucha libertad creativa. La búsqueda de narrativas híbridas y experimentales es lo que ha definido su producción, lo mismo que el placer por retratar los rasgos del paisaje, la cultura y la identidad del centro del país; todo ello tiene su origen en una mirada tan auténtica como singular. Para quienes gustan del cine de culto, estas tres películas les recordarán la forma en que James Benning observa la naturaleza; también hay una suerte de carácter autorreferencial que está presente en *Los espigadores y la espigadora* y otras películas más de Agnès Varda; y, al igual que Marie Menken, Hernández Velasco genera sentido tomando la lente

desde la entraña. Ciertas escenas de estas entregas son un homenaje tácito a creaciones filmicas capitales como *El canto de la flor imposible de encontrar*, de Otari Iosseliani, y evocan rasgos de la ciencia ficción presentes en Octavia Butler, Ursula K. Le Guin y las teorías que, según Donna Haraway, podrían liberar al mundo de la extinción natural a través de alianzas de parentesco multiespecie. Además, este cine documental también tiene ciertas reminiscencias con el espíritu que busca hacer justicia en los filmes del cineasta chileno Patricio Guzmán.

En años pasados, Hernández Velasco colaboró en proyectos cercanos a otras disciplinas, tal es el caso de su participación como directorx de escena de *Silvain* (2022), para la Ópera Lafayette, que se estrenó en el Museo del Barrio de Nueva York y en el Kennedy Center en Washington. En 2025, en codirección con Marina Lameiro, crearon *Todo lo que tiene nombre es*, película-ofrenda a dos diosas, la diosa vasca Mari y la Coatlicue, encarnaciones de lo divino maternal y femenino en el inconsciente colectivo vasco y prehispánico; el material se exhibió en la segunda edición de los encuentros de Pamplona/Iruñeko Topaketak. El próximo proyecto de Tania Hernández Velasco será el primero en el que lxs autorxs, productorex y realizadorxs experimentará desde las amplias posibilidades que implica mezclar la ficción con el género documental. En *Capolcuahuitl* —palabra náhuatl que designa al árbol de capulín—, expondrá la resistencia de los árboles de capulín en el valle del Anáhuac y de los seres que lo habitan. También será una película sobre la defensa del territorio, pues relatará la historia del abuelo que siendo niño escapó de la hacienda en la que trabajaba. El suyo es un cine permeado por el sostenimiento conjunto de sus propios procesos comunitarios y por la intención política de descentralizar el poder en el cine y hacer del documental experimental un lugar de apertura al encuentro de lxs otrxs. 



ALBAN

tenía días de nacido cuando Gabriel Bernal Granados lo encontró en la calle. Desde entonces el felino acompaña al ensayista y poeta, cuyos más recientes libros son *La sombra de mi padre* y *El ciervo sagrado*. *San Juan en la pintura de Leonardo*, ambos de 2025.



EMILIANO ÁLVAREZ

(CDMX, 1987) fue becario de la FLM y del Programa Jóvenes Creadores del FONCA. Ganó el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino 2017 con *Sólo esto*. Ese mismo año publicó *Nómen* (Ediciones Sin Nombre) y en 2023 *Salir el cuerpo* (UAQ).



MARÍA PAZ AMARO

(Santiago de Chile, 1971) es doctora en Historia del Arte y autora de la novela *Anatomía de un fantasma* (PRH); su libro *Tres formas de sostener el mundo: los atlas de Gerhard Richter, Luis Felipe Ortega y Alex Dorfsman* ganó el Premio Nacional de Ensayo sobre Fotografía 2016.



ARÍSTIDES LUIS

(Pachuca, 1990) en 2024 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Rodolfo Figueroa por *Cuadro azul sobre fondo de nada*. Sus poemas aparecen en *El envés albo de las hojas*, *El aire de los signos*, *No tan lejos*, *Romper el foco* y *Letras de Pachuca*, entre otras antologías.



PIEDAD BONNETT

(1951) es poeta, novelista, dramaturga y crítica literaria colombiana. Ha publicado títulos como *Los habitados* y *Lo que no tiene nombre*. Entre sus reconocimientos se encuentran el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2024) y el Premio de Poesía Generación del 27 (2016).



JUAN CARLOS CALVILLO

(México, 1983) es poeta, traductor literario y profesor investigador en El Colmex. Entre sus publicaciones destaca *Las Ruedas de las Aves*, una edición de Emily Dickinson. En 2025 obtuvo el Premio Bellas Artes de Traducción Margarita Michelena por su traducción de *Enoch Soames*.



ANDREA CHAPELA

(México) es autora de nueve libros. Estudió la maestría en Estudios de Japón en El Colmex. En 2021 fue seleccionada como parte de los veintidós novelistas jóvenes en español por la revista *Granta*. Actualmente vive en la Ciudad de México con sus dos gatos. Foto: Fabiola Menchelli.



AURELIA CORTÉS PEYRON

(Ciudad de México, 1986) es poeta y profesora. Autora de los poemarios *Alguien vivió aquí* (Argonautica/UANL, 2018), *Xicotepec. Años roble* (UAM-Xochimilco, 2021), ganador del Premio de Poesía Joaquín Xirau Icaza 2023, y *Carta devuelta* (de próxima publicación).



ALEJANDRA COSTAMAGNA

(Chile, 1970) es periodista y doctora en Literatura. Ha publicado las novelas *En voz baja*, *Ciudadano en retiro* y *Dile que no estoy*, así como los libros de cuentos *Últimos fuegos*, *Había una vez un pájaro* e *Imposible salir de la Tierra*. Recibió el Premio Literario Anna Seghers 2008.



LUIS FLORES ROMERO

(Ciudad de México, 1987) es licenciado en Letras Hispánicas por la UNAM y maestro en Literatura Mexicana por la UAM. Además, es autor de diez poemarios e imparte charlas y talleres de poesía. En redes sociales crea contenido de difusión y apreciación poética.



AURA GARCÍA-JUNCO

(CDMX, 1988) es escritora y guionista. Es autora de *El día que aprendí que no sé amar* (2021), *Mar de piedra* (2022) y *Dios fulmine a la que escriba sobre mí* (2023). En 2021 fue seleccionada por *Granta* entre sus veinticinco narradores jóvenes más destacados en español.

LAURA ÍMAZ
ÁLVAREZ ICAZA

es licenciada en Letras Hispánicas por la UNAM (donde obtuvo la medalla Gabino Barreda) y maestra en Estudios Iberoamericanos por la Sorbona. Fue becaria en el Instituto de Investigaciones Filológicas y actualmente es editora de la *Revista de la Universidad de México*.



MARÍA KRYSINSKA

(Varsovia, 1857-París, 1908) fue una poeta, novelista y música polaco-francesa. Pionera del verso libre, publicó los poemarios *Ritmos pintorescos*, *Intermedios* y *Alegrías errantes*, y la colección de historias cortas *El camino del amor*.



LAO SHE

(Beijing, 1899-1966) es el seudónimo de Shu Qingchun. Fue uno de los escritores más importantes de la literatura china del siglo XX, porque, entre otras cosas, retrató la vida urbana y el dialecto de Beijing. Entre sus obras, destacan las novelas *El país de los gatos* y *El camello Xiangzi*.



MÓNICA LAVÍN

(Ciudad de México, 1955) es narradora y ensayista. Autora de una veintena de libros, ha explorado la vida de las mujeres en distintos momentos de la historia de México. Es autora de *Ruby Tuesday no ha muerto*, así como de las novelas *Café cortado* y *Yo, la peor*. Foto: Leonardo Baldenegro.



ALFREDO LÉAL

(San Pedro Mártir, 1985) es escritor, traductor, docente y papá. Doctor en Estudios Latinoamericanos. Autor de *Bolaño frente a Herralde*, *Relaciones económicas entre poética y edición de literatura latinoamericana* (Berlín, Boston, De Gruyter, 2022).

XEL-HA LÓPEZ
MÉNDEZ

(Guadalajara, 1991) es poeta y jardinera. Escribe sobre migración, soberanía alimentaria, ternura y violencia. En 2025 obtuvo el Premio Ciudad Alcalá con *Otra tierra* y con *Cielos oscuros* el Premio Dolores Castro. Publicó *Crónicas de un nuevo siglo* y *Cartas de amor para mi amigo cerdo*.



TEDI LÓPEZ MILLS

(México, 1959) es poeta, ensayista y traductora. Obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia por *Muerte en la rúa Augusta* (2009), el Premio Antonin Artaud 2013 con *El libro de las explicaciones* (2013) y el Premio Bellas Artes de Literatura Inés Arredondo 2021 en reconocimiento a su trayectoria.

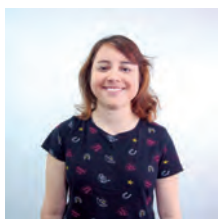


SANDRA LORENZANO

es escritora “argen-mex”, miembro del SNCA, dirige la sede UNAM-América Latina. Ha publicado los poemarios *Vestigios* y *Abismos, quise decir* (Premio Clemencia Isaura), así como las novelas *Saudades* y *El día que no fue*. Recibió el XV Premio Málaga de Ensayo por *Herida fecunda*.

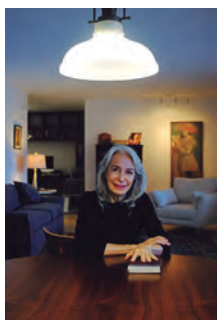
ROSAURA MARTÍNEZ
RUIZ

es profesora de filosofía en la UNAM, donde se integró a la Junta de Gobierno en 2026. Autora de *Trauma o en busca de la filosofía perdida*, *Escucha y subversión*, entre otros, fue Fulbright Scholar y obtuvo el Premio Investigación en Humanidades de la AMC, así como el Sor Juana Inés de la Cruz.



LILIANA MUÑOZ

(Mérida, 1989) es editora, ensayista y crítica literaria. Edita la revista *Criticismo*. Ha colaborado en diversas publicaciones y suplementos, como *Letras Libres*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Confabulario*, *La Palabra* y *el Hombre y Literal Magazine*.



VERÓNICA MURGUÍA

(México, 1960) es escritora. Hizo estudios de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha escrito varias novelas y también libros para niños. Su libro más reciente es *El cuarto jinete* y sucede en Francia, cuando llega la Peste Negra. Foto: Barry Domínguez.



MARÍA NEGRONI

es autora de numerosos libros, entre ellos: *Exilium*, *Archivo Dickinson*, *Oratorio*, *El arte del error* y *El corazón del daño*. Obtuvo las becas Guggenheim, Fundación Octavio Paz y DAAD. Su libro más reciente, *Utilidad de las estrellas*, recibió el Premio Margarita Hierro. Foto: Diana Pfamatter.



OLGA OROZCO

(Toay, 1920-Buenos Aires, 1999) fue una poeta y periodista muy galardonada; recibió el Premio Konex y el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, entre otros. Entre sus títulos se encuentran *Las muertes* y *La noche a la deriva*. Foto: Sara Facio.



LUIS PANIAGUA

(San Pablo Pejo, Guanajuato, 1979) es autor, entre otros, de los libros de poesía *Maverick 71* y *Umbralles*; y de ensayo *Claro rastro del mundo oscurecido* y *Entre los árboles, la voz*.



BRUNO H. PICHÉ

es narrador y ensayista. Estudió en Concordia University, El Colmex y King's College. Obtuvo dos veces la beca Jóvenes Creadores y ha sido miembro del SNCA. Sus novelas más recientes son: *La mala costumbre de la esperanza* y *Los hechos*. Trabaja en una biografía de Alfonso García Robles.



SERGIO DE RÉGULES

es físico y coordinador científico de *¿Cómo ves?* Autor de más de diez libros, obtuvo una residencia en Italia por la Fundación Civitella Ranieri, el Premio Nacional de Divulgación de la Ciencia y la Técnica y el Premio Latinoamericano a la Divulgación de la Ciencia y la Tecnología. Foto: Arturo Orta.



PATRICIO ROBLES GIL

es artista visual y conservacionista mexicano. Por más de cuatro décadas ha unido arte y estrategia para defender la naturaleza. Fundó Agrupación Sierra Madre y Unidos para la Conservación. En 2011 creó *Los Rituales de la Extinción*, una reflexión artística ante la crisis ambiental.



HIRAM RUVALCABA

(Zapotlán el Grande, 1988) es narrador, periodista y profesor de literatura. Doctor en Humanidades por la UdeG, es miembro del SNCA y ha publicado los libros de cuentos *La noche sin nombre*, *Padres sin hijos*, *Los niños del agua*, *Los inocentes* y *Pleistoceno*, entre otros.



ALBERTO RUY SÁNCHEZ

(CDMX, 1951) editor y escritor, estudió Literatura y Filosofía Política en París. Entre sus libros destacan *El silencio del gato*, *Elogio del insomnio*, *Con la literatura en el cuerpo*, *Una introducción a Octavio Paz* y *El expediente Anna Ajmátova*. Codirige la revista *Artes de México*.



JULIA SANTIBÁÑEZ

es poeta, cronista y ensayista, estudió Letras Hispánicas y la maestría en Literatura Comparada. Es autora de once libros, entre ellos, *Pulso ad_herido* (2024) y *El lado B de la cultura* (2023, 2021). Ha recibido los premios Internacional de Poesía Mario Benedetti y Naaji Naaman.



CHRISTOPHER SMART

(Shipbourne, 1722-Londres, 1771) fue un poeta inglés cuyos versos se caracterizaron por un marcado fervor espiritual. Dos de sus poemas más célebres son: “A song to David” y “Jubilate Agno”.



KAREN VILLEDA

(Tlaxcala, 1985) es escritora. Sus libros más recientes son *Teoría de cuerdas* y *Anna y Hans*. Fue ganadora del Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen y de las becas de la Pollock-Krasner Foundation, la Open Society Foundation, la Central European University y el SACPC.



JOSÉ WATANABE

(Laredo, 1945-Lima, 2007) fue un poeta que vinculó la poesía hispana con la de tradición japonesa. En 2002 ganó el Premio José Lezama Lima por *El guardián del hielo*. Es autor de *El huso de la palabra*, *Antígona* y *La piedra alada*.



ISABEL ZAPATA

(CDMX, 1984) escribe, edita y traduce. Es autora de *Una ballena es un país*, *Alberca vacía*, *In vitro*, *Troika* y *Montaigne, etc.* En 2015 cofundó Ediciones Antílope con cuatro amigas y desde 2024 es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Foto: Nuria Lagarde.

LEONARDO

DA VINCI

Una serie de Ken Burns



SERIE DE ESTRENO

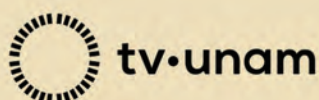
El discípulo de la experiencia

Primera parte | 10 de abril
Segunda parte | 17 de abril

Pintor de Dios

Primera parte | 24 de abril
Segunda parte | 1 de mayo

Viernes | 19:30 h
Retransmisión | Sábados | 16:00 h



RECTOR

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR

María Soledad Funes Argüello

Miguel Armando López Leyva

Julia Santibáñez

Julia Carabias Lillo

Alejandro Cruz Atienza

Tatiana Cuevas

Jacobo Dayán

Cinthya García Leyva

Nashieli Ramírez Hernández

COMITÉ EDITORIAL

Yásnaya Elena A. Gil

Hernán Bravo Varela

José Luis Díaz

Eugenio Fernández Vázquez

Julieta Fierro &

Vivette García Deister

Thelma Gómez Durán

Verónica González Laporte

Pura López Colomé

Rosario Manzanos

Mariana Ozuna Castañeda

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Mary Frances T. Rodríguez Van Gort

Ignacio Sánchez Prado

Julio Villanueva Chang

Consulta nuestro aviso de privacidad en

<https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Suscripciones: 55 5550-5801 ext. 124

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Revista de la Universidad de México, año 9, número 931, abril de 2026, es una publicación mensual numerada editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, Av. Insurgentes Sur 3000, Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04510, a través de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, con domicilio en Av. Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México. Teléfonos: 55-5550-5792 y 55-5550-5794, correo electrónico editorial@revistadelauniversidad.mx. Editora responsable: Sandra Barba García. Reserva de derechos al uso exclusivo del título número 04-2017-122017295600-102, ISSN: 0185-1330, ambos emitidos por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Certificado de Licitud de Título y Contenido: 17669. Permiso SEPOMEX IM09-01025. Impresa en Fotolitográfica Argo, S.A. de C.V., Bolívar 838, Col. Postal, C.P. 03410, Benito Juárez, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir en marzo de 2026, con un tiraje de 4 000 ejemplares, impresión tipo Prensa Plana, con papel bond de 105 g y papel couché de 100 g para los interiores y cartulina couché de 250 g para los forros.

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la Institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Revista de la Universidad de México no cobra aportaciones a sus autores para publicarse.

Distribuida por: Dirección de la Revista de la Universidad de México, Río Magdalena 100, La Otra Banda, C.P. 01090, Álvaro Obregón, Ciudad de México.

Jorge Comensal

DIRECTOR

Sandra Barba

COORDINADORA EDITORIAL

Julieta García González

COORDINADORA AUDIOVISUAL Y DE MEDIOS

Claudina Domingo

JEFA DE REDACCIÓN

Laura Ímaz Álvarez Icaza

EDICIÓN E INVESTIGACIÓN

María Fernanda Marín

EDITORA DE ARTE

Rafael Olvera Albavera

DISEÑO EDITORIAL

Yvonne Dávalos

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yazmín R. Romero Velasco

UNIDAD ADMINISTRATIVA

Blanca Estela Díaz

DERECHOS DE AUTOR

América Sánchez

COMERCIALIZACIÓN

Elizabeth Zúñiga Sandoval

ASISTENCIA EDITORIAL

Javier Narvárez

DISTRIBUCIÓN Y FOTOGRAFÍA

Fabian Jendle

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Maricris Herrera

Israel Hernández

(Estudio Herrera)

DISEÑO ORIGINAL

En la composición de los textos se utilizaron las familias tipográficas Chronicle Text e IBM Plex Mono.

Agradecemos a Bruno Enciso por la asesoría curatorial para el número.

También extendemos nuestra gratitud a Jair Hernández León, quien realiza su servicio social en la Revista.